



La
BIBLIA
Popular

Filemón

Hebreos

Santiago

1 Pedro

2 Pedro

1 Juan

2 Juan

3 Juan

Judas

Apocalipsis

Wayne Mueller

La Biblia Popular

JOHN A. BRAUN

Editor General

ARMIN J. PANNING

Editor del Nuevo Testamento

ROBERT J. KOESTER

Editor del Manuscrito

Apocalipsis

Wayne D. Mueller

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

El mapa de la página viii fue preparado por el Dr. John C. Lawrenz.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio — ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma — sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Tarjeta de la Biblioteca del Congreso 98-68700
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284
© 2002 por Northwestern Publishing House
Publicado en 2002
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1485-8

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
Introducción a Apocalipsis	1
Introducción (1:1-11).....	9
La visión de las siete cartas (1:23-3:22)	20
La visión del libro (4:1-7:17).....	60
La visión de las trompetas (8:1-11:19)	90
La visión de las siete visiones (12:1-15:8).....	119
La visión de las siete copas de furor llenas de las siete últimas plagas (15:1-16:21).....	149
La visión de Cristo y del Anticristo (17:1-19:21).....	163
La visión de la victoria final (20:1-22:5).....	192
Conclusión (22:6-21).....	220

ILUSTRACIONES

“Sube acá, y te mostraré las cosas que sucederán después de estas” (4:1).....	62
“Y el número de los ejércitos de los jinetes era de doscientos millones. Yo oí su número” (9:16).....	99
“La serpiente antigua, que se llama el diablo y Satanás” (12:9)	121
“Todas las naciones vendrán y te adorarán” (15:4).....	150
“Ciertamente vengo en breve” (22:20).....	230

MAPA

Las siete iglesias del Asia Menor	viii
---	------

PREFACIO DEL EDITOR

La *Biblia Popular* es precisamente lo que su nombre implica: un comentario bíblico para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras usando la *Versión Reina-Valera 95*. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de *La Biblia Popular* son eruditos que tienen un discernimiento intelectual práctico, adquirido en años de experiencia en la enseñanza y la prédica ministeriales. Han intentado evitar el vocabulario técnico que ha hecho que otras series de comentarios sean material solamente útil para estudiosos profesionales de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que tienen como centro a Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo dijo: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de *La Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo quien es el centro de toda la Biblia, nuestro único Salvador.

Los comentarios cuentan con mapas, ilustraciones e incluso información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros disponen de encabezamientos en las páginas, que permiten que el lector encuentre fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión sobre Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la *Versión Reina-Valera 95*.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la *Versión Reina-Valera 95*, se cita la Nueva Versión Internacional o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión en español no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por el pastor Otoniel Rodríguez, misionero del Sínodo Evangélico Luterano. El pastor Rodríguez, médico egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México, se graduó en el Seminario Luterano Confesional y actualmente es pastor de la Iglesia Cristiana de la Reforma Luterana en Chile. La revisión de este libro fue hecha por la Sra. Cristina Zimdars del Claremont, California; su esposo, el pastor Ernest Zimdars, realizó la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El décimo sexto domingo después de Pentecostés del 2002

Paul Hartman, coordinador

Ronald Baerbock, editor de teología

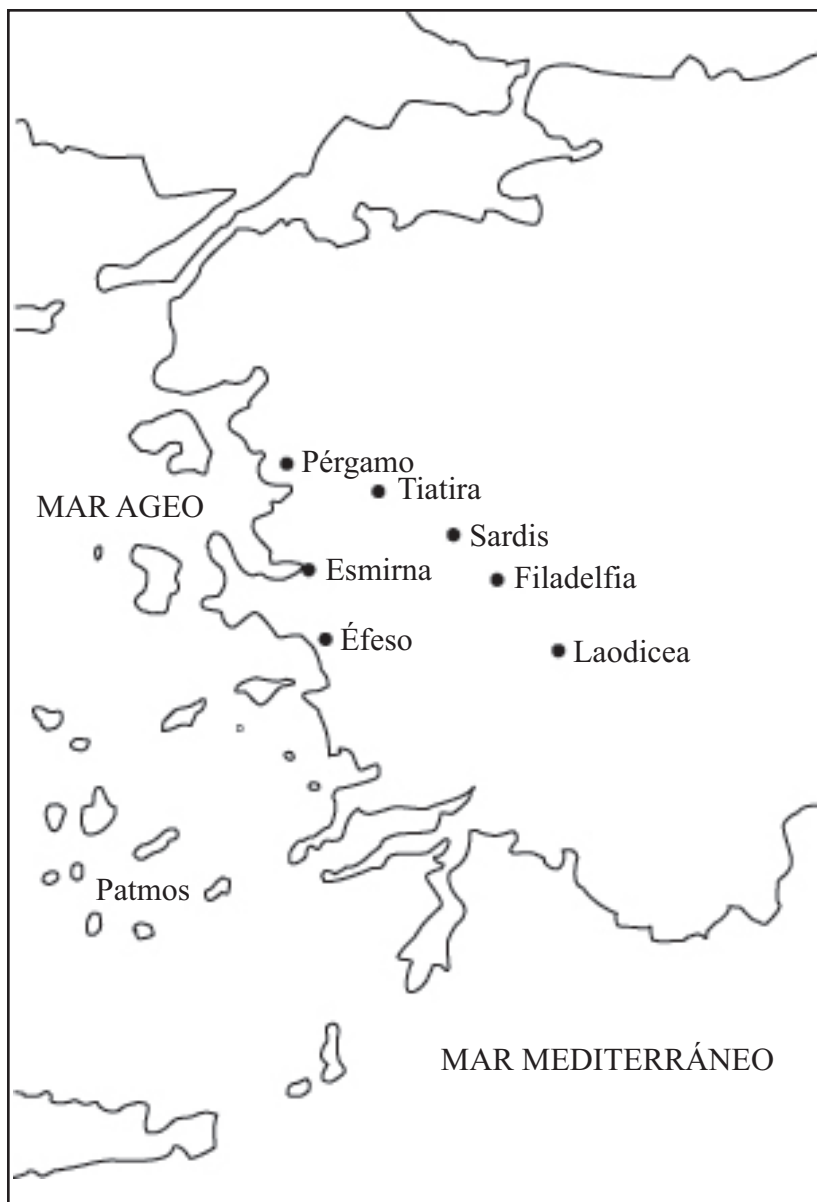
Publicaciones Multilingües

Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin

El Paso, Texas, EE UU

DONATIVO ESPECIAL

La comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, la Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y dos compañías de seguros: Lutheran Brotherhood y Aid Association for Lutherans, contribuyeron con donativos especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.



Las siete iglesias de Asia Menor

INTRODUCCIÓN A APOCALIPSIS

El libro de Apocalipsis siempre ha intrigado a los estudiantes de la Biblia, quizá porque el título mismo del libro promete revelar algo nuevo. De hecho, este último libro del Nuevo Testamento sí agrega algo al mensaje de la Biblia. Para la iglesia atribulada aquí en la tierra, el mensaje de este libro da una nueva y hermosa seguridad de la victoria final de Jesús. El Apocalipsis es una extensión de la promesa del resucitado y ascendido Salvador, cuando afirmó: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

Sin embargo, el mensaje central de Apocalipsis es el mismo que se proclama a través de toda la Biblia. El libro de Apocalipsis se enfoca en Jesús y su victoria sobre el pecado, la muerte y Satanás.

El Apocalipsis difiere del resto de los libros de las Sagradas Escrituras en la forma en que presenta su mensaje. Está escrito con el estilo apocalíptico (la palabra *apocalipsis* quiere decir “revelación”). En los escritos apocalípticos de la Biblia, Dios inspiró a sus profetas para usar impresionantes imágenes para revelar las promesas reservadas para su pueblo. Así, pues, el Apocalipsis tiene un lenguaje osado y pintoresco que describe la venida de Jesús, ya sea a redimir a su pueblo durante su primera venida o a llevárselo con él al cielo en su aparición final.

El lenguaje figurado es un rasgo impresionante que aparece en las siete visiones descritas en el libro. Juan recibió de Jesús estas visiones que describen la época del Nuevo Testamento, el fin del mundo, el día del juicio y la eternidad. La escritura apocalíptica de dichas contemplaciones se parece a las audaces imágenes que usaron Ezequiel, Daniel, Zacarías, y otros profetas del Antiguo Testamento. Como si se tratase de pintar un cuadro, el libro de Apocalipsis pinta la imagen que da Dios, describiendo las luchas de la iglesia en los últimos días y la victoria final de Jesús por su pueblo.

Autor, lugar, fecha

El Apocalipsis es uno de los cinco libros del Nuevo Testamento escritos por Juan. El autor se identifica por su nombre tanto en el primer capítulo como en el último. Afirma que escribe de la isla de Patmos en el mar Egeo, donde se encontraba exiliado por causa de las persecuciones que sufría por dar testimonio de Jesús. Juan escribió el libro a mediados del año 90 d.C. Los sufrimientos de los cristianos que Juan menciona corresponden a la persecución que se llevó a cabo durante el gobierno del emperador romano Domiciano.

Interpretación del libro

Muchos falsos maestros utilizan el libro de Apocalipsis como fuente para desarrollar extrañas ideas de los acontecimientos que ocurrirán en los últimos días. El milenio es un ejemplo de esas raras ideas en el que supuestamente Cristo reinará mil años sobre la tierra inmediatamente antes o después de su regreso. Otras falsas creencias son la de forzadas conversiones en masa en el futuro y la de un rapto en el que Dios se llevará al cielo a todos los creyentes. Para evitar el error de añadirle o quitarle al propósito de Dios, es necesario ver cómo interpretamos toda la Biblia antes de estudiar su último libro.

Los creyentes definimos toda la Biblia como la palabra de Dios. Todas las Escrituras armonizan perfectamente entre sí, porque tienen el mismo origen divino. Con esa misma confianza estudiamos el Apocalipsis. Aunque Juan nunca cita directamente las Sagradas Escrituras, en sus visiones incorpora más de quinientas paráfrasis y alusiones bíblicas. Por eso, el Apocalipsis está a la par, no aparte ni por encima, del resto de la Biblia. Después de comenzar el estudio de este libro, tengamos por seguro que no encontramos enseñanzas diferentes o ajenas al resto de la palabra de Dios.

Puesto que la Biblia es la palabra de Dios, tomamos de forma literal lo que leemos. A veces Dios nos habla directamente; otras veces lo hace mediante figuras o símbolos. Para dejar que Dios hable por sí mismo, debemos dejar que la Biblia nos diga cuándo lo hace directamente y cuándo lo hace con un lenguaje figurado. El rompimiento de esta sencilla regla ha causado muchas falsas interpretaciones bíblicas. Para no caer en este error, debemos ser muy cuidadosos con las palabras que aparecen en los pasajes donde tenemos dudas. En el caso del Apocalipsis, las palabras mismas nos dirán cuándo Juan habla directamente y cuándo describe las visiones reveladas por el Espíritu Santo. Opacaríamos el mensaje del libro si tomamos las palabras directas de Juan en una forma figurativa o le damos un significado literal a su lenguaje figurado.

Tratamos el lenguaje figurado del libro de la misma forma en que estudiamos el lenguaje simbólico en otras partes de las Escrituras. Primero, recordemos que las visiones de Juan son como grandes y bellas pinturas. Como las parábolas de Jesús, cada imagen tiene un punto de enfoque, expresando una sola lección. Cada detalle contribuye a la belleza de toda la visión, pero no debe distraernos del punto principal. Por eso, tal como haríamos con una de las parábolas de Jesús, en las visiones de Juan buscaremos el punto principal de las mismas, sin tratar de forzar algún significado en cada detalle.

La Biblia provee su propia explicación de las vívidas imágenes del libro de Apocalipsis. Los pasajes claros de la Biblia nos ayudan a entender los menos claros. Por ejemplo, Juan explica muchas de sus imágenes, de la misma manera como Jesús lo hizo en sus parábolas. A veces, cuando el apóstol no aclara de inmediato sus símbolos, lo hace después en el libro. Algunas imágenes, que no se explican en el Apocalipsis, se definen cuando las comparamos con imágenes semejantes que aparecen en otras partes de la Biblia. Y sin embargo, el significado de unas pocas ilustraciones de Juan quedará oculto para nosotros.

Junto con nuestra confianza de que la Biblia es la palabra de Dios está la certeza de que él nos da todo lo necesario para nuestra fe y entendimiento. Por lo tanto, aunque en ocasiones no podamos entender todo el lenguaje figurado de Juan, no forzaremos ningún significado en sus palabras que las Escrituras no apoyen.

Si dejamos que Dios hable por sí mismo, sus palabras también influirán en la forma en que estudiemos una visión tras otra del libro. La manera en que Jesús habla por medio de Juan evita que leamos las siete visiones como si se tratase de los siete capítulos de una novela. Leeremos con frecuencia que este discípulo indica el paso del tiempo con palabras como “después de esto” o “entonces”. Sin embargo, Juan usualmente está señalando el tiempo transcurrido para él desde la última visión. Sólo el contenido de las contemplaciones mismas nos puede decir si el tiempo ha pasado de una visión a la siguiente. Por consiguiente, notamos que algunas de ellas hablan de la misma época, pero desde diferentes perspectivas.

El Apocalipsis describe los tiempos finales antes de la segunda venida de Jesús a este mundo, es decir, la época en que vivimos. Las siete visiones de Juan repasan una y otra vez la lucha continua entre Cristo y Satanás. El ejército de Dios incluye a Jesús, los santos ángeles y los fieles testigos del evangelio. Las fuerzas del mal incluyen a Satanás, sus ángeles malignos, los incrédulos, los falsos profetas y potencias terrenales. Aunque todas las visiones describen la misma batalla, cada una capta diferentes protagonistas y diferentes campos de combate. A medida que se describen las visiones, vemos la contienda creciendo en intensidad, hasta culminar en la última visión que narra la derrota final de Jesús sobre Satanás y su victoria eterna para los santos.

En su infinita sabiduría, Dios hizo que este libro fuera puesto al final de la Biblia. Un buen conocimiento de todas las Escrituras les dará a los lectores del Apocalipsis una doble bendición: Evitará que agreguemos nuestras propias ideas y nos ayudará a recibir de Dios mayor consuelo.

El significado de los números en Apocalipsis

Los números constituyen parte del lenguaje figurado de Jesús en el Apocalipsis. Aunque no todo número es simbólico, Jesús los usa con frecuencia pero no con el fin de darnos una cuenta exacta, sino para representar ciertas verdades espirituales. Para aprender su significado, primero vemos cómo los utiliza Jesús, y luego cómo los emplean el resto de las Escrituras. No debemos interpretar ningún número simbólico de tal manera que contradiga lo que dice la Biblia de forma literal. Sin embargo, cuando los números enfatizan las verdades bíblicas, enriquecen nuestro entendimiento de las visiones. A continuación veremos el uso simbólico de algunos números en el Apocalipsis. Se harán los comentarios correspondientes cuando el número se correlacione con otras partes de las Escrituras.

- 3 Es el número de Dios: las tres personas de la santa Trinidad en el trono (1:4,5); tres versículos tríplices de alabanza de las criaturas vivientes (4:8); la salvación, el poder y el reino de Dios (12:10); 30 referencias a “el Cordero” (14:1 y otros); la salvación, la gloria y el poder (19:1).
- 4 Es el número del mundo creado, la tierra y toda la gente: “las cuatro criaturas vivientes” (4:8), representando el mundo creado; cuatro jinetes cabalgando sobre la tierra (6:1-8); nación, tribu, pueblo y lengua (7:9; 11:9), representando a toda la gente; cuatro ángeles, cuatro ángulos de la tierra y cuatro vientos de la tierra (7:1); cuatro lados de la Ciudad Santa con cuatro portales (21:13).
- 6 Es el número del mal, la mentira y cosas incompletas o imperfectas: el número de la bestia es 666 (13:18).
- 7 Es la suma del número de Dios (3) y del hombre (4) que equivale a la interacción misericordiosa de

Dios con el mundo: los siete espíritus ante el trono (1:4; 4:5; 5:6); los siete candelabros, estrellas e iglesias (2,3); el pacto de gracia de Dios, las siete visiones de Apocalipsis; el libro con los siete sellos (5:1); las siete alabanzas de los ancianos y las criaturas vivientes (5:12); las siete alabanzas de los ángeles (7:12); las siete trompetas (8:6); la mitad de siete, tres y medio: cuarenta y dos meses son tres años y medio (11:2); mil doscientos sesenta días son tres años y medio (11:3; 12:6); tres días y medio son la mitad de una semana (11:9,11).

10 Es el número de lo completo, una cantidad designada y limitada por Dios: “diez días” de persecución para los miembros de la congregación de Esmirna (2:10); diez mil veces diez mil ángeles (5:11); la mitad de diez, cinco (9:5,10); diez cuernos (12:3; 13:1; 17:12); diez veces diez veces diez, mil (20:2-7).

12 Es el producto del número de Dios (3) y el número del hombre (4); así, el resultado de la obra de gracia de Dios entre los hombres, es decir, la iglesia: veinticuatro ancianos (4:4; 19:4); las doce tribus de Israel (7:4-8; 21:12); ciento cuarenta y cuatro mil elegidos (7:4; 14:1,3); los doce apóstoles (21:14); las dimensiones de la Ciudad Santa (21:12-21); el árbol de la vida (22:2).

Tema y bosquejo

¡JESÚS NOS ASEGURA LA VICTORIA!

I. INTRODUCCIÓN 1:1-11

- A. La revelación de Jesús a Juan 1:1,2
- B. Bendiciones y saludos 1:3-5
- C. Alabanza al Salvador 1:5-8
- D. El motivo para escribir 1:9-11

II. LA VISIÓN DE LAS SIETE CARTAS 1:12–3:22

- A. Jesús escribió las cartas 1:12-20
- B. La primera carta: a Éfeso 2:1-7
- C. La segunda carta: a Esmirna 2:8-11
- D. La tercera carta: a Pérgamo 2:12-17
- E. La cuarta carta: a Tiatira 2:18-29
- F. La quinta carta: a Sardis 3:1-6
- G. La sexta carta: a Filadelfia 3:7-13
- H. La séptima carta: a Laodicea 3:14-22

III. LA VISIÓN DEL LIBRO 4:1–7:17

- A. Juan se acerca al trono 4:1-11
- B. El Cordero recibe el libro 5:1-14
- C. El Cordero abre los primeros cuatro sellos 6:1-8
 - 1. El primer sello: el caballo blanco 6:1,2
 - 2. El segundo sello: el caballo rojo 6:3,4
 - 3. El tercer sello: el caballo negro 6:5,6
 - 4. El cuarto sello: el caballo amarillo 6:7,8
- D. El Cordero abre el quinto sello: las almas debajo del altar 6:9-11
- E. El Cordero abre el sexto sello: los últimos días 6:12–7:17
 - 1. El juicio final 6:12-17
 - 2. Los 144,000 sellados de la tierra 7:1-8
 - 3. La multitud vestida de ropas blancas 7:9-17

IV. LA VISIÓN DE LAS TROMPETAS 8:1–11:19

- A. El Cordero abre el séptimo sello: la visión de las trompetas 8:1
- B. Los siete ángeles con siete trompetas 8:2-5
- C. Los cuatro ángeles tocan sus trompetas 8:6-12
- D. Los tres ángeles hacen sonar las últimas trompetas 8:13–11:19
 - 1. La quinta trompeta: el primer lamento 8:13–9:11
 - 2. La sexta trompeta: el segundo lamento 9:12–11:14
 - a. El ejército de los cuatro ángeles 9:12-21
 - b. El ángel con el librito 10:1-11

c. Los dos testigos 11:1-13

3. La séptima trompeta: el tercer lamento 11:14-19

V. LA VISIÓN DE LAS SIETE VISIONES 12:1–15:8

A. La primera visión: el dragón y el Niño 12:1–13:1

B. La segunda visión: la bestia del mar 13:1-10

C. La tercera visión: la bestia de la tierra 13:11-18

D. La cuarta visión: los 144,000 con el Cordero 14:1-5

E. La quinta visión: los tres ángeles 14:6-13

F. La sexta visión: la siega 14:14-20

VI. LA VISIÓN DE LAS SIETE COPAS DE FUROR LLENAS DE LAS ÚLTIMAS SIETE PLAGAS 15:1–16:21

A. La séptima visión: los siete ángeles con las siete plagas 15:1-8

B. Las primeras cinco copas 16:1-11

C. La sexta copa: la batalla de Armagedón 16:12-16

D. La séptima copa: el fin del mundo 16:17-21

VII. LA VISIÓN DE CRISTO Y DEL ANTICRISTO 17:1–19:21

A. La gran ramera 17:1-18

B. La caída de Babilonia 18:1-24

C. La victoria de la iglesia 19:1-21

1. La cena de las bodas del Cordero 19:1-10

2. El jinete del caballo blanco 19:11-21

VIII. LA VISIÓN DE LA VICTORIA FINAL 20:1–22:5

A. La derrota final de Satanás 20:1-10

B. El juicio final de Jesús 20:11-15

C. Una descripción de los cielos 21:1–22:5

1. Cielo nuevo y tierra nueva 21:1-8

2. La nueva Jerusalén 21:9-27

3. El río de la vida 22:1-5

IX. CONCLUSIÓN 22:6-21

A. Juan y el ángel 22:6-11

B. Jesús y Juan 22:12-19

C. Una última palabra para la iglesia 22:20,21

INTRODUCCIÓN (1:1-11)

Revelación de Jesús a Juan

1 La revelación de Jesucristo, que Dios le dio para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. La declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan,² el cual ha dado testimonio de la palabra de Dios, del testimonio de Jesucristo y de todas las cosas que ha visto.

Con estas sencillas palabras Juan comienza una carta de gran profundidad. “La revelación” (1:1) es la traducción de la palabra griega *apocalipsis*, que significa descubrir algo previamente oculto. En las páginas de este libro Jesús revelará todo lo que necesitamos saber para poder encarar el futuro; él quiere que tengamos la completa certeza de su victoria final sobre nuestros enemigos. Dios está por revelar lo que es para el bien de sus siervos, de su pueblo y de su iglesia. En el Apocalipsis, Dios les habla a sus siervos de todas las épocas; lo que Jesús le dio a Juan para que escribiera, es para nuestro beneficio.

Como es de esperarse, hay escépticos que niegan la naturaleza profética y la calidad de la inspiración del Apocalipsis de Juan. Dicen que Juan escribió sólo sobre eventos que ya habían ocurrido o que estaban ocurriendo en el momento de escribirlo. Pero Juan despeja esas dudas al acreditar a Jesús la autoría del libro. En Apocalipsis se afirma que Jesucristo revelará por medio de Juan “las cosas que deben suceder pronto” (1:1). El Señor le da a escribir a Juan una revelación divina del futuro. Las profecías que se registran en este libro “deben suceder” porque Dios es quien conoce y controla el futuro.

La forma como Juan entreteje la “revelación de Jesucristo” en el versículo uno con el “testimonio de la palabra de Dios, del

testimonio de Jesucristo” en el versículo 2, hace énfasis que estos no son los pensamientos personales de Juan, quien sólo da testimonio de lo que vio como testigo presencial. En vez de decir que fue algo que escuchó, Juan escribe que “vio” la palabra de Dios (1:2). Se expresa así porque Jesús le comunicó el contenido de este libro mediante una serie de visiones. Juan “vio” el mensaje de la misma forma que los profetas o videntes del Antiguo Testamento, es decir, por medio de visiones (1:11). Mediante estas contemplaciones, Jesús corrió la cortina del tiempo para revelar ante los ojos de su emisario el gran drama que estaba por desarrollarse para su iglesia.

Dios primero le reveló ese mensaje a Jesús. Todo lo que Jesús nos dice viene del Padre (Juan 14:10; Hebreos 1:1,2). Jesús entregó a su ángel el mensaje de Dios el Padre, para que a su vez, lo confiase a Juan. Con todo cuidado, Juan les hace saber a sus lectores la fuente de su mensaje para que ellos tengan la confianza absoluta de que sus escritos, como el resto de la Escritura, son inspirados por Dios (2 Timoteo 3:16).

Bendiciones y saludos

³ Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas, porque el tiempo está cerca.

⁴ Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros de parte del que es y que era y que ha de venir, de los siete espíritus que están delante de su trono, ⁵ y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos y el soberano de los reyes de la tierra.

El lector, es decir, el que lee este libro de profecía ante la congregación durante la adoración pública, será bienaventurado. Ser bendecido significa formar parte de aquellos a quienes Dios hace espiritualmente felices. Juan promete esta misma paz interior a los miembros de la congregación que escuchan, leen y toman a pecho sus palabras. Juan está repitiendo la promesa que hizo

nuestro Salvador en Lucas 11:28: “Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen”. La promesa de una bendición invita a escuchar cuidadosamente la palabra, mediante la cual Dios produce la fe y una obediencia con buena disposición.

Las cosas que habrán de suceder ocurrirán “pronto” (1:1). Las profecías del Apocalipsis se han desarrollado rápidamente para todo aquel quien las ha leído. Cada uno de nosotros nació en medio de la gran lucha entre Cristo y Satanás. Es un tiempo muy corto, de “setenta años” (Salmo 90:10), desde que nacemos hasta el momento de compartir la gran victoria prometida por Jesús a cada uno de sus siervos.

Al comienzo, Juan presenta e identifica a Jesús como el verdadero autor del libro. Después, declara el motivo por el cual escribe: para fortalecer a los siervos de Jesús para las batallas venideras. Luego el discípulo sigue la forma acostumbrada de salutación que se usaba en su época. Se presenta a sí mismo como el escritor, para después dirigirse a las siete congregaciones de la provincia de Asia como sus lectores. En ese tiempo, el Asia Menor era una provincia del Imperio Romano; en la actualidad es lo que se conoce como Turquía occidental (ver el mapa en la página viii).

Cuando Juan les escribe a las iglesias, no se está refiriendo a Templos o a congregaciones formalmente organizadas. Ninguna de las primeras iglesias cristianas tenía edificios públicos de adoración tal como los conocemos hoy. La mayoría se reunía en casas; algunos quizás en las sinagogas. Entonces, con la palabra *iglesias*, Juan se refiere a los lectores como personas que le pertenecen a Dios. A los congregados alrededor de la palabra y los sacramentos en estos siete lugares, Jesús les dará la seguridad de su victoria final.

Juan saluda a sus lectores con las mismas palabras que usan Pablo (1 Tesalonicenses 1:1) y Pedro (1 Pedro 1:2) al comienzo de sus cartas: “Gracia y paz”. La gracia es el inmerecido perdón que Dios nos da por medio de Jesús; es un amor perdonador unilateral. La paz es la palabra griega equivalente al hebreo *Shalom*. El amoroso perdón de Dios produce esa paz en el corazón

del creyente. Esa paz proviene de saber que Jesús satisfizo la ira de Dios por nuestros pecados y ha puesto fin a la guerra entre él y el pecador. La dulce confianza es que Dios está de nuestro lado en las luchas de la vida diaria.

La gracia y la paz proceden del Dios trino. Juan menciona las tres personas de Dios. El Padre es el “que es, y que era, y que ha de venir”. La forma en que Juan elige estas palabras reflejan la naturaleza inmutable de Jehová que se expresa en Éxodo 3:14: “YO SOY EL QUE SOY”. Dios siempre cumple sus promesas: “Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:13). El Padre se compromete a darnos la salvación. Él no cambia de parecer por causa de nuestras caídas en el pecado, sino nos perdona por causa de la obra pacificadora de su Hijo.

Juan describe la tercera persona de Dios como “los siete espíritus que están delante de su trono [de Dios]” (1:4). Juan pudo haber escogido estas palabras para reflejar las siete descripciones del Espíritu que se mencionan en Isaías 11:2. Si así fue, sus palabras pueden ser traducidas como “el Espíritu séptuple”. Sin embargo, no hay duda de que Juan está hablando del Espíritu Santo. En 3:1, 4:5, y 5:6, el escritor afirma que los siete espíritus son “de Dios”. En 1:4 los siete espíritus están ubicados entre el Padre y Jesucristo quien promete que el Padre enviará en su nombre al Espíritu Santo (Juan 14:26). Estos son “los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra” (5:6) con el mensaje de Jesucristo.

Juan menciona a la segunda persona de la Trinidad con el nombre de “Jesucristo” (versículo 5). Cuando Jesús habló con los fariseos, les afirmó: “El que me envió es verdadero, y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo” (Juan 8:26). Jesús habló sólo lo que el Padre le dio para que dijera. Esto hace que él sea “el testigo fiel”, como se menciona en el versículo 5. El testimonio fiel de Jesús también hace de él el gran Profeta a quien Moisés prometió que Dios iba a enviar (Deuteronomio 18:15; ver también Jeremías 23:28; Hebreos 1:1,2).

En la mañana de la Pascua de resurrección, Jesús llegó a ser el “primogénito de los muertos” (versículo 5). En las familias judías el primogénito era el que marcaba la pauta; todo el resto de los hijos e hijas eran bendecidos de acuerdo con la herencia que el primogénito recibía. Con su muerte y su resurrección, nuestro Sumo Sacerdote Jesús vino a ser el ejemplo primordial entre los hijos de Dios. Mediante él tenemos salvación y acceso al trono divino. “Pero este, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:24,25). Cuando morimos, heredamos el beneficio eterno de su resurrección. Jesús prometió: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Todos los que son hijos de Dios por la fe serán bendecidos en relación directa con la resurrección del primogénito de los muertos. “[Jesucristo] transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:21).

El gran Profeta y Sacerdote también es nuestro gran Rey. A Jesús le ha sido dado todo poder en los cielos y en la tierra. En tiempos de profunda tribulación, los creyentes saben que él tiene el control, no sólo de lo espiritual, sino también de los asuntos terrenales. Jesús es “Rey de reyes y Señor de señores” (19:16). La historia del mundo es la historia de él; los gobernantes terrenales son pretendientes temporales al trono verdadero (Salmo 2). “Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla” (Filipenses 2:10).

A través de los versículos 4 y 5, Juan utiliza una forma gramatical griega poco frecuente para los tres nombres descriptivos de Dios, lo cual indica que las tres personas de Dios son una sola en esencia. Las formas mismas destacan la naturaleza inmutable de las tres personas. Como el Padre fue fiel al enviar a su Hijo, así el Espíritu es fiel en conceder sus dones, y el Hijo es fiel en determinar la historia para el bien de su pueblo.

Alabanza al Salvador

Al que nos ama, nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre ⁶ y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre, a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.

⁷ He aquí que viene con las nubes:

Todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron;

y todos los linajes de la tierra se lamentarán por causa de él.

Sí, amén.

⁸ «Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin», dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.

Ahora vemos por qué Juan mencionó las personas de la Trinidad como Padre, Espíritu e Hijo. Por último menciona a Jesús, a quien tributa una gloriosa alabanza. Esta doxología se dirige “al que nos ama” (1:5). El idioma griego tiene tres diferentes formas para la palabra amor, y Juan utiliza el mismo término que se usa en Juan 3:16 para describir el amor inmerecido del Padre por el mundo. El afecto continuo de Jesús por nosotros lo motivó a romper las cadenas que nos ataban al poder del pecado, la culpa y el castigo.

En el Antiguo Testamento, Dios le prometió a su pueblo del pacto: “Vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:6). Jesús también hace de nosotros, a quienes ama y perdona, “reyes y sacerdotes” (1:6). Como miembros de su reino, comenzamos a reinar en el preciso momento en que llegamos a creer. Pablo escribe: “Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:6). Nos afirma que en este reino “todo es vuestro” (1 Corintios 3:21). Todo gozo y privilegio de pertenecer a él comienza ahora y continúa a lo largo de todo el Nuevo Testamento.

Jesús nos hizo miembros de su reino con el propósito de hacernos “sacerdotes para su Dios y Padre” (1:6); y como tales, nuestro servicio consiste en ofrecerle sacrificios. Nuestro gran

Sacerdote, Jesús, ya hizo el perfecto sacrificio por nuestros pecados. “Y así, con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14). Dado que nuestros pecados ya fueron eliminados por su sacrificio, “no hay más ofrenda por el pecado” (Hebreos 10:18). Aun así, Juan declara que somos sacerdotes; somos un “sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5). Pero las ofrendas que los sacerdotes de Jesús traen ante Dios no son en pago por el pecado, sino son sacrificios de gratitud. Con toda gratitud anunciamos “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Ofrendamos nuestro cuerpo “como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro servicio de adoración espiritual” (Romanos 12:1). En el reino de Jesús el sacerdocio significa la vida diaria que lleva un cristiano para agradar a Dios.

Los que gobiernan juntamente con Cristo y sirven como sus sacerdotes dan todo el crédito, la “gloria e imperio” (1:6), a Jesús. Esta certeza en nosotros nos hace exclamar con resonante júbilo: ¡Amén! En este momento, nuestros privilegios en el reino no son aparentes ante el mundo que nos rodea, “porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3). Pero esto pronto cambiará, “cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:4). El reino que ahora comienza con Jesús continúa en la eternidad y sus miembros “reinarán por los siglos de los siglos” (22:5). La vida de agradecido servicio que iniciamos en la tierra continuará con perfecta felicidad en los cielos: “Sus siervos lo servirán, verán su rostro y su nombre estará en sus frentes” (22:3,4).

Para volver al tema de victoria en la carta de Apocalipsis, Juan se eleva en un cántico de alabanza a este Jesús que nos ha hecho reyes y sacerdotes. Más de dos docenas de veces en este libro, el escritor va a llamar nuestra atención con las palabras “¡He aquí!” Está recordando la promesa que hicieron los ángeles cuando Jesús ascendió a los cielos: “Este mismo Jesús, que ha sido tomado

de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:11). Volverá como se fue, “con las nubes” (1:7).

Las Escrituras muestran las manos y los pies traspasados del Salvador como señal de su humilde pero victoriosa lucha por nuestra salvación. David profetizó: “Desgarraron mis manos y mis pies” (Salmo 22:16). Isaías habla de los sufrimientos del siervo de Dios que sería “herido por nuestras rebeliones” (53:5). Zacarías hace eco a estas palabras: “Mirarán hacia mí, a quien traspasaron” (12:10). Esta estela de profecías tendrá su cumplimiento pleno cuando los enemigos que crucificaron a Jesús, ya sea por el pecado o por la espada, se presenten ante él a juicio. “Todo ojo lo verá” (versículo 7), porque todos serán levantados de entre los muertos (Daniel 12:2). La mayoría serán los que rechazaron la gracia de su Señor por su incredulidad y se opusieron a su iglesia. La cantidad de ellos no es poca, “porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella” (Mateo 7:13). “Allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 22:13) porque será demasiado tarde para arrepentirse. Sin embargo, para el creyente fiel, la promesa de Jesús vendrá a ser una hermosa realidad: “Pero os volveré a ver y se gozará vuestro corazón” (Juan 16:22). “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 21:4).

Quien hará el juicio final el último día, se identifica a sí mismo como “el Alfa y la Omega” (1:8). Aunque Juan dice “el Señor” es quien declara estas palabras, sabemos que es el Hijo, y no el Padre quien está hablando. Jesús se identifica con este mismo nombre dos veces más (21:6; 22:13). En el capítulo 22:13, él explica el nombre: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último”. Un poco después, en este mismo capítulo, Jesús se autodenomina “el primero y el último” (1:17).

El Alfa y la Omega son la primera y la última letra del alfabeto griego. Jesús aplica estas letras a su nombre para simbolizar la determinación permanente de Dios de principio a fin; nos dio la fe y estará con nosotros hasta el fin. Podemos tener esta confianza: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la

perfeccionará” (Filipenses 1:6). Jesús es “el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2). Las palabras el “que es y que era y que ha de venir” (1:4), usadas para describir al Padre, también se aplican al Hijo: “Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos” (Hebreos 13:8).

El motivo para escribir

⁹Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. ¹⁰Estando yo en el Espíritu en el día del Señor oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, ¹¹que decía: «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.»

En el versículo 9, Juan se presenta de nuevo, pero esta vez se pone al mismo nivel de sus lectores. Él es su hermano y sin duda considera un privilegio el ser contado entre ellos. “En la tribulación, en el reino y en la perseverancia” (1:9) es algo que poseemos y compartimos todos los cristianos porque estamos “en Jesús” (1:9), es decir, estamos unidos a él por medio de la fe. Pedro anima a sus lectores: “Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 Pedro 4:13). Pablo también escribió: “Nos gloriamos en las tribulaciones” (Romanos 5:3).

Juan, como los demás apóstoles, vio el sufrimiento por Jesús como una razón para regocijarse. Sus lectores también necesitaban ver sus tribulaciones desde esta perspectiva. Muchos de los cristianos de Asia Menor estaban padeciendo por causa de su fe en Jesús; algunos fueron abiertamente perseguidos. Cuando escribe desde el exilio, Juan se identifica como su hermano tanto en la fe como en el sufrimiento. No les está hablando con un tono

de superioridad, sino como uno de ellos, como un “compañero” (1:9).

El escritor del Apocalipsis se encontraba en la isla de Patmos, un lugar desolado en el mar Egeo con menos de ochenta kilómetros cuadrados de extensión y localizada en Asia Menor, al suroeste de Éfeso. Estaba exiliado allí porque, según los romanos, su predicación y enseñanza acerca de Jesús constituían una amenaza para el estado. No tenemos detalles del destierro de Juan, de las circunstancias exactas ni de la duración del mismo, pero sabemos que el apóstol se puede dirigir no sólo con simpatía, sino también con empatía, a los cristianos que sufrían. Un compañero es literalmente el que comparte algo con otros. Juan compartía con los lectores sus sufrimientos ocasionados por su amor a la palabra de Dios.

El apóstol afirma que ha recibido la visión de Jesús en “el día del Señor” (1:10), esto es, el domingo, el día de la resurrección de Cristo. Aunque en todo el Nuevo Testamento, sólo aquí se menciona esta frase, el hecho que Juan la mencione sin más explicación es indicio de que sus lectores estaban acostumbrados a referirse a este día como su día de adoración (compare con 1 Corintios 16:2). Cuando decidieron tener sus servicios religiosos en domingo, los primeros cristianos estaban ejerciendo la libertad que la resurrección del Señor les dio respecto de las ordenanzas ceremoniales del Antiguo Testamento referentes al séptimo día, el sábado.

La Reina Valera 95 dice que Juan estaba “en el Espíritu” (1:10). Sin embargo, el apóstol escribe simplemente que él estaba “en espíritu”, es decir, en cierto estado espiritual. Juan habla de nuevo de estar “en espíritu” en 4:2, 17:3 y 21:10. Cuando menciona al Espíritu Santo en el libro de Apocalipsis, lo describe como “los siete espíritus” (1:4, 3:1, 4:5, 5:6) o dice que es *el* Espíritu (2:7,11,17,29; 3:6,13,22; 22:17). Juan estaba en un estado espiritual de profunda meditación en el estudio de la Biblia y la oración. Dios condujo al profeta a un estado mental que era receptivo para lo que Jesús estaba por revelar.

Mientras el apóstol se encontraba en este estado mental, “una gran voz” vino a él (1:10), como el ruido de una trompeta, es decir, clara y sonora. Nada indica que Juan estuviera buscando o esperando revelación alguna; esa fue una obra de Dios. La voz procedía de detrás de él. Juan sólo era un escriba dedicado a registrar la revelada inspiración. Jesús le dio el mensaje, y él mismo designó a sus oyentes. Juan debía enviar lo que escribió en un rollo a las siete iglesias de Asia Menor (ver el mapa de la página viii).

LA VISIÓN DE LAS SIETE CARTAS (1:12–3:22)

Jesús escribió las cartas

¹² Me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candelabros de oro, ¹³ y en medio de los siete candelabros a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y tenía el pecho ceñido con un cinto de oro. ¹⁴ Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos, como llama de fuego. ¹⁵ Sus pies eran semejantes al bronce pulido, refulgente como en un horno, y su voz como el estruendo de muchas aguas., ¹⁶ En su diestra tenía siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos y su rostro era como el sol cuando resplandece con toda su fuerza.

¹⁷ Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: «No temas. Yo soy el primero y el último, ¹⁸ el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. ¹⁹ Escribe, pues, las cosas que has visto, las que son y las que han de ser después de éstas. ²⁰ Respecto al misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candelabros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros que has visto son las siete iglesias.

La reacción de Juan ante la visión fue natural: se volteó para “ver” (1:12), quién le hablaba. Al principio no vio de donde procedía la voz. Al contrario, cuando volteó, vio siete candelabros. El fenómeno sobrenatural de la voz y los candelabros da inicio a la primera de las siete visiones que el apóstol se dispone a narrar en el Apocalipsis.

Después, Juan explica que los candelabros representaban las siete iglesias a las que iba dirigida la carta (1:20). Entre los candelabros había alguien “semejante al Hijo del hombre” (1:13). Ezequiel, otro escritor bíblico, usó el mismo título “hijo del hombre” en forma general para referirse a una figura humana. Aunque Jesús con frecuencia se llamó a sí mismo *el* Hijo del hombre, ninguno de los escritores del Nuevo Testamento lo llama así. Es claro que la figura humana que vio Juan es Jesús. Sin embargo, en este versículo, así como en 14:14, el griego original no incluye la palabra “el”. Se puede traducir la frase mejor como: “semejante a *un* hijo del hombre”, por lo cual es evidente que está hablando en forma general de haber visto a alguien con figura humana.* La presencia de Jesús entre los candelabros confirma la promesa que él le dio a su iglesia: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20; vea también Mateo 18:20).

La descripción de esta figura humana confirma que es Jesús quien se llamó a sí mismo el Hijo del hombre. Primero, la visión presenta al gran Sumo Sacerdote sirviendo a su pueblo. Jesús está rodeado de detalles que nos recuerdan a los sacerdotes del Antiguo Testamento, no sólo los candelabros (versículo 12; Éxodo 25:31-40), sino también las largas ropas sacerdotales con el cinto de oro (versículo 13; Éxodo 28:4,8). Setecientos años antes, Isaías afirmó en su visión: “Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el Templo” (Isaías 6:1). El manto que Juan menciona simboliza la misma dignidad y autoridad. El cabello blanco significa la santidad de Dios y es señal de su eternidad. Daniel usa palabras semejantes en su visión: “Y se sentó un Anciano de días. Su vestido era blanco como la nieve, el pelo de su cabeza como lana limpia” (Daniel 7:9).

Los ojos como llama de fuego nos recuerdan el escrutinio y la sabiduría de un gran gobernante que cuida a sus súbditos y se

* La *New International Versión* (en inglés) dice: “semejante a un hijo de hombre”. Véase también Dios Habla Hoy.

enfrenta a cualquiera de sus enemigos. “Los ojos de Jehová están sobre los justos y atentos sus oídos al clamor de ellos. La ira de Jehová está contra los que hacen mal” (Salmo 34:15,16). Este gran Rey todo lo sabe: “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Sus pies de bronce hacen de sus enemigos un estrado: “Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Corintios 15:25). Cuando el Rey levanta su estruendosa voz (Ezequiel 43:2), se derrite la tierra (Salmo 46:6). El rey Jesús gobierna en nombre de su iglesia. “Sometió todas las cosas debajo de sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Efesios 1:22). En la visión de Juan, la iglesia está representada por los siete candelabros. Jesús siempre está presente entre los candelabros tal como entre su fiel pueblo de creyentes.

El gran Profeta sostiene las siete estrellas en su mano derecha (1:16). El versículo 20 explica que las siete estrellas son los mensajeros que proclaman en las iglesias la palabra de Dios. Estos predicadores llevan la espada de dos filos del gran Profeta, Jesús. Esta espada es el mensaje con dos partes, la ley y el evangelio: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). Esta es “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Efesios 6:17); la palabra es “viva, eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos” (Hebreos 4:12).

La apariencia de su rostro confirma la naturaleza divina de esta figura humana. Juan lo había visto antes, en la Transfiguración. En aquella ocasión, Jesús les dio a sus discípulos un adelanto de la plenitud de su gloria celestial. Mateo escribió: “Resplandeció su rostro como el sol” (Mateo 17:2). Este es el mismo Jesús, que ascendió a la gloria de Dios en el cielo.

Juan desfalleció de temor al estar en la presencia de Dios (1:17), pero Jesús lo confortó con palabras aplicables a todo pecador que le teme a la cegadora luz de la santa presencia de

Dios: “No temas” (1:17). El Señor también nos explica por qué no debe asustarnos ver el rostro de Dios: “Yo soy el primero y el último” (versículo 18). Jesús es el mismo Alfa y Omega del versículo 8 y por su misma naturaleza es el Dios eterno, que se hizo totalmente humano para que su resurrección física le dé la seguridad a todo creyente de que no debe temer de la muerte. Él prometió: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). El Dios-hombre, nuestro Profeta, Sacerdote y Rey, posee las llaves (Mateo 16:18,19) que cierran la puerta de la muerte eterna del infierno (ver 20:1).

Ahora que Juan sabe de quién es la voz, de nuevo Jesús le manda que escriba (1:11). Luego, de dos formas diferentes, sigue describiendo el contenido del mensaje inspirado. Es importante distinguir ambas descripciones para interpretar de manera apropiada lo que Juan debe escribir: “las cosas que has visto” y “las que son, y las que han de ser después de éstas” (1:19).

En el Apocalipsis, Juan escribió lo que vio; él vio visiones, una serie de escenas llenas con cautivadores detalles. Recordemos que Jesús es el verdadero autor del Apocalipsis, que revela estas imágenes y es el centro mismo de las visiones de Juan. Hoy, como entonces, Jesús y su mensaje a las iglesias son el eje de estas contemplaciones. Los coloridos detalles nos atraen a Jesús sin distraernos de su mensaje.

Mientras Juan registraba lo que veía, también estaba escribiendo sobre las cosas “que son, y que han de ser después de éstas” (1: 19). Las siete visiones del Apocalipsis demostrarán cómo la historia misma se repite en el futuro de la iglesia de Cristo. En el tiempo de Juan, las visiones son la historia de las cosas “que son” y una revelación de las cosas “que han de ser después de éstas”. Cada visión es una serie de fotografías tomadas desde diferentes ángulos. Esta variedad de tomas nos presenta un montaje completo de la constante lucha y que a través del conflicto conduce a la victoria final. En estas visiones vemos la misma batalla en diferentes frentes: en la tierra, en los cielos y en el infierno. Mediante estas visiones todos los creyentes de todos los

campos de batalla y en cada etapa de la lucha reciben la certeza de la victoria final. Jesús, el personaje central de todas las visiones, ganará la batalla en nombre de ellos.

Muchos de los símbolos en el Apocalipsis son explicados, y el versículo 20 es un ejemplo de ello. Jesús nos revela que las siete estrellas son los siete ángeles de las siete iglesias. Un ángel es un mensajero. En la Biblia, esta palabra por lo general se refiere a los mensajeros celestiales como, por ejemplo, el ángel Gabriel. Sin embargo, aquí los ángeles son los emisarios humanos que llevan el mensaje de Jesús a sus iglesias, es decir, los pastores, maestros y misioneros de nuestras iglesias de hoy. Los siete candelabros son las siete iglesias entre las que se mueve el gran Sumo Sacerdote. Juan anunció el nacimiento de Jesús en su evangelio: “La luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo” (Juan 1:9). Jesús, a su vez, nos pide que compartamos la luz que él trae a su iglesia: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres” (Mateo 5:16).

La primera carta: a Éfeso

2 »Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso:

»“El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que camina en medio de los siete candelabros de oro, dice esto:

²»“Yo conozco tus obras, tu arduo trabajo y tu perseverancia, y que no puedes soportar a los malos, has probado a los que se dicen ser apóstoles y no lo son, y los has hallado mentirosos. ³ Has sufrido, has sido perseverante, has trabajado arduamente por amor de mi nombre y no has desmayado. ⁴ Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. ⁵ Recuerda, por tanto, de dónde has caído, arrepíentete y haz las primeras obras, pues si no te arrepientes, pronto vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar. ⁶ Pero

tienes esto: que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco. ⁷El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios”.

Al iniciar su mensaje personal a cada una de las iglesias de Asia Menor, Jesús se dirige a ellas en el mismo orden en que las mencionó en 1:11, lo que parece estar basado en su ubicación geográfica (ver el mapa de la página viii). El Señor comienza con la iglesia de Éfeso y continúa en el sentido de las manecillas del reloj por toda la región. Las siete iglesias del Asia Menor a quienes se dirige son congregaciones reales en esta época de la historia, y no hay indicación alguna de que las debamos ver de forma simbólica. Sin embargo, el mensaje de Jesús para ellas es perpetuo; las advertencias y el consuelo que él ofrece se aplica a la iglesia de todas las épocas.

Es sorprendente que en ésta y en las otras seis cartas el Salvador se dirija a las iglesias con el *pronombre singular* “tú” (2:2). Aunque le habla al pastor como el representante de todas las almas bajo su cuidado, es claro que también se refiere a toda la congregación con este “tú”, ya que el Señor brevemente utiliza el plural, como lo vemos en 2:10 y del 23-25. El resultado es que cada alma que escucha el mensaje recibe las palabras de Jesús como si se dirigieran directamente a ella.

Inmediatamente después de las instrucciones al ángel (2:1), Juan identifica al vocero. Sí, el apóstol escribió las palabras y alguien más iba a entregar la carta a cada uno de los pastores. Pero Jesús se presenta como el que le habla a cada una de las iglesias. El pastor, o mensajero, se alegraría de saber que el Salvador sostiene las siete estrellas, es decir, los siete ángeles (1:20), en su mano derecha. Esto significa el poder que él ejerce para proteger a su pueblo. Los pastores confían en que Jesús los sostiene en la palma de su mano derecha a medida que guían a sus iglesias en medio de los últimos y atribulados días. El Salvador, que sostiene

a los líderes espirituales de nuestras congregaciones, está también con sus miembros en todo momento. A medida que camina entre sus iglesias, los siete candelabros, nos promete: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20).

Pedro confesó: “Señor, tú lo sabes todo” (Juan 21:17). Los ojos omniscientes “como llama de fuego” (1:14) conocían también las obras de los efesios (versículo 2). Primero, Jesús los alaba por lo que vio. Los efesios eran una congregación trabajadora, fundada y pastoreada por ministros fieles y dedicados. Pablo trabajó como misionero por tres años en Éfeso (Hechos 20:31). Más tarde, Timoteo (1 Timoteo 1:3) y Apolos (Hechos 18:24-26) ministraron allí. Según la tradición de la iglesia primitiva, Juan fue a Éfeso diez años después de la partida de Pablo, a finales del año 60 d.C. El trabajo diligente y disciplinado de los efesios prueba la observación de que las congregaciones muchas veces asumen el carácter del pastor que las dirige.

Dos veces, en los versículos 2 y 3, Jesús elogia la perseverancia de esta congregación. Con toda paciencia soportaron los tiempos difíciles. También entre las dos alabanzas por su paciencia, Jesús los exalta porque no toleraron entre ellos a hombres malvados ni a falsos apóstoles. Muchas veces somos rechazados cuando nos negamos a trabajar con iglesias que no aceptan todas las enseñanzas de la Biblia; pero aquí Jesús enseña que resistir la maldad moral y la falsa enseñanza es enteramente consistente con la paciencia cristiana. Los efesios estaban “siguiendo la verdad en amor” (Efesios 4:15) cuando comparaban las palabras de los falsos profetas con las enseñanzas recibidas de Pablo, Apolos y Timoteo. Es un ecumenismo falso cuando las iglesias trabajan juntas, sin importarles primero estar de acuerdo en qué es la obra de la iglesia.

“Los malos” (versículo 2) se refiere a los que son moralmente malvados, a los delincuentes. Los falsos apóstoles intentaban desviar a los efesios de la verdad pretendiendo ser verdaderos maestros. Algunos años antes, Pablo predijo que esta iglesia iba a

enfrentar esta clase de falsos maestros; les advirtió a los líderes: “Entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño” (Hechos 20:29). Cuando Jesús dice: “No has desmayado” (versículo 3), se refiere a que soportaron las duras dificultades por mucho tiempo y seguían firmes en el momento en que les escribió estas palabras.

La carta de Jesús a los efesios constituye el patrón general que se usará en las siete cartas a las iglesias. Primero, le ordena escribir a Juan; luego, se identifica y elogia o amonesta a la congregación; finalmente, termina con una promesa junto con la súplica de escuchar lo que el Espíritu les dice.

A continuación, Jesús señala un problema: los efesios habían perdido su primer amor (versículo 4). Sólo los ojos “como llama de fuego” del Salvador omnisciente pueden ver lo que le falta al corazón. Años atrás, Pablo escribió del amor de los efesios “para con todos los santos” (Efesios 1:15) y oró para que continuaran “arraigados y cimentados en amor” (Efesios 3:17). Sin embargo, ahora que el amor por su Salvador se había enfriado, comenzaban a tratarse unos a otros con desamor. Es cierto que aún estaban trabajando duramente, pero sus actividades nacían más por el sentimiento de deber que de amor.

Hubo una época en la que los efesios sabían “cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo” (Efesios 3:18, NVI). Pero a medida que su aprecio por este gran amor fue debilitándose, cayeron de esta altura. Sólo había una forma de remediar su triste condición, y Jesús los exhorta a volver a este camino del amor sublime que una vez conocieron: “¡Arrepiéntete!” (versículo 5). *Arrepentirse* literalmente significa “tener un cambio de corazón”. El arrepentimiento es un doble cambio que aparta al corazón de una cosa y lo vuelve hacia otra. El ruego de Jesús de que se apartaran del pecado y regresaran a su amor es en sí el poder para hacer que ocurra tal arrepentimiento.

La contrición invisible que obra Dios en el corazón nunca se queda escondida, sino que se evidencia en un cambio externo de vida. Así que Jesús exhorta: “Haz las primeras obras” (versículo

5). Juan el bautista también exigió que los arrepentidos demostraran un cambio de corazón: “Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Mateo 3:8). Renovados en el amor del Salvador, los efesios demostrarían otra vez “amor para con todos los santos” (Efesios 1:15).

Jesús, con su exhortación al arrepentimiento, advierte amorosamente sobre las consecuencias de no hacer caso a su advertencia. Él vendría y quitaría su candelabro (versículo 5). Por las palabras de nuestro Señor, vemos que el candelabro es el símbolo de la gracia de Dios entre su pueblo. Esta amenaza nos advierte que cuando una congregación desprecia el evangelio, Dios con el tiempo retirará sus medios de gracia. Hoy ya no existe la una vez orgullosa ciudad de Éfeso, ni tampoco hay una sola congregación cristiana que se reúna allí alrededor del evangelio en la palabra y en los sacramentos porque el candelabro se ha ido. La amorosa advertencia de Jesús a los efesios es también su llamado a las congregaciones de la actualidad.

Jesús agrega un elogio final en el versículo 6, al decir que los efesios tenían a su favor su odio hacia las obras de los nicolaítas. En este versículo se mencionan sus “obras”, y en el versículo 15 su falsa “doctrina”. No sabemos mucho acerca de este grupo, excepto que les ocasionaron problemas a las iglesias de Éfeso y Pérgamo. Con base en la poca información que existe de ellos en los escritos de la iglesia primitiva, algunos sugieren que promovían la inmoralidad desenfrenada. Tal vez enseñaban que por estar totalmente perdonados de nuestros pecados cada quien puede vivir como mejor le plazca. Ésta equivocada forma de pensar niega que el fruto del arrepentimiento sea la obediencia voluntaria. Sin embargo, no es necesario saber más del asunto; el punto es que odiar esta doctrina falsa y estas obras concuerda con el amor a Jesús.

La carta termina con una exhortación a escuchar: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (versículo 7). El Creador nos dio oídos y el Espíritu Santo inspiró estas palabras

de amonestación y consuelo. Así Dios ha provisto todo lo necesario para la renovación espiritual de sus iglesias. Los que no respondan sólo pueden culparse a sí mismos. Esta exhortación nos recuerda la que pronunció Jesús durante su ministerio terrenal: “El que tiene oídos para oír, oiga” (Mateo 11:15; vea también Mateo 13:9,43; Marcos 4:23).

Jesús adjunta una promesa a su exhortación a escuchar, que muestra que su ruego también es una invitación misericordiosa. Quiere que todos sean parte de la victoriosa celebración alrededor “del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios” (versículo 7). La palabra *paraíso*, o “jardín”, nos recuerda al huerto del Edén, donde Dios colocó primero el árbol de la vida (Génesis 2:9). A causa del pecado, el hombre nunca comió de este árbol, ya que Dios se lo impidió para que no viviera eternamente en la condición pecaminosa en la que había caído (Génesis 3:22-24). Pero para “el vencedor” (versículo 7), Dios promete que tendrá “derecho al árbol de la vida” en el cielo (22:14). Veremos frases semejantes a ésta al final de cada una de las siete cartas.

La segunda carta: a Esmirna

⁸»Escribe al ángel de la iglesia en Esmirna:

»“El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto:

⁹»“Yo conozco tus obras, tu tribulación, tu pobreza (aunque eres rico) y la blasfemia de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás.

¹⁰No temas lo que has de padecer. El diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. ¡Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida! ¹¹El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El vencedor no sufrirá daño de la segunda muerte.”

Sólo dos de las siete congregaciones reciben elogios sin agregar una crítica, y Esmirna es una de ellas. Jesús instruye a Juan para que le escriba al ángel de esa iglesia, es decir, a su mensajero, su líder principal. Hoy conocemos a ese líder como el pastor de la congregación.

El Señor se presenta a Esmirna con algunos de los mismos títulos que usó cuando se reveló a Juan al principio de la visión (1:17,18). Es “el primero y el postrero” (versículo 8). Como verdadero Dios, Jesucristo “es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (Hebreos 13:8). También es verdadero hombre “que estuvo muerto y vivió” (versículo 8). Lo que oirán son las palabras del Dios eterno que entró a la historia para ser su Salvador, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

En medio de la tribulación, con frecuencia nos preguntamos si Dios está interesado o se preocupa por nuestra situación. Dos veces en el versículo 9, Jesús dice que sabe nuestra situación. El hecho de que lo mencione también muestra que se preocupa. Conoce todas las aflicciones y la pobreza de Esmirna. No estamos seguros de cuál fue la causa de sus problemas; tal vez los romanos los encarcelaron, les confiscaron sus propiedades por haberse negado a adorar al emperador, o la congregación pudo haber sufrido persecución y discriminación económica por parte de los pobladores de la ciudad.

No importa la causa de su pobreza, el Señor, que conoce y cuida de su rebaño, exclama: “¡Eres rico!” (versículo 9). Esmirna es pobre en bienes materiales, lo opuesto a la iglesia de Laodicea, pero es rica en el aspecto espiritual (3:17,18). La pobreza, causada por su fidelidad a Jesús, había almacenado para ellos un “tesoros en el cielo” (Mateo 6:20). Esta congregación tipifica a los creyentes de todas partes “como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo” (2 Corintios 6:10).

Añadida a las tribulaciones de Esmirna se encontraba “la blasfemia de los que dicen ser judíos, y no lo son” (versículo 9).

Desde que Pablo comenzó su obra misionera entre ellos, los judíos de toda el Asia Menor habían vilipendiado a los cristianos, diciéndoles que para ser hijos de Dios tenían que ser descendientes de Abraham o cumplir con la circuncisión ordenada por Moisés. Pero Jesús les había enseñado a los judíos en su ministerio terrenal que los verdaderos descendientes de Abraham son los que permanece en su palabra: “Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Juan 8:31). Y Pablo les aseguró a los romanos: “Es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu y no según la letra. La alabanza del tal no viene de los hombres, sino de Dios” (Romanos 2:29).

Ante la difamación de estos malvados, los creyentes de Esmirna se contentaban con vivir sólo con la alabanza de Dios, y Jesús conocía su fidelidad. Los ojos de Dios, que todo lo ven, sabían que los blasfemos eran en realidad una “sinagoga de Satanás” (versículo 9). Durante su ministerio terrenal, Jesús declaró a los que se jactaban de ser hijos de Dios a causa de la sangre judía que corría por sus venas: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo” (Juan 8:44). De la misma forma les habla a los judíos que calumniaban a los creyentes de Esmirna. Aunque ellos “dicen ser judíos, y no lo son” (versículo 9).

El diablo era la causa de otros problemas que esta congregación tuvo que enfrentar. Antes de darles a conocer los detalles, nuestro Señor los consuela: “No temas lo que has de padecer” (versículo 10). A los doce discípulos que estaban en las aguas agitadas por la tormenta, y a los tres discípulos que estaban postrados sobre su rostro por el temor en el monte de la transfiguración, Jesús les ofreció el mismo consuelo: “No temáis” (Mateo 14:27; 17:7).

“El diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días” (versículo 10). Aunque es posible que los “diez días” deban ser tomados en un sentido literal, en las visiones de Juan los números con frecuencia son simbólicos. “Diez días” podría describir un tiempo limitado,

como en Génesis 24:55, o una cantidad específica de tiempo, fijada por Dios. Independiente de cómo interpretemos estos “diez días”, Dios sabe qué tribulaciones enfrenta su pueblo, y limita la influencia del mal sobre sus hijos.

Sin importar cuáles sean los instrumentos humanos, el diablo siempre está detrás de la persecución que pone a prueba a los creyentes. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino... contra huestes espirituales de maldad” (Efesios 6:12). “Satanás” (versículo 9), que llevó a los judíos a blasfemar, es el nombre apropiado para el diablo que se menciona en el versículo 10. El diablo y Satanás son uno mismo en el capítulo 20, donde aprendemos que Jesús limita su poder y finalmente destruye al diablo (versículos 2,7,10).

Las últimas palabras de Jesús a Esmirna, rica en espíritu, resumen el consuelo que él ya ofreció. Ser fiel significa confiar en que, para nuestro beneficio, Dios restringe al diablo y en medio de las tribulaciones creer que Jesús siempre triunfa sobre el mal. En el original griego, la palabra *fidelidad* viene de la palabra *fe*. Aunque Jesús usa el plural en la primera mitad del versículo diez para advertirles que el diablo pondrá a algunos de ellos en prisión, cambia luego al pronombre singular “tú” en la exhortación a ser fiel. Los cristianos pueden ser perseguidos en grupo, pero cada persona debe creer por sí misma.

La invitación a continuar en la fe está dada en forma de mandato: ¡Tengamos esta confianza hasta la tumba! “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (versículo 10). La corona es un símbolo tanto de realeza como de recompensa, ya que las coronas eran llevadas por los reyes conquistadores y los atletas victoriosos. La traducción de nuestro texto de la promesa de Jesús es literal: “la corona de *la* vida”. La recompensa del cristiano por una vida de fidelidad es la única vida que cuenta, la vida eterna. La sólida promesa del Salvador hace de este pasaje bíblico un texto favorito en los ritos de la confirmación luterana.

Esta carta termina, tal como las otras seis, con una súplica y una promesa (versículo 11). La súplica es a escuchar, y la promesa

está a la par con la invitación a ser fiel que se hace en el versículo 10. “El vencedor” nos recuerda que la corona le pertenece al victorioso. El que tenga la corona de la vida eterna no sufrirá la “segunda muerte”. Esta promesa a la iglesia de Esmirna nos ayuda a entender el capítulo 20, versículo 6: “La segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años”. La segunda muerte es el fin de la gracia para el incrédulo; comienza con la muerte física y se extiende al sufrimiento eterno. Los mil años es la época del Nuevo Testamento, durante el cual los creyentes viven y sirven a Cristo con la convicción de que ni aun la muerte los separará de su Salvador.

La tercera carta: a Pérgamo

¹² »Escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo:

»“El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto:

¹³ »“Yo conozco tus obras y dónde habitas: donde está el trono de Satanás. Pero retienes mi nombre y no has negado mi fe ni aun en los días en que Antipas, mi testigo fiel, fue muerto entre vosotros, donde habita Satanás. ¹⁴ Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación. ¹⁵ Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco. ¹⁶ Por tanto, arrepíentete, pues si no, vendré pronto hasta ti y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. ¹⁷ El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré de comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual nadie conoce sino el que lo recibe.”

Pérgamo era una próspera ciudad situada al norte de Esmirna. En un tiempo el gobierno local romano asentó allí su centro de operaciones. Durante ese tiempo, esta metrópolis fue una atractiva ciudad tanto para viajeros como para mercaderes y creció compitiendo en tamaño con Éfeso y Esmirna.

Juan registra el mandato que Jesús le dio de escribirle a la congregación de Pérgamo. Así, cuando el ángel o pastor le leyera esta carta a la congregación, todos sabrían que venía directamente de su Salvador.

Jesús se identifica ante la iglesia de Pérgamo como “el que tiene la espada aguda de dos filos” (versículo 12). Esta es la misma frase que se utilizó al principio de la visión de las siete cartas (1:16). Esta congregación debía aceptar lo que iban a oír como la palabra del Hijo de Dios. Entre más aguda o filosa es una espada, más efectiva es. Mediante Isaías, Dios prometió: “Mi palabra que sale de mi boca... será prosperada en aquello para lo cual la envíe” (Isaías 55:11). La espada de dos filos corta por ambos lados: la ley juzga y el evangelio consuela. La iglesia en Pérgamo sentiría los dos filos de esta espada en esta carta de Jesús.

El Señor declara: “Yo conozco... dónde habitas” (versículo 13). Tal como Jesús conocía las obras de los efesios (2:2) y la pobreza de la iglesia en Esmirna (2:9), sus ojos, como llamas de fuego (1:14), veían lo que ocurría en Pérgamo. Este era un pensamiento consolador para los miembros de esta iglesia. Jesús sabía lo difícil que era para ellos ser fieles a Dios en una ciudad donde Satanás tenía su trono. Un trono significa tener poder, y Satanás tenía gran influencia en Pérgamo. El gobierno romano promovía la adoración al emperador y los griegos adoraban a Zeus con sacrificios y ritos de inmoralidad sexual. Estas influencias paganas habían desviado a algunos miembros de la congregación (versículo 14). Además, Satanás alimentó en esta ciudad la falsa doctrina de los nicolaítas (versículo 15), tal como lo había hecho en Éfeso (2:6).

Jesús vio el futuro que les esperaba a los creyentes de Pérgamo. Los elogió por permanecer fieles a su nombre (versículo

13). El nombre de Jesús es su reputación y “todas las cosas” que nos ha ordenado aprender de él y enseñar a otros (Mateo 28:20). Su mensaje de salvación hace que los seres humanos se postren ante él en fe: “Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla” (Filipenses 2:10). Los cristianos de Pérgamo habían defendido el buen nombre de Jesús al aferrarse a las enseñanzas de Dios.

En Pérgamo, la fe de los fieles había sido puesta a prueba. A uno de sus miembros le quitaron la vida por aferrarse a las enseñanzas de Jesús. La palabra *mártir* en español viene de la palabra griega que Jesús usa en el versículo 13 para decir testigo. Dado que se aferraron a la Palabra de dos filos de Jesús, es decir, a sus enseñanzas y su nombre, muchos de los primeros creyentes, como por ejemplo Esteban (Hechos 7:54-60), fueron martirizados, y por su muerte dieron un poderoso testimonio para su Señor.

El mártir de Pérgamo se llamaba Antipas. De todos los anales de la historia sólo aquí se menciona este nombre. Aun así, tener el epitafio “testigo fiel” es el honor más grande que se le puede dar a cualquier creyente; mejor que cualquier obituario halagador en algún periódico. Tres cosas indican las horribles circunstancias que rodearon su muerte. “Ni aun en los días en que Antipas... fue muerto” (versículo 13) sugiere que este evento fue especialmente difícil para la congregación. Tan destacable fue el testimonio y el martirio de este hombre, que la congregación aún lo recordaba como “los días en que Antipas... fue muerto”. También, la saña del ataque sobre el mártir mostró que Satanás había hecho de la ciudad su base de operaciones.

Jesús usa el mismo patrón en cinco de las siete iglesias, elogiando a la congregación y adjuntando las advertencias acerca de las debilidades que allí persistían. Jesús tenía “unas pocas cosas” (versículo 14) contra ellos. Aunque debe señalar el pecado, el corazón de gracia del Salvador no condena a toda la iglesia por el pecado de unos cuantos. Menciona primero sus puntos fuertes sin exagerar sus debilidades. Con esto, Jesús ejemplifica la forma como los cristianos se deben tratar unos a otros.

Las “pocas cosas” que Jesús tenía contra ellos incluían la vida depravada y una falsa doctrina. Los miembros de la congregación que habían participado en los sacrificios y rituales paganos de su sociedad estaban imitando los pecados que cometió Israel en la época de Moisés. Aunque Balac, el rey moabita, no fue capaz de hacer que Balaam, el adivino, maldijese a Israel abiertamente (Números 22–24), sí aprendió de éste a “poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación” (versículo 14). Balac, que no pudo derrotar a Israel en un enfrentamiento directo, sí logró debilitarlo recurriendo a la lujuria del pueblo.

Pérgamo estaba en la misma situación. En público, la congregación daba un audaz testimonio y defensa del nombre de Jesús, pero en privado, algunos de los miembros cometían los pecados de los paganos, sacrificando animales a los dioses falsos y fornicando con las prostitutas del templo, como tributo a los dioses para que obtener beneficios materiales y abundantes cosechas. Esa era una forma de adoración muy atrayente: obtener el favor de los dioses y al mismo tiempo dar rienda a los deseos de la carne. Aunque sabemos poco de los nicolaítas (ver versículo 6), su doctrina probablemente era compatible con la idolatría y el adulterio de los paganos.

Note cómo Jesús formula la advertencia contra las debilidades manifiestas en Pérgamo: “tienes ahí” y “tienes a los que...” (versículos 14 y 15). Hay en ellas un tono acusatorio que considera a toda la congregación cómplice por tolerar estos pecados. Pero enseguida viene la advertencia: “¡Arrepiéntete!” (versículo 16). Éste es un llamado del Salvador para que el corazón cambie por completo. La congregación debe dejar este pecado y la tolerancia pecaminosa del mismo y volver a confiar en el perdón de Jesús.

La impenitencia traerá sus consecuencias. Al principio de la carta, Jesús se identifica como el que tiene una espada aguda de dos filos en su boca (versículo 12); ahora amenaza con usar este poder contra el impenitente. La fuente de toda vida falsa es la falsa

doctrina. Por lo tanto, cuando la aguda y efectiva espada de la boca de Jesús ataca “la doctrina de Balaam” (versículo 14) y “la doctrina de los nicolaítas” (versículo 15), las obras serán destruidas junto con sus obradores impíos. Jesús les advierte que este juicio ocurrirá “pronto” (versículo 16). Si no se presta atención a la espada de la palabra de Dios, pronto morimos y caemos bajo su juicio final.

“El que tiene oído” (versículo 17) es una forma de llamar la atención de todos. Así es como el Señor dice que cada uno debe escuchar “lo que el Espíritu dice a las iglesias”. En esta congregación plagada de falsas enseñanzas, Jesús señala a la inspiración divina en tres formas. La orden que le dio a Juan par que escribiera demuestra que estas palabras no proceden de un autor humano. La espada de su boca se menciona dos veces, en los versículos 12 y 16. Aquí Jesús afirma que sus palabras son “lo que el Espíritu dice”. Jesús les enseñó a sus discípulos que el testimonio del Espíritu Santo concuerda con el suyo: “El Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).

Tiene el mismo final que las cartas anteriores y las siguientes. El “vencedor” (versículo 17) es el creyente que permanece fiel a Jesús. La carta continúa con una promesa evangélica, escrita exclusivamente para cada iglesia, que se añade como un ruego urgente a escuchar al Espíritu. Pérgamo recibe la promesa “del maná escondido” y de “una piedrecita blanca”. El maná es Jesús y todo lo que hizo para ganar para nosotros la vida eterna, “porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo” (Juan 6:33). El comer este maná significa creer el mensaje del evangelio de Jesús. Esta recompensa de vida está escondida para aquellos cuya vanagloria les asegura que existe un camino mejor para la salvación (Mateo 13:11; 1 Corintios 2:9; Colosenses 3:2,3). Jesús oró: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (Mateo 11:25).

El evangelio anuncia el perdón; los que confían en él son justificados por la fe, es decir, son declarados inocentes. La “pedrecita blanca” corresponde a las piedras de votación que usaban los jurados en esa parte del mundo para anunciar su veredicto. Si el jurado le daba una pedrecita blanca al juez, indicaba que el acusado era declarado absuelto de culpa; si el jurado le daba una pedrecita negra, significaba un veredicto de culpabilidad. Con frecuencia en la Biblia un nuevo nombre significa una nueva relación con Dios; la pedrecita blanca y el nuevo nombre le aseguran a cada corazón creyente que ha sido declarado inocente ante Dios.

La cuarta carta: a Tiatira

¹⁸»Escribe al ángel de la iglesia en Tiatira:

»“El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego y pies semejantes al bronce pulido, dice esto:

¹⁹»“Yo conozco tus obras, tu amor, tu fe, tu servicio, tu perseverancia y que tus obras postreras son superiores a las primeras. ²⁰ Pero tengo contra ti que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos para fornicar y para comer cosas sacrificadas a los ídolos. ²¹ Yo le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. ²² Por tanto, yo la arrojo en cama; y en gran tribulación a los que adulteran con ella, si no se arrepienten de las obras de ella. ²³ A sus hijos heriré de muerte y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón. Os daré a cada uno según vuestras obras. ²⁴ Pero a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina y no han conocido lo que ellos llaman ‘las profundidades de Satanás’, yo os digo: No os impongo otra carga; ²⁵ pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga. ²⁶ Al vencedor que guarde mis obras hasta el fin,

yo le daré autoridad sobre las naciones; ²⁷ las regirá con vara de hierro y serán quebradas como un vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre.

²⁸ Y le daré la estrella de la mañana.

El orden geográfico que sigue Jesús al dirigirse a las iglesias de Asia Menor nos lleva ahora tierra adentro. Con Éfeso, Esmirna y Pérgamo viajamos al norte, a lo largo de la costa del mar Egeo. Tiatira se localiza al este y un poco al sur de Pérgamo. Lucas dice que Tiatira era el lugar de origen de Lidia (Hechos 16:14).

Nuevamente, Jesús le pide a Juan que escriba sus palabras. En la mente de los lectores esto debe disipar la idea de que este mensaje tiene origen humano. La carta está dirigida al “ángel” de la iglesia (versículo 18). Éste es el mensajero que por lo general le llevaba las palabras de Jesús a su pueblo. Ahora, como pastor, también le podría entregar esta carta especial del Salvador a la gente de Tiatira.

Jesús toma otra vez la descripción de sí mismo que se menciona al comienzo de la visión de las cartas. Las frases “ojos como llama de fuego” y los “pies semejantes a bronce pulido” (versículo 18), nos recuerdan la primera visión que Juan tuvo del aspecto de Jesús (1:14,15). La descripción de sus ojos indica que todo lo sabe, y sus pies nos dicen que él tiene el poder para hacer cumplir su voluntad. La carta demuestra que en Tiatira, el Señor está usando la omnisciencia de sus ojos y la omnipotencia de sus pies.

Cristo sabía lo que ocurría en Éfeso (2:2), en Esmirna (2:9) y en Pérgamo (2:13), y sus ojos veían también lo que pasaba en Tiatira. Después aparece un breve elogio a esta iglesia (versículo 19) y le sigue (versículo 24) el largo reproche de los versículos 20 al 23. Jesús formula su crítica, la segunda más larga, con palabras dirigidas a los fieles; ellos son los que van a escuchar y a responder enfrentando a los impenitentes que hay en medio de ellos.

La iglesia de Tiatira estaba creciendo, pero con luchas. Jesús los elogia porque sus “obras postreras son superiores a las

primeras” (versículo 19). Sus ojos, que todo lo ven, tomaron nota no sólo de sus muchas buenas obras sino también de su servicio y su capacidad para soportar las tribulaciones. Miró dentro de su corazón y notó la fe y el amor que motivaban sus acciones. Toda congregación de creyentes puede tener la certeza de que el Salvador ve su fe y sus buenas obras, aunque parezca que sólo sus problemas son aparentes al mundo.

Con el mismo amor, pero con un espíritu de advertencia, Jesús tiene que señalar las cosas negativas que ve en Tiatira. Los buenos miembros sabían que Jesús repudiaba las falsas enseñanzas y las horribles prácticas de inmoralidad sexual en la que estaban involucrados algunos de sus miembros. Por eso Jesús comienza su carta sin reprender la herejía y la inmoralidad, pero amonestando a los “buenos” miembros por permitirlos: “Tengo contra ti que toleras que esa mujer Jezabel...” (versículo 20). Con palabras más directas que las que le dirigió a la congregación de Pérgamo (2:16), Jesús aclara que la tolerancia del pecado merece la misma ira divina que el pecado en sí. Santiago escribió acerca del deber, que por amor, tienen los cristianos para con sus hermanos y hermanas en la fe: “Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad y alguno lo hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados” (Santiago 5:19,20).

Para demostrar la seriedad de la falta de acción de la congregación, Jesús describe los detestables pecados que ve en Tiatira. Pérgamo estaba a sólo unos kilómetros de distancia, y las falsas doctrinas y la perversión sexual de Tiatira se parecen a los pecados que Balaam mostró allí (2:14). Sin embargo, en Tiatira había una persona en especial dentro de la congregación que apartaba a la gente de Jesús. Aunque se le llama a esta malévola influencia “Jezabel” (versículo 20), es probable que éste no fuese su verdadero nombre sino una referencia a la influencia que ejercía sobre ciertos miembros de la iglesia. Cuando el rey Acab se casó con Jezabel, llevó el influjo pagano de su esposa al reino del norte.

Le permitió a su nueva reina que estableciera centros de adoración en Israel, dedicados a sus falsos dioses (1 Reyes 16:31-33). De la misma forma, la Jezabel de Tiatira “se dice profetisa” (versículo 20), pero no procede del pueblo de Dios. Ella desvía a los miembros de la adoración al verdadero Dios: permite que ella “enseñe y seduzca a mis siervos” (versículo 20).

Jezabel es un ejemplo de los miembros que buscan las bendiciones de la iglesia pero sin querer renunciar a los pecados que les gusta cometer fuera de ella. Esta mujer era un miembro influyente de la congregación que asumió por su cuenta el oficio de enseñar como profetisa. Con su doctrina trataba de convencer a la congregación de que sus costumbres paganas concordaban con su nueva fe cristiana; trataba de justificar sus actos inmorales involucrando a otros miembros en los sacrificios a dioses paganos y en los rituales de la fertilidad.

En el monte Carmelo, Elías exhortó a los israelitas para que se apartaran de la primera Jezabel: “¿Hasta cuándo vacilaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; si Baal, id en pos de él” (1 Reyes 18:21). En el sermón del monte, Jesús también nos llama a decidir lo mismo: “Ninguno puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24). Aquí Jesús le hace el mismo llamado a la Jezabel de Tiatira: “Yo le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación” (versículo 21).

El juicio de Jesús, simbolizado por sus pies de bronce pulido, reemplazará los ojos ardientes de fuego que vieron los pecados de esta mujer. Sin embargo, el Señor lidiará con la idolatría y el adulterio en Tiatira en forma diferente de como lo hizo en Pérgamo. Allí combatió la falsa doctrina y las prácticas impías con la espada de su palabra (versículo 16), pero aquí Jesús predice el castigo físico para la impenitente, Jezabel, que ya había rechazado la corrección de la palabra durante el tiempo que Jesús le dio para arrepentirse. Si tomamos el nombre de Jezabel en forma figurada, “sus hijos” (versículo 23) no son su descendencia según la carne, sino sus seguidores en la congregación. El castigo debe estar de

acuerdo con el delito: Jesús les retribuirá “según vuestras obras” (versículo 23). Las palabras de los versículos 22 y 23 sugieren el sufrimiento y la muerte por causa de las enfermedades transmitidas sexualmente (compare Romanos 1:27).

Aun así, Dios de lo malo siempre trae algo bueno. En esta sección de severas advertencias también aparecen varias veces señales de la gracia divina. Aunque en el versículo 22 les advierte que los va a castigar, Jesús les ofrece la esperanza de que él no tendrá la necesidad de cumplir sus amenazas si “se arrepienten de sus obras”. Aun cuando no se arrepientan y Jesús les dé muerte, esto también será para el bien. Las iglesias estarán advertidas de que Jesús con ojos como llama de fuego y pies de bronce bruñido “escudriña la conciencia y el corazón”; y también dará “a cada uno según vuestras obras” (versículo 23).

Otro signo de la gracia divina viene al final de las advertencias. Jesús preservó “a los demás que están en Tiatira” (versículo 24), que no habían tolerado la doctrina de Jezabel ni se habían visto implicados en sus inmoralidades. Estas personas no fueron engañadas por “lo que ellos llaman ‘las profundidades de Satanás’” (versículo 24). Cada tentación del diablo pone la sabiduría de Dios en tela de juicio. Cada pecado acusa a Dios de mentiroso. Satanás siempre insinúa que sabe algo que ni Dios ni sus hijos conocen. La Jezabel de Tiatira sedujo a la gente de la misma forma que Satanás en el Edén: “¿Conque Dios os ha dicho...?” (Génesis 3:1).

Los creyentes de Tiatira seguirán fieles sólo si se aferran a la doctrina de “la salvación por la fe”. Jesús impone sólo una “carga” (versículo 24) en cada cristiano: “Lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga” (versículo 25). Esto nos recuerda al 2:10: “Sé fiel hasta la muerte”. La fe es la única carga que el cristiano lleva por Jesús, quien nos asegura: “Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:30).

El que se aferre a lo que Jesús dice es “el vencedor” (versículo 26). Jesús agrega que los que son vencedores hacen su voluntad “hasta el fin” (versículo 26). Por supuesto, eso no

significa que su vida no tendrá pecado, sino que “la fe, si no tiene obras, está completamente muerta” (Santiago 2:17). La vida de los vencedores se distinguirá por hacer la voluntad de Dios. Cuando pecan, su fe responde a cada nuevo llamado al arrepentimiento y aparecen nuevos frutos dignos de éste arrepentimiento.

Al que vence le pertenece el botín. Los ganadores de Tiatira recibirán autoridad sobre las naciones (versículo 27). El Salmo 2:9 profetizó la autoridad de Jesús sobre las naciones; eso se cumplió cuando recibió la autoridad de su Padre después de su resurrección. Esta autoridad pertenece a él para darla a sus fieles seguidores. Jesús prometió: “Cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis también sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel” (Mateo 19:28).

Las imágenes que se describen en el Salmo 2 nos hacen recordar la descripción de los pies de bronce bruñido de Jesús que aparece en la introducción de su carta (2:18). Los pies de bronce, el cetro de hierro y la vasija de alfarero desmenuzada representan el poder físico que Jesús ejerce a beneficio de su iglesia. “Y sometió todas las cosas debajo de sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Efesios 1:22). Pero también usa este poder para hacer cumplir su voluntad contra quienes no responden al poder persuasivo de su palabra. Estas palabras les dan consuelo a los fieles creyentes de Tiatira, y al mismo tiempo le advierten al impenitente, que de una forma u otra la voluntad de Jesús se cumplirá.

Jesús también les promete dar “la estrella de la mañana” (versículo 28). Esta imagen se explica en el capítulo 22, versículo 16, donde Jesús explica que él es “la estrella resplandeciente de la mañana”. De este modo, él promete darse a sí mismo. La estrella es toda bendición que se encuentra en Cristo: el perdón, la victoria, la autoridad para juzgar a las naciones y la vida eterna en la presencia de Dios.

Mientras que en las primeras tres cartas, antes de dar la promesa, hay una urgente exhortación a escuchar, en esta carta el

llamado viene después (versículo 29). Las tajantes advertencias, así como los elogios y las promesas, vienen del mismo Espíritu que habla a todas las iglesias, las cuales deben poner mucha atención a sus palabras inspiradas.

La quinta carta: a Sardis

3 »Escribe al ángel de la iglesia en Sardis:

»“El que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas dice esto:

»“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives y estás muerto. ² Sé vigilante y confirma las otras cosas que están para morir, porque no he hallado tus obras bien acabadas delante de Dios.

³ Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; guárdalo y arrepiéntete, pues si no velas vendré sobre ti como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. ⁴ Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. ⁵ El vencedor será vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. ⁶ El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

El mandato de escribir que Jesús le da a Juan en el primer capítulo, versículo 19, se repite al comienzo de cada una de las siete cartas. Esta no es una simple repetición con el afán de seguir un patrón, sino que hace énfasis en el interés personal de Jesús por cada iglesia y su ángel, es decir, pastor. Cada congregación recibe las palabras de la carta como un mensaje personal e inspirado del Señor de la iglesia.

Sardis es la quinta de las siete iglesias. El orden de las siete cartas sigue un trazo geográfico a lo largo de la costa del mar Egeo,

comenzando con Éfeso, al norte, y continuando con Esmirna y Pérgamo. Con la cuarta carta a Tiatira (2:18) nos habíamos trasladado tierra adentro, hacia el este. Ahora, con la carta a Sardis, avanzamos hacia el sur; la ciudad está ubicada casi directamente al este de Esmirna (ver el mapa en la página viii).

Jesús se identifica ante esta congregación como “el que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas” (3:1). Esta introducción difiere a la de la carta a los efesios, donde se identifica como el que tiene las siete estrellas y camina entre los siete candelabros de oro (2:1). Los siete espíritus representan al Espíritu Santo. En el primer capítulo, versículo 4, Juan habla de “los siete espíritus que están delante de su trono” después de mencionar al Padre y antes de mencionar al Hijo. En el Credo Niceno confesamos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Aunque Jesús se identifica como el autor al principio de cada una de las cartas, éstas terminan con la exhortación a escuchar “lo que el Espíritu dice a las iglesias” (2:7,11,17,29; 3:6,13,22). Es obra del Espíritu Santo confirmar el mensaje de Jesús, que les dijo a sus discípulos: “El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).

Las siete estrellas que Jesús sostiene son los pastores de las siete iglesias. El Señor ya explicó que “las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias” (1:20). Estos mensajeros humanos de la palabra son sostenidos por las mismas manos que sostienen al mensajero divino de la palabra, el Espíritu Santo. La congregación de Sardis y cada congregación cristiana escuchan las palabras de Jesús, inspiradas por su Espíritu y comunicadas por sus pastores.

El omnisciente Jesús dice: “Yo conozco tus obras” (versículo 1). En Éfeso y Tiatira a esas palabras les siguieron elogios por los logros espirituales, pero en el caso de Sardis fue diferente. Las obras de esta congregación sólo servían para perpetuar su inmerecida buena reputación, es decir, “que tienes nombre de que vives, y estás muerto” (versículo 1). Las congregaciones se pueden ganar la fama de ser muy activas, por tener sus bancas llenas, altos

presupuestos, impresionantes edificios, una comunidad de alto perfil, estar muy involucradas en programas sociales, tener miembros influyentes y mucha actividad. No sabemos si la iglesia de Sardis tenía esa reputación entre su comunidad o entre las otras iglesias. Sin embargo, “Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7). Jesús juzga la vida de una iglesia por la fuerza de la fe de cada uno de sus miembros. Dios le reprochó a la gente de Sardis: “No he hallado tus obras bien acabadas delante de Dios” (versículo 2). Así como la fe sin obras es muerta, las obras sin fe son hipocresía.

De las siete iglesias, las de Sardis y Laodicea fueron las únicas que no sufrieron por persecución o por falsa doctrina. Sin embargo, ambas padecían de una avanzada decadencia espiritual; pues respondían con apatía interna a la paz externa de que gozaban. Eso nos recuerda que Dios puede permitir que haya tribulaciones en nuestra vida o en nuestra congregación por amor a nosotros. Fue con esa confianza que Pablo escribió: “Nos gloriamos en las tribulaciones” (Romanos 5:3). Pedro exhorta así a los cristianos atribulados: “Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo” (1 Pedro 4:13).

El sentimiento de satisfacción de uno mismo por lo general va de mano con la muerte espiritual. Pablo les advirtió a los corintios: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12). Jesús le advirtió a la iglesia de Sardis: “Sé vigilante, y confirma las otras cosas que están para morir” (versículo 2). Jesús los está llamando al arrepentimiento; Sardis debe admitir que su apatía espiritual es tan destructiva para la fe como una vida inmoral y la falsa doctrina.

En Sardis “las otras cosas” (versículo 3) constituyen apenas un remanente de fe que puede ser renovada y fortalecida sólo por la palabra del Salvador. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Ahora podemos entender mejor por qué Jesús se presentó en Sardis como el autor de la palabra, al Espíritu como el mensajero divino y al pastor como el

predicador. “Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; guárdalo y arrepíentete” (versículo 3). Las congregaciones cristianas considerarán cada tribulación como un recordatorio disciplinario para volver a la palabra de Dios.

El no arrepentirse siempre trae terribles consecuencias. La consecuencia para los efesios fue la que su candelabro fue quitado de su lugar (2:5); la de la iglesia en Pérgamo fue la espada de doble filo de la palabra (2:16); en Tiatira, los sufrimientos físicos y la muerte (2:22,23). En Sardis, la amenaza a los impenitentes es la repentina venida de Jesús para juzgarlos. Él les advirtió: “Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor” (Mateo 24:42; vea también 25:13). Ya sea que Jesús venga cuando muramos o en el juicio final, la apatía espiritual hará que su regreso sea tan inesperado como la llegada de un “ladrón” en la noche (Mateo 24:43).

La mayoría de los miembros de la iglesia de Sardis estaban viviendo de su reputación. Su parpadeante fe se apoyaba en lo que “está para morir” (versículo 2). Debían hacer memoria de lo que habían recibido y oído (versículo 3). Sólo “unas pocas personas en Sardis” seguían firmes, a quienes Jesús describe como los que “no han manchado sus vestiduras” (versículo 4). Esta declaración es sorprendente porque el Señor no ha mencionado ninguna inmoralidad específica ni falsa enseñanza en esta iglesia. El pecado que había manchado la mayor parte de sus vestiduras se debía a la apatía y a la indiferencia hacia su Salvador. Esta advertencia es para todo miembro inclusive de las iglesias de mejor reputación: “Examinaos a vosotros mismos, para ver si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos” (2 Corintios 13:5).

Las vestiduras blancas son un símbolo de la perfección. Las vestiduras limpias siempre se refieren a lo que reciben los creyentes de su Salvador, y representan la vida de su justicia que se nos acredita a nosotros mediante la fe (Romanos 4:3-5). Isaías escribió sobre su confianza en esta santidad: “[Dios] me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia” (Isaías 61:10). Las vestiduras blancas de los creyentes de Sardis que se

mencionan en el versículo 5 no las hicieron ellos, sino les fueron dadas: “El vencedor será vestido de vestiduras blancas” (versículo 5). Aunque “todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6), los creyentes visten ropajes inmaculados porque “han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:14).

Quienes visten las prístinas vestiduras de la sangre y justicia del Cordero tienen sus nombres escritos en el libro de la vida (versículo 5). La certeza de la elección eterna se reafirma con la promesa de Jesús: “No borraré su nombre del libro de la vida” (versículo 5). El Padre nos escogió por causa de su Hijo desde la eternidad (Efesios 1:4). Por esa razón Jesús nos asegura: “Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es, y nadie las puede arrebatarse de la mano de mi Padre” (Juan 10:29).

El libro de la vida simboliza el registro que hace Dios de los escogidos. El salmista escribe que los nombres que fueron borrados de este libro perdieron su salvación eterna: “¡Pon maldad sobre su maldad y no entren en tu justicia! ¡Sean borrados del libro de los vivientes y no sean inscritos con los justos!” (Salmo 69:27,28; compare con Éxodo 32:32). Los que aparecen en el libro tienen la seguridad de una eternidad junto a Dios: “En aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro” (Daniel 12:1). El libro de la vida se menciona en diversas partes de Apocalipsis (13:8; 17:8; 20:12; 21:27).

Jesús confesará delante de su Padre y de sus ángeles a sus escogidos (versículo 5). Nuestro Señor declarará en voz alta que nos conoce. El acto de “confesar” significa dar un testimonio público y formal del nombre de los creyentes. El reconocimiento que Jesús hace de los escogidos será una admisión de la fe de ellos en él. Jesús prometió: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 10:32). De los que no admitieron abiertamente su fe en Cristo durante su vida terrenal, Jesús confesará en el último día: “Nunca os conocí” (Mateo 7:23).

Esta carta termina con otra urgente exhortación a escuchar el mensaje que le da Espíritu Santo a la congregación de Sardis.

La sexta carta: a Filadelfia

⁷»Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia:

»“Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre:

⁸»“Yo conozco tus obras. Por eso, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar, pues aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre. ⁹ De la sinagoga de Satanás, de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten, te daré algunos. Yo haré que vengan y se postren a tus pies reconociendo que yo te he amado. ¹⁰ Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero para probar a los que habitan sobre la tierra. ¹¹ Vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. ¹² Al vencedor yo lo haré columna en el Templo de mi Dios y nunca más saldrá de allí. Escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, con mi Dios, y mi nombre nuevo. ¹³ El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

De las siete iglesias de Asia Menor, las de Filadelfia y Esmirna son las únicas que no reciben críticas de Jesús. Son iglesias fieles. Filadelfia se encuentra al sureste de Sardis, a unos doscientos cuarenta kilómetros tierra adentro del mar Egeo (ver el mapa en la página viii). La ciudad existe en la actualidad y aún tiene una serie de congregaciones cristianas.

Jesús le ordena a Juan que escriba esta carta y luego se identifica a sí mismo. En las cinco primeras presentaciones, Jesús acudió a las descripciones que hizo de sí mismo en la introducción a la visión de las siete cartas (1:12-20); esta vez le agrega. Cuando dice que él es “el Santo, el Verdadero” (versículo 7), se dirige a la oposición que la congregación en Filadelfia sufría por parte de los judíos (versículo 9). Jesús es “Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel... tu Salvador” (Isaías 43:3). “Verdadero” significa genuino y auténtico. Pese a las dudas y a las acusaciones de los judíos, Jesús es el Mesías prometido.

El Santo y Verdadero Mesías tiene la “llave de David” (versículo 7). El significado de esta referencia del Antiguo Testamento es conocido para los judíos de Filadelfia. A Eliaquim le fue dada la llave de la casa de David, y recibió así autoridad para dar las bendiciones temporales del reino de Dios del Antiguo Testamento (ver Isaías 22:22). Eliaquim es un tipo de Cristo. Jesús victorioso tiene la llave de David, lo que en su caso representa el derecho para impartir las bendiciones de gracia del reino de Dios: el perdón de los pecados y la vida eterna.

Las llaves de “la muerte y del Hades” que se mencionaron anteriormente (versículo 1:18) y la “llave del reino de los cielos” (Mateo 16:19) son la misma “llave de David”, sólo vistas desde otros puntos. Todo se refiere al poder para definir los destinos eternos. Jesús, no Satanás, tiene el poder sobre la muerte, ganado mediante su muerte y resurrección. Cuando la gente cree el mensaje de gracia de Cristo, él les abre la puerta del cielo y nadie se la puede cerrar. Si se niegan a creer, se apartan de Jesús y están bajo la maldición del pecado y de la muerte eterna. Y ninguno de ellos puede abrir la puerta del cielo, porque Jesús la ha cerrado con llave para ellos.

Jesús tuvo compasión de la iglesia en Filadelfia. “Yo conozco tus obras”, les asegura (versículo 8). Aquí no vemos la detallada lista de obras cristianas que le fueron atribuidas a las congregaciones de Éfeso (2:2,3), Esmirna (2:9), Pérgamo (2:13) y Tiatira (2:19). Filadelfia no tenía la misma reputación que Sardis

de ser una iglesia próspera y creciente; sin embargo, ante los ojos del Salvador, Filadelfia tenía lo único necesario. Jesús observó: “Has guardado mi palabra” (versículo 8) y “Has guardado la palabra de mi paciencia” (versículo 10). La fe y la fidelidad caracterizan a esta iglesia, no las obras memorables.

De entre las siete cartas, el elogio que hace Jesús de Filadelfia es singular. En vez de hacer una lista de sus obras por Cristo, el Señor hace muchas promesas de lo que él hará por ellos. Les puso una puerta abierta (versículo 8); trabajará a través de ellos para que sus enemigos judíos conozcan el amor de Dios (versículo 9); y los guardará de “la hora de la prueba” que ha de venir (versículo 10).

La puerta abierta nos recuerda que Jesús tiene la llave de David. Él abre la puerta del cielo a los creyentes y les manda abrirla a los demás. La descripción del elemento de los falsos judíos en Filadelfia es casi idéntica a la de Esmirna (ver 2:9). El Señor le aseguró a esta última que la guardaría a lo largo de sus tribulaciones, pero a Filadelfia le promete más. A la promesa de una puerta abierta le agrega esta profecía: “Haré que vengan y se postren a tus pies, reconociendo que yo te he amado” (versículo 9). Jesús les permitirá a los creyentes de Filadelfia ver los frutos de su fiel testimonio del evangelio. La promesa se puede entender de dos formas: sus enemigos se darán por vencidos ante la palabra que mora entre los creyentes, o los enemigos darán por vencida su oposición al ver cómo Dios guarda firmes a los creyentes contra sus ataques.

La iglesia de Filadelfia demostró su amor por la palabra de Dios y el deseo por compartirla con los demás. Esas dos fuerzas gemelas caracterizan toda fiel congregación cristiana.

Al decir: “Has guardado la palabra de mi paciencia”, Jesús está hablando del poder de su palabra para hacerlos pacientes, y no de su obediencia al mandato de ser pacientes. El sentido de su mensaje es: “Tú te has aferrado a mi palabra creadora de paciencia”. Entender de esta forma sus palabras coincide con la declaración que hace Pablo acerca del poder de la palabra: “Las

cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4).

Jesús guardará a los creyentes de Filadelfia de “la hora de la prueba que ha de venir” (versículo 10). La hora indica un período de tiempo relativamente breve; Dios en su gracia limita la duración del tiempo de las tentaciones que pueden afligir a su pueblo. Jesús declaró: “Y si aquellos días no fueran acortados, nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mateo 24:22).

Esta hora de prueba vendrá “sobre el mundo entero” y probará a cada uno de sus moradores (versículo 10), pero eso no significa que serán quitados de este mundo antes del juicio final. Los que enseñan que Dios efectuará un “raptó” de los creyentes llevándoselos de este mundo antes de los últimos días citan este pasaje como evidencia de esa enseñanza. La palabra “guardaré” (versículo 10), literalmente significa “protegeré”. Jesús no los quitará del mundo, sino los protegerá de las tentaciones de los últimos días.

El Salvador agrega otra promesa: “Vengo pronto” (versículo 11). Estas palabras tienen un tono diferente de las que fueron dichas a Sardis: “Vendré sobre ti como ladrón” (3:3), que fueron más bien una amenaza. En cambio, para Filadelfia, el regreso de Jesús es la esperanza de su paciencia; pronto será recompensada. Jesús repite este ofrecimiento al final del libro para todos los creyentes del mundo: “Ciertamente vengo en breve” (22:20).

Dado que su venida será pronto, Jesús exhortó así a Tiatira (ver 2:25) y luego a Filadelfia (3:11): “Retén lo que tienes”. Sin embargo, a las fieles congregaciones de Filadelfia y Esmirna les prometió la “corona” (versículo 11) de la vida eterna (ver 2:10). La expresión “al vencedor” (versículo 12) es literalmente una sola palabra: “victorioso” o “ganador”. Los fieles serán las “columnas” del Templo en los cielos (ver versículo 12). Pedro, Santiago y Juan son llamados columnas de la iglesia en la tierra (Gálatas 2:9). Sin

embargo, aquí, las columnas no indican prominencia o un papel especial, sino un lugar permanente en el Templo de Dios. Un vencedor en los cielos es como una columna en un Templo terrenal: “Nunca más saldrá de allí” (versículo 12).

En el versículo 12, Jesús se refiere tres veces a Dios como “mi Dios”. Con esas palabras se pone a mismo nivel de un hermano de aquellos para los cuales él ganó la victoria al tomar su naturaleza humana, y desde ese aspecto llama al Padre “mi Dios”. Anteriormente había hablado de sí mismo de la misma manera cuando declaró: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17). En una ocasión, Pablo escribió acerca de Jesús en forma parecida: “Dios es la cabeza de Cristo” (1 Corintios 11:3; vea también 15:27,28).

La identificación más personal que tenemos es nuestro nombre. Recibimos el nombre de Dios cuando nacemos de nuevo como miembros de su familia, por medio del bautismo “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). El nombre de la ciudad santa es el nuevo hogar para los que llevan el nombre de Dios. Una vez que Jesús terminó sus sufrimientos “Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2:9). El nuevo nombre de Jesús es su nueva reputación, no como el sufriente, sino como el victorioso. Jesús le da este nuevo nombre y prestigio a todo aquel que sea vencedor con él.

El afilado consejo de que escuchen las palabras del Espíritu que Jesús les da a todos los creyentes de la iglesia de Filadelfia no tiene ninguna arista cortante, sino que es consuelo puro. Jesús los describe como los que “han guardado mi palabra” (versículo 8) y “guardado la palabra de mi paciencia” (versículo 10). La última palabra del Señor a los fieles de Filadelfia es parecida a la súplica que les hizo Pablo a los filipenses: “Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo” (Filipenses 1:9,10).

La séptima carta: a Laodicea

14 »Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea:

»“El Amén, el testigo fiel y verdadero, el Principio de la creación de Dios, dice esto:

15»“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! **16** Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. **17** Tú dices: Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad. Pero no sabes que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y estás desnudo. **18** Por tanto, yo te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez. Y unge tus ojos con colirio para que veas. **19** Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepiéntete. **20** Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo. **21** Al vencedor le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono. **22** El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”»

El orden de las iglesias a la que se les dirigen las siete cartas de la visión ha seguido un orden geográfico, en el sentido de las manecillas del reloj, por la región occidental de Asia Menor. Partiendo del norte, a lo largo de la costa egea, continuamos tierra adentro y hacia el sur. De las siete iglesias, Laodicea es la que se localiza más al sur, a unos 250 kilómetros al este de Éfeso (ver el mapa en la página viii). Colosas no está lejos de Laodicea, y Pablo menciona a sus habitantes cuatro veces en su epístola a los colosenses. El apóstol también les escribió a los laodicenses en cierta ocasión (Colosenses 4:16), aunque esa carta no se encuentra

entre las Escrituras inspiradas. Laodicea gozaba del compañerismo con dos de las congregaciones cristianas cercanas y recibió considerable atención del misionero Pablo.

Jesús le indica a Juan que escriba al pastor o “ángel” de la iglesia en Laodicea (versículo 14). El pastor, como mensajero de Dios, es responsable de la pobreza espiritual que Jesús le atribuye a esta iglesia. Santiago advirtió: “No os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación” (Santiago 3:1). Aun así, detrás de las duras palabras de esta carta, podemos ver el amoroso corazón del Señor: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (versículo 19). El trabajo del pastor será poner el fundamento de la ley y el evangelio de esta carta en el corazón de sus hijos.

Como en las seis cartas anteriores, Jesús se presenta de una forma que da una idea del contenido de la carta que está por ser leída. El “Amén, el testigo fiel y verdadero” (versículo 14) le está escribiendo a una iglesia tibia e infiel. Laodicea no había sido un verdadero testigo de Jesús. La palabra *amén* se deriva de la palabra hebrea verdad. En el Antiguo Testamento, Dios se identifica como el “Dios de verdad” (literalmente “el Dios de Amén”) (Isaías 65:16). En el Nuevo Testamento, Jesús se describe a sí mismo como “el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). Jesús es más que el contenido de un mensaje auténtico, es el fiel comunicador de la verdad a su pueblo. Sus acciones siempre coinciden con lo que dice. En el capítulo 19, versículo 11, Jesús también se llama “fiel y verdadero”. “Verdadero” significa auténtico; y como Jesús viene de Dios, su testimonio de la verdad es auténtico: “Yo hablo lo que he visto estando junto al Padre” (Juan 8:38). Hay un marcado contraste entre estas descripciones del Señor y la naturaleza de la congregación a la cual le escribe.

La última definición que Jesús da de sí mismo es “el Principio de la creación de Dios”. La palabra griega traducida “el Principio” también se puede traducir como “el Soberano” (NVI). Jesús es el Soberano de la creación de Dios, lo cual también da a entender que la iglesia en Laodicea era débil. Esta congregación depositó

su falsa confianza en las cosas creadas; se sentía contenta y segura en los bienes materiales que poseían. Por eso, necesitaban saber desde un principio que quien les hablaba está por encima de lo creado. Él les puede dar la seguridad que jamás encontrarán en las cosas materiales.

Es interesante notar que no hay elogios para Laodicea. La ciudad de cuyo ángel Jesús dijo que estaba “muerto” (3:1), Sardis, tenía “unas pocas personas” (3:4) que permanecían fieles. En cambio, en Laodicea, el juicio del Señor omnisciente se aplica a toda la congregación: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente... eres tibio” (versículos 15,16). Laodicea no sufría persecución alguna por parte de falsos maestros, pero sí padecía de apatía y de autosuficiencia material.

No se puede exagerar el severo estado espiritual de Laodicea. Jesús quería que fueran fríos o calientes; si se estaban quemando en su dedicación, no habría duda alguna acerca de la fortaleza de su fe. Con la expresión “¡Ojalá fueras frío!”, Jesús no dice que sería mejor perdiesen la poca fe que tenían, sino que se refiere al desamor de alguien que nunca tuvo fe. Si estuvieran congelados en la incredulidad, quizá, por lo menos, acogerían el calor del evangelio en contraste con su condición.

En el presente estado, la indiferencia ha entumecido su capacidad de responder a la verdad del evangelio. Aunque “tibio” es algo que está ligeramente caliente, en el contexto eso no significa que la congregación de Laodicea estuviese a medio camino entre lo frío y lo caliente; sino que su fe está disminuyendo. Van cuesta abajo, acercándose a lo frío. Esa fe decadente le disgusta tanto al Salvador, que afirma: “Te vomitaré de mi boca” (versículo 16).

En previa ocasión Jesús amenazó llevar a cabo un juicio semejante. Al terminar la parábola del rico insensato declaró: “Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios” (Lucas 12:21). Esta es una certera descripción de los laodicenses; las prácticas fuera de la iglesia y la riqueza de los bienes personales reemplazaron las riquezas espirituales del arrepentimiento y la fe.

A los que viven contentos con los bienes materiales que tienen, les es muy difícil creer que Dios esté molesto con ellos. Por eso Jesús agregó: “Porque es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios” (Lucas 18:25). La prosperidad económica adormece la inquietud espiritual necesaria para el arrepentimiento. Por ello, los de Laodicea no se daban cuenta de cómo era posible ser “desventurado, miserable, pobre, ciego y [estar] desnudo” (versículo 17).

Para que “seas rico” (versículo 18), espiritualmente rico, el Señor exhorta a esa congregación a invertir en la compra de tres cosas: “oro”, “vestiduras blancas” y “colirio” (versículo 18). Estas compras que recomienda Jesús son las riquezas del evangelio, pero notamos algo de sarcasmo divino aquí, que perfora la falsa autosuficiencia material de los laodicenses. Su fuente importante de ingresos provenía de la venta de oro, de la ropa fina y la manufactura de un colirio especial. Sin embargo, Jesús les ofrece riquezas mucho mayores en el evangelio que las existentes en su economía. A diferencia del oro más puro, el evangelio no tiene la más mínima impureza, es “oro refinado por fuego” (versículo 18). El perdón de los pecados es mucho mejor que las ropas más finas, porque ofrece las “vestiduras blancas” de la justicia del Salvador (versículo 18; vea 3:4,5). En comparación con los colirios terrenales, la palabra de Dios provee mejor salud porque quita la ceguera espiritual.

El Señor que se presentó tan enojado al comienzo de la carta, reprobando la condición espiritual de Laodicea, ahora revela su prevaleciente carácter de gracia con estas palabras: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (versículo 19). Con frecuencia los creyentes necesitamos saber que el Señor “al que ama, disciplina” (Hebreos 12:6). Esa iglesia no padecía de persecución ni de falsa doctrina, pero sus miembros se habían vuelto negligentes con su prosperidad. Necesitaban la repreensión y la disciplina de la crítica de su Salvador.

El “ángel”, es decir, el pastor no debía atenuar la amonestación del Señor por temor a ofender a los miembros

prósperos e influyentes de su iglesia. Si así lo hiciera, destruirá el propósito amoroso que Jesús persigue con la exhortación: “Sé, pues, celoso, y arrepíentete” (versículo 19; vea también 2:5).

El versículo 20 ilustra el poder del evangelio para invitar y convertir almas. La mayoría de nosotros conocemos y apreciamos la bella pintura del Salvador tocando a la puerta del corazón del creyente. La fe salvadora no es una decisión que el hombre hace abriéndole la puerta a su Redentor. Jesús les aclaró a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16). Los miembros de la iglesia de Laodicea por su propia culpa se habían distanciado de la fe, pero el Salvador tomó la iniciativa para hacerlos regresar, y no sólo dice: “Yo estoy a la puerta y llamo” (versículo 20), sino que es su “voz” la que nos lleva a abrir la puerta (versículo 20). Pablo les recuerda a los efesios que esta voz de verdad, llamando a la puerta de su corazón, los trajo a la fe: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación” (Efesios 1:13).

Todas las cartas a las iglesias terminan con una promesa, inclusive esta carta a la iglesia “tibia”, que tiene dos promesas. Aquellos que durante su vida respondan al llamado del evangelio, disfrutarán de tener a Jesús como un invitado a cenar en su corazón (versículo 20). Esta imagen de Jesús y el creyente cenando juntos no se refiere a la Santa Cena, pues en esta última sólo el creyente participa. Al contrario, la imagen describe el gozo de los que “se sienten en casa” con Jesús mientras están en el mundo. A los que han sido injertados mediante la fe a él, Jesús les dijo: “Os he llamado amigos” (Juan 15:15). Jesús les hizo esta promesa a todos los creyentes: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él” (Juan 14:23).

El que es amigo de Jesús de por vida es “el vencedor” (versículo 21). Para el vencedor también se aplica la promesa de la vida eterna, que Jesús describe en el versículo 21: “Le concederé que se siente conmigo en mi trono”. Juan menciona el trono de

Dios 40 veces en el Apocalipsis. Por lo general, un trono nos recuerda del poder de Dios (ver 4:9-11), pero el trono divino también es un lugar de gracia compartido con el Cordero de Dios (22:3) que pastorea a su pueblo (7:17). El Espíritu Santo también está en el trono (ver 1:4) y desde allí les ofrece la gracia de la palabra a las iglesias (versículo 22).

En el versículo 21, el “trono” parece hacer énfasis en la misericordia de Dios más que en su poder. El cielo es un regalo de su gracia, donde Jesús promete: “Le concederé que se siente conmigo en mi trono” (versículo 21). El trono en este versículo es un lugar de recompensa. Jesús fue recompensado con su trono después de haber “vencido” en la batalla por nuestra salvación (versículo 21); y ahora recompensa a los que mediante la fe en él reclaman su victoria.

Una iglesia preocupada por el dinero y rodeada de comodidades debe abrir sus oídos a la palabra del Espíritu. Jesús aún tiene la esperanza que Laodicea se arrepienta, y extiende promesas de gracia para los que respondan. Sin embargo, el contenido de la carta en general le imparte a su ruego final un tono sombrío para que escuchen atentamente. Un gran trabajo le espera al pastor de Laodicea, que haría bien en escuchar las palabras de Pablo a Timoteo: “A los ricos de este mundo manda que no sean altivos ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo... De este modo atesorarán para sí buen fundamento para el futuro, y alcanzarán la vida eterna” (1 Timoteo 6:17,19). Estas palabras son apropiadas para una iglesia muerta.

LA VISIÓN DEL LIBRO (4:1–7:17)

Juan se acerca al trono

4 Después de esto miré, y vi que había una puerta abierta en el cielo. La primera voz que oí era como de una trompeta que, hablando conmigo, dijo: «¡Sube acá y yo te mostraré las cosas que sucederán después de éstas!»

² Al instante, estando yo en el Espíritu, vi un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. ³ La apariencia del que estaba sentado era semejante a una piedra de jaspé y de cornalina, y alrededor del trono había un arco iris semejante en su apariencia a la esmeralda.

⁴ Alrededor del trono había veinticuatro tronos, y en los tronos vi sentados a veinticuatro ancianos vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. ⁵ Del trono salían relámpagos, truenos y voces. Delante del trono ardían siete lámparas de fuego, que son los siete espíritus de Dios.

⁶ También delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal, y junto al trono y alrededor del trono había cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás. ⁷ El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. ⁸ Los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos, y día y noche, sin cesar, decían:

«¡Santo, santo, santo es el Señor
Dios Todopoderoso,

el que era, el que es y el que ha de venir!»

⁹ Cada vez que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, ¹⁰ los veinticuatro ancianos se

postran delante del que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo:

¹¹ «Señor, digno eres de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.»

Con éste capítulo 4, se inicia la segunda de las siete visiones que Jesús le dio a Juan en la isla de Patmos. En la primera visión, el Señor le dictó las cartas a las siete iglesias, palabra por palabra, y Juan las escribió en un lenguaje ricamente simbólico. Ahora, al discípulo le son reveladas visiones que debe traducir a palabras humanas. El lenguaje se vuelve más bello y más simbólico, y por lo tanto algunas veces también más difícil de comprender para nosotros.

El comienzo de la segunda visión es la clave para entender cómo se relacionan las visiones entre sí. Juan escribe: “Después de esto miré, y vi...” (versículo 1). Aquí, el paso del tiempo que se señala con las palabras “después de” se refiere al tiempo que transcurrió para el escritor, y no precisamente a los eventos de la visión. La segunda y las subsecuentes visiones no tienen una secuencia histórica. Aunque Juan, por supuesto, las vio en orden, una tras otra, las apariciones corresponden a muchos eventos que ocurren dentro del período del Nuevo Testamento y al juicio.

Las referencias que hace Juan sobre el transcurso del tiempo en las últimas seis visiones comprueban esto. Los adverbios que indican el lapso transcurrido usualmente modifican la acción del apóstol (“Y vi”, 5:1, 6:1, “Después de esto”, 7:1; etc.). En ocasiones, notaremos el paso del tiempo dentro de una misma visión y de una visión a la siguiente. Sin embargo, cuando Juan precisa: “Después de esto...”, está hablando del tiempo que para él ha transcurrido.

La comprensión de las primeras cuatro palabras de la segunda visión nos ayuda a captar mejor todas las demás visiones del



*«¡Sube acá y yo te mostraré las cosas que sucederán
después de estas!»*

Apocalipsis. Hay quienes sostienen la falsa idea de que cada visión corresponde a un capítulo de la historia de la iglesia. Sin embargo, las palabras inspiradas de Juan nos obligan a ver las visiones como distintas instantáneas de la historia de la iglesia, tomadas desde diferentes ángulos: desde la tierra, desde el cielo y aun desde el infierno.

El capítulo cuatro sirve de introducción a las últimas seis visiones. En los capítulos 1 a 3, estando Juan en la isla de Patmos, escuchó la voz y contempló la visión del Salvador. Ahora es llevado en espíritu hasta las puertas del cielo mismo. La misma voz como de trompeta que antes había escuchado, le invita a pasar por la puerta: “¡Sube acá y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas!” (versículo 1).

El primer “después de esto” del versículo 1 se refiere al tiempo que transcurrió para Juan. El “después de éstas” que aparece al final del mismo versículo, habla del paso de los eventos que se describen en la visión. Los sucesos de la segunda y las subsecuentes apariciones tendrán lugar después de que Jesús le revele a Juan lo que pasa en las siete iglesias. En 1:19, Jesús le pide al apóstol: “Escribe, pues, las cosas que has visto, las que son y las que han de ser después de estas”. La carta a las siete iglesias describe un cuadro de lo que en la iglesia “es ahora”. Las siguientes seis visiones mostrarán “las cosas que sucederán después de éstas” (4:1).

Los milenaristas aprovechan este pasaje de Juan para enseñar el *raptó*. Con esta palabra quieren decir que Dios arrebatará físicamente a los fieles, llevándolos al cielo antes de que Jesús gobierne la tierra por mil años (el milenio). De esta manera, Dios les evitará la tribulación a los suyos antes de que venga el juicio final. Pero Jesús nos explica que la razón para llevar a Juan a los cielos fue para mostrarle las visiones, no para que fuera el primero entre muchos que serán arrebatados, o raptados, anticipando así el milenio terrenal. Juan, como escritor inspirado, fue a los cielos con la misión de escribir lo que Jesús le dijo, y luego regresar a entregar la revelación a las iglesias.

“Al instante”, esto es, tan pronto como Jesús lo invitó, Juan estaba “en el Espíritu” según la traducción de la Reina-Valera 95 (versículo 2). “En espíritu” (con minúscula) se apega más al griego original. Al final de cada una de las siete cartas a las iglesias Juan habló del Espíritu Santo como *el* Espíritu, pero aquí y en el capítulo 1, versículo 10, escribe sólo “espíritu”. “En espíritu” ocurre también en el capítulo 17, versículo 3 y en el capítulo 21, versículo 10. Juan no fue arrebatado al cielo físicamente, sino “en espíritu”. Dios lo puso en un estado mental receptivo para captar lo que Jesús estaba por mostrarle en las visiones.

Frente a Juan en los cielos había “un trono... y en el trono, uno sentado” (versículo 2). En el versículo 3, Juan describe brevemente al que estaba sentado en el trono, pero sin identificarlo. En el capítulo 5, los versículos 1 a 6, nos enteramos de que Dios, incluyendo a Jesús y al Espíritu Santo, está en el trono. El “Santo, santo, santo” que las cuatro criaturas entonan en el capítulo 4, versículo 8, confirman que el versículo 3 es una descripción del Dios Trino.

Juan lucha por encontrar las palabras exactas para expresar lo que vio. Escribe “jaspe”, “cornalina” y “esmeralda” (versículo 3). El jaspe es translúcido como el diamante, la cornalina es una piedra roja; una esmeralda es capaz de reflejar la luz en varios colores. Pero no les podemos adjudicar simbolismos a las piedras porque Juan escribe que eran “semejante en su apariencia a...” (versículo 3). No vio piedras, sólo algo que se asemejaba a ellas.

La indescriptible gloria de Dios atrajo la atención de Juan primero al trono en el cielo. Había 24 ancianos alrededor de él, vestidos con ropas blancas y llevando coronas de oro. El número 24 sugiere las 12 tribus de Israel del Antiguo Testamento y los 12 apóstoles del Nuevo Testamento. Estos ancianos se mencionan doce veces en las últimas seis visiones, alabando con frecuencia a Dios por su salvación. El trono donde están sentados es el que le ha prometido Jesús a todos los creyentes (3:21). Así los ancianos representan a todos los creyentes de todas las épocas; sus ropas

blancas son la justicia de Cristo acreditada a ellos por la fe (ver 3:4,5). Las coronas de oro representan el gobierno que ejercen junto con Cristo en la eternidad (ver 2:10).

La atención de Juan de nuevo se ve atraída al trono por dos imágenes: el fragor de truenos y relámpagos y siete lámparas ardiendo. Estas imágenes nos ayudan a definir la fulgurante gloria de Dios que es descrita por las piedras del versículo 3. La imagen de los relámpagos y los truenos nos recuerdan la entrega de los Diez Mandamientos (Éxodo 19:16). Juan explica que las siete lámparas ardiendo son los siete espíritus de Dios. Estos espíritus son la forma en que el Apocalipsis se expresa del Espíritu Santo (ver 1:4), a quien Dios envía “por toda la tierra” (5:6) para anunciar su mensaje de amor. Estas dos figuras juntas combinan tanto la misericordia como la santidad divina, su justicia y su gracia. La gloria de Dios resplandece porque es “el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26).

Además de los relámpagos, de los truenos y de las siete lámparas ardiendo, Juan ve “un mar de vidrio semejante al cristal” (versículo 6) frente al trono. Esa descripción indica algo calmado, claro e inmenso. Nada aparte de Apocalipsis nos ayuda a identificar este mar; el apóstol ve por segunda vez este mar como de vidrio en la cuarta visión (15:2), a cuya orilla están parados los creyentes. Dado que Juan incluye el mar junto a las primeras referencias de la gloria divina, la calma y la vastedad de éste, quizá representan la paz que la gloria de Dios les otorga a los creyentes. Juan sólo pudo reportar algo “semejante” al mar (versículo 6). Pablo escribió que la paz de Dios “sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7).

Se han interpretado en varias formas los cuatro seres vivientes, que estaban en medio y alrededor del trono. La visión que tuvo Juan de estos seres contiene algo del simbolismo que usaron Ezequiel (Ezequiel 1) e Isaías (Isaías 6) en el Antiguo Testamento; en éste, las criaturas eran ángeles. Por causa de las alas y los muchos ojos de ellos, muchos creen que los seres que

Juan vio también son ángeles. Sin embargo, eso no es verdad, pues Juan más tarde (5:11) hace la distinción entre los seres vivientes y los ángeles.

Para algunos, los muchos ojos sugieren que los cuatro seres vivientes representan la providencia de la creación de Dios. Sin embargo, los cuatro seres entonan dos himnos de alabanza a Dios en esta sección (versículos 8,11). No decimos que sea imposible imaginar en una visión que el poder o la obra de Dios le estén cantando alabanzas. Por lo tanto, es probable, que los cuatro seres vivientes no se refieran a Dios o a alguno de sus atributos, tal como su poder o su providencia.

Notamos que el león, el becerro, el ser humano y el águila, representan a todas las criaturas vivientes y creadas. Estos seres parecen interesados e involucrados en el mundo creado. Su segundo himno alaba a Dios no por su obra redentora sino por su obra creadora (versículo 9). Los cuatro seres vivientes invitan a Juan, en el capítulo 6, a ver los cuatro jinetes que cabalgan por la *tierra*, pero no están presentes en los acontecimientos *celestiales* de los últimos tres sellos. La descripción que se da aquí y en otras partes del Apocalipsis sugiere que los cuatro seres representan todas las cosas creadas por Dios. En ese caso, los ojos representan los muchos ojos que miran a Dios buscando su suministro (Salmo 145:15; vea también Salmo 121:1; 123:1,2; Zacarías 9:1) y las alas simbolizan la capacidad para estar presentes en el mundo creado, y al mismo tiempo estar siempre ante el trono de Dios alabándolo.

No es ajena a las Escrituras la imagen de la creación (los cuatro seres vivientes) uniéndose a los creyentes (los 24 ancianos) para alabar a Dios. El salmista escribe: “Todo hombre bendiga su santo nombre” (Salmo 145:21). El mundo creado también tiene interés en la obra de salvación de Dios. Pablo escribió: “Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:19). Por eso los ancianos y los seres vivientes se unen cada vez que cantan alabanzas a Dios (versículos 8-11; vea también 5:8; 7:11; 19:4).

Los versículos 8 y 11 en realidad son dos partes del mismo himno. Los seres vivientes comienzan, y de inmediato se unen a su loor los 24 ancianos (versículo 10). La primera parte del cántico es alabanza pura, glorifica a Dios por lo que es. En simetría poética se exalta la Trinidad con tres versos de tres. Hay tres “santos”, tres nombres para Dios y una descripción de tres partes de su naturaleza eterna (ver 1:8).

En el momento en que se unen los ancianos a los cuatro seres loando a Dios, en el segundo verso (versículo 11), posan sus coronas ante el trono reconociendo de quién las recibieron. El segundo verso del himno que canta el coro al unísono alaba y le da gracias a Dios. La poesía de tres partes también aparece aquí. El hecho de “recibir la gloria, la honra y el poder” significa recibir la alabanza por poseerlos. La alabanza de clausura, que es de tres partes, le da gracias a Dios por haber creado todas las cosas con un propósito y por sustentar su vida.

El Cordero recibe el libro

5 Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. ² Y vi un ángel poderoso que pregonaba a gran voz: «¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?» ³ Pero ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni siquiera mirarlo. ⁴ Y lloraba yo mucho, porque no se hallaba a nadie que fuera digno de abrir el libro, ni siquiera de mirarlo. ⁵ Entonces uno de los ancianos me dijo: «No llores, porque el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.»

⁶ Miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes y en medio de los ancianos estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la

tierra. ⁷ Él vino y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. ⁸ Cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero. Todos tenían arpas y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos.

⁹ Y cantaban un cántico nuevo, diciendo:

«Digno eres de tomar el libro
y de abrir sus sellos,
porque tú fuiste inmolado,
y con tu sangre nos has redimido para Dios,
de todo linaje, lengua, pueblo y nación;
¹⁰ nos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes,
y reinaremos sobre la tierra.»

¹¹ Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Su número era millones de millones, ¹² y decían a gran voz:

«El Cordero que fue inmolado
es digno de tomar el poder, las riquezas,
la sabiduría, la fortaleza,
la honra, la gloria y la alabanza.»

¹³ A todo lo creado que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, oí decir:

«Al que está sentado en el trono
y al Cordero,
sea la alabanza, la honra,
la gloria y el poder,
por los siglos de los siglos.»

¹⁴ Los cuatro seres vivientes decían: «¡Amén!» Y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

El capítulo 5 es la continuación de la introducción a la segunda visión, la del libro, que comenzó en el capítulo 4. Cuando Juan fue llevado al cielo por primera vez, vio la gloria del trono

de Dios. Su atención se desvió por un momento a lo que vio alrededor del trono: los ancianos, el mar parecido al vidrio y los cuatro seres vivientes. Ahora se vuelve para mirarlo de nuevo.

Dios está sentado en el trono sosteniendo un libro (literalmente, un rollo) en la mano derecha (versículo 1). Usualmente los rollos se escribían por un solo lado, pero el que Juan describe está escrito por ambos lados. Sin embargo, no se puede leer el rollo porque hay siete sellos que lo impiden. En los capítulos 6 y 7, después de encontrar a alguien digno (versículo 2) de abrir el rollo, los sellos serán quitados y se podrá leer.

El libro representa el futuro. Recordamos que Jesús llevó a Juan al cielo para mostrarle “las cosas que sucederán después de éstas” (4:1). Dios tiene el futuro en su mano derecha, de modo que ni el hombre, ni ningún otro ser, puede husmear en lo que sólo Dios conoce: “Pero ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni siquiera mirarlo” (versículo 3). Tal vez porque anhelaba saber el futuro de las iglesias que luchaban por sobrevivir en Asia Menor, Juan lloró cuando se enteró de que no había nadie digno de abrir el rollo (versículo 4).

Nadie en toda la creación tiene la capacidad de ver el futuro. Ni los santos ángeles en el cielo, a pesar de sus vastos conocimientos, son omniscientes. Los redimidos en el cielo, en su estado de santidad, tampoco saben cuándo rescatará Dios a los santos que sufren en la tierra (6:10). Nuestros limitados conocimientos humanos se entorpecen aun más en este mundo por el pecado, y ningún otro ser tiene intelecto racional. La frase “debajo de la tierra” puede significar el reino de los muertos o el lugar donde habita Satanás. A pesar de las afirmaciones de adivinos y espiritistas, Satanás y los muertos nada saben del futuro, excepto la certeza de su condenación. “Debajo de la tierra” también puede ser sencillamente la tercera parte de la frase para indicar a toda la creación.

Juan fue consolado por “uno de los ancianos”, que le dijo: “No llores” (versículo 5). No importa cuál anciano habló, porque todos ellos representan a los creyentes (ver versículo 4:4) y saben

quién es digno de abrir el rollo. Los hijos de Dios están en el cielo porque conocen al Salvador que ganó la victoria para ellos; y saben también que el mismo que les aseguró la vida eterna conoce el porvenir hasta en su más mínimo detalle.

Los ancianos describen al único digno de desatar los sellos como el “El León de la tribu de Judá, la raíz de David” (versículo 5). Jesús cumplió la profecía de Jacob acerca de Judá que está registrada en Génesis 49:9,10, la cual describió al Mesías venidero como un cachorro de león, como un león y como una leona, y prometió que nunca “será quitado el cetro de Judá”. El título “raíz de David” nos recuerda el anuncio que hizo Isaías acerca del Salvador venidero, llamando a Jesús vara del tronco de Isaí y “raíz de Isaí” (Isaías 11:1,10). Isaí era el padre de David, y los evangelios con frecuencia llaman a Jesús “hijo de David”.

Jesús es el único capaz de abrir los sellos del libro porque sólo él es Dios. Esta verdad es corroborada por la siguiente escena que Juan vio “en medio del trono” a un “Cordero en pie, como inmolado” (versículo 6). Al Señor se le llama el Cordero treinta veces en el Apocalipsis. “El Cordero de Dios” es verdadero hombre y verdadero Dios; se encuentra en el centro del trono porque, junto con su Padre, aunque son dos personas distintas, son un solo Dios desde la eternidad. Jesús se hizo por completo humano con el fin de ser sacrificado y así “quitar el pecado del mundo” (Juan 1:29). En esta visión aparece como el vencedor que ha terminado su obra. El hecho de que aparezca “como inmolado” (versículo 6), indica que el Cordero cumplió toda la obra para nuestra redención, y los siete cuernos simbolizan su poder. El Señor que completó su obra ha sido exaltado y ahora tiene toda potestad en los cielos y en la tierra.

Todo lo que sabemos, y todo lo que podemos llegar a conocer en cuanto al misterio de la Trinidad, se describe en la visión del trono que el apóstol vio. El versículo 1 describe a una persona que sostiene un libro; ahora Juan ve al Cordero en “el centro del trono” (versículo 6). A su vez, el Señor posee siete cuernos y siete ojos, “los cuales son los siete espíritus de Dios” (versículo 6). Juan

habló antes del Espíritu Santo como los siete espíritus de Dios ante el trono (1:4; 3:1; 4:5). Jesús envía el Espíritu del Padre “por toda la tierra” (versículo 6) para dar testimonio de él (Juan 15:26). Sólo hay un trono, pero lo ocupan tres distintas personas.

Alrededor del trono se encuentran los que se benefician de la obra salvadora del Cordero, los cuatro seres vivientes y los ancianos; estos últimos recibieron sus coronas de vida eterna del Cordero (versículo 10). Los seres vivientes, las criaturas, representan a toda la creación que “será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Romanos 8:21). El Cordero tomó el rollo, y después, los creyentes se unieron a toda la creación elevando un himno de alabanza a su Salvador.

Cada uno de los ancianos y cada uno de los seres vivientes, según Juan, llevaba una copa de oro llena de incienso “que son las oraciones de los santos” (versículo 8). El salmista consideró sus oraciones como alabanzas al Salvador: “Suba mi oración delante de ti como el incienso” (Salmo 141:2). Las arpas que llevan los ancianos y los seres vivientes indican que se preparan para “un cántico nuevo” (versículo 9). Este nuevo himno, como los Salmos, es un agradecimiento a Dios por su obra salvadora.

La obra que llevó a cabo el Cordero determinó el futuro de los creyentes y de toda la creación. Los ancianos y los seres vivientes lo saben, de modo que alaban al Cordero por su obra. Su cántico nuevo se inicia contestando la pregunta que hizo el ángel: “¿Quién es digno?” El Cordero es el único digno de abrir el libro que revela el porvenir, porque él, por su sangre y muerte, determinó el futuro. Los ancianos y los seres vivientes le pertenecen a Dios (versículo 9), le sirven (versículo 10), y con él reinarán (versículo 10).

En cierta ocasión Juan el Bautista proclamó a Jesús como el Cordero de Dios “que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). En este versículo 9, Jesús le revela al apóstol que el Cordero compró el alma “de todo linaje, lengua, pueblo y nación”. La descripción en cuatro partes simboliza toda la humanidad, tal como los cuatro

seres vivientes representan a todos los seres creados. Aunque no todos serán salvos, el sacrificio del Cordero trajo la salvación para todos. Nadie está excluido de la obra redentora del Salvador, ni por su idioma, cultura o nacionalidad.

“Un reino y sacerdotes” (versículo 10) indican la posición y el papel que los creyentes disfrutaban ya en esta vida (ver 1:6). El Cordero nos hizo parte de su reino espiritual, y su reino “no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17). Esto no indica un reino forzado de mil años, como sugieren los milenaristas. Quienes gobiernan el reino de Cristo con el poder de la palabra del Espíritu, hacen uso de la misma palabra que les invistió la justicia, gozo y paz, para traer a otros al Cordero. El reino de Dios viene cuando se hace su voluntad; y su voluntad es que toda persona llegue a creer en él y de esta forma, por la fe, gobernemos juntamente con él.

Puesto que el Cordero fue inmolado, ya consumió el último sacrificio por nuestros pecados. Por lo tanto, los sacerdotes de Jesús no llevan más ofrendas en pago por ellos. En vez de pasar su vida como sacerdotes de Jesús, tratando de alcanzar el cielo, le dan gracias al Redentor porque ha obtenido el cielo para nosotros; esto es lo que significa servirle. Los sacerdotes del Cordero sólo llevan “sacrificios espirituales” (1 Pedro 2:5), es decir, una vida que glorifica a su Salvador.

Después del cántico de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, Juan vio “muchos ángeles” (versículo 11) por “millones de millones”. Esta innumerable cantidad de ángeles son ratificados en su santidad. Sin embargo, cuando se trata del tema de la salvación, Pedro escribe que son “cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1:12). Los ángeles estaban “alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos” (versículo 11). Dios les encomienda a los seres celestiales que protejan a sus santos y administren la providencia de Dios para todas las criaturas vivientes.

Juan escucha a este coro angelical entonar otra alabanza al Cordero. Como verdadero Dios que es, el Cordero ya posee “el

poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (versículo 12). Cristo, como verdadero hombre que fue inmolado, recibió todos estos atributos cuando resucitó de entre los muertos y fue exaltado a la diestra de Dios.

Para completar la alabanza al Cordero, se une otro coro a las voces de los ancianos, de los seres vivientes y de los ángeles. Juan escuchó “a todo lo creado que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar” (versículo 13). Dado que todos los seres vivientes en los cielos y en la tierra estaban presentes, este último coro probablemente consiste de todas las cosas inanimadas que fueron creadas por Dios que ahora le rinden alabanza. “Los cielos cuentan la gloria de Dios” (Salmo 19:1).

La adoración que le ofrece este masivo coro al Cordero también alaba al que está sentado en el trono. El Padre envió a su Cordero para ser nuestro Salvador, a quien ahora le da la autoridad sobre el juicio final “para que todos honren al Hijo como honran al Padre” (Juan 5:23). La gloriosa alabanza que se le tributa a Dios y a su Hijo despierta el asombro en aquellos que más directamente se ven beneficiados por su salvación, como los ancianos y los seres vivientes. Los seres vivientes cantaron: “Amén” (versículo 14), que significa: “¡Sí, esta es la verdad!” Los ancianos se postraron y adoraron al Rey. El postrarse fue la forma que los súbditos de un reino expresaban su humildad, y señalaba el poder del rey que gobernaba sobre ellos.

El Cordero abre los primeros cuatro sellos

El primer sello: el caballo blanco

6 Entonces vi que el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir con una voz como de trueno: «¡Ven!»

² Miré, y vi un caballo blanco. El que lo montaba tenía un arco y le fue dada una corona, y salió venciendo y para vencer.

Los capítulos 4 y 5 son la introducción para la visión que comienza en este capítulo. Jesús, el Cordero que es el único digno, abre el primero de los siete sellos del rollo (ver 5:1). Los primeros cuatro sellos del rollo revelan cuatro caballos con sus respectivos jinetes, mejor conocidos como los cuatro jinetes del Apocalipsis. Notamos de nuevo el simbolismo del número 4 que tiene que ver con la tierra. Los cuatro caballos y sus jinetes representan las cuatro influencias bajo las cuales estará la tierra mientras la iglesia espera el regreso triunfante del Cordero.

Todos los seres vivientes en la tierra se verán afectados por las cosas que simbolizan los cuatro jinetes. Así, uno de los “cuatro seres vivientes” (ver 4:6), identifica a cada uno de los caballos y sus jinetes. Después de que el Cordero abrió el primer sello, Juan escuchó una voz como de trueno que venía de uno de los cuatro seres vivientes, y que decía: “¡Ven!” Esta orden es probable que no fuera para el apóstol, sino para el primer jinete.

El primer jinete aparece ante Juan montando un caballo blanco (versículo 2). Tenía un arco en su mano, le fue dada una corona y salió como un conquistador a su misión. En el libro de Apocalipsis, el color blanco es el símbolo de santidad; el arco habla de la capacidad para aniquilar al enemigo; la corona es un símbolo de victoria. Jesús es claramente identificado en el capítulo 19 como el jinete que cabalga en un caballo blanco. En esa visión, el jinete del caballo blanco se acerca a su victoria final, pero en este caso, el jinete es enviado a la tierra “para vencer” (versículo 2). Debemos notar que todos los caballos y sus jinetes representan influencias sobre la tierra y no a individuos. Así, el jinete montado sobre este caballo blanco muy probablemente es la influencia que Jesús ejerce sobre la tierra, o sea, el poder de su palabra.

Desde el comienzo del Nuevo Testamento hasta el regreso del Salvador, la palabra de Dios será una fuerza aguda y penetrante en la tierra. En el Apocalipsis, la palabra se describe como una espada de dos filos que sale de la boca de Jesús (1:16; 2:12). Puesto que la espada en la siguiente visión (versículo 4), simboliza

la guerra, el arco quizá fue escogido para representar el poder que tiene la palabra para penetrar.

Dios promete que su palabra, como conquistador invicto, saliendo para vencer “no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperado en aquello para lo cual la envié” (Isaías 55:11). La palabra de Dios obtiene la corona de la victoria cuando gana el corazón de los hombres para el Cordero. En un mundo lleno de guerras, hambres y muerte, el jinete del caballo blanco representa la única esperanza de conquista. Cuando Jesús profetizó de los últimos días, señaló que el predominio de su palabra perdurará por los siglos de los siglos en este mundo: “Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14).

El segundo sello: el caballo rojo

³ Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: «¡Ven!»

⁴ Salió otro caballo, de color rojizo. Al que lo montaba le fue dado poder para quitar la paz de la tierra y hacer que se mataran unos a otros. Y se le dio una espada muy grande.

Se abrió el segundo sello y el segundo ser viviente llamó al segundo jinete, al que Juan vio cabalgando sobre un caballo “rojo” (versículo 4). Vemos poco simbolismo en esto. El color rojo se menciona varias veces en el Apocalipsis simbolizando el mal que lleva al derramamiento de sangre, siendo la espada su instrumento. La gran espada es la influencia que la codicia, la ira y la venganza usan para provocar guerras hasta el fin del mundo. Ésta despoja a la tierra de la paz y hace que los hombres se maten unos a otros. No hay duda de que este jinete es la guerra, y recordamos de inmediato cómo nuestro Señor Jesucristo predijo “guerras y de rumores de guerras... se levantará nación contra nación, y reino contra reino” (Mateo 24:6,7).

El tercer sello: el caballo negro

⁵ Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: «¡Ven!»

Miré, y vi un caballo negro. El que lo montaba tenía una balanza en la mano. ⁶Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: «Dos libras de trigo por un denario y seis libras de cebada por un denario, pero no dañes el aceite ni el vino.»

Al abrir Jesús el tercer sello, el tercer ser viviente llama al tercer jinete montado sobre su caballo (versículo 5). Este era de color negro y tenía una balanza en la mano, que usó para pesar alimentos. Se colocó un peso medido en un extremo de la balanza y el recipiente de comida del otro lado fue llenado hasta que se niveló la báscula.

Juan escuchó “una voz de en medio de los cuatro seres vivientes” (versículo 6). Notamos que no está seguro si se trata de una sola voz, o más de una, la que procede de entre los seres vivientes. Todas las criaturas de la tierra dependen del alimento para su existencia, y lo dicho por la voz expresa la angustia que todas ellas experimentan cuando el jinete del caballo negro aparece con la balanza. El precio de la comida es extraordinariamente alto: ¡el salario de un día a cambio de un kilo de trigo! La frase “no dañes el aceite ni el vino” puede significar “vende honestamente”. En su afán por hacer más dinero, los vendedores deshonestos pueden rebajar el aceite y el vino añadiéndoles otras sustancias.

Las básculas y los precios exorbitantes de los alimentos en los mercados pronostican hambrunas. Por las palabras de Juan no es posible distinguir si el hambre es una consecuencia de los altos precios y las pesas falsas o si por causa de éstos suceden las hambrunas. La carestía de alimentos puede ser provocada por las sequías o las desigualdades económicas, y con frecuencia, como en la orden del jinete, el hambre viene después de la guerra.

La visión no revela la causa del hambre, pero el color del caballo expresa las consecuencias: el negro es el color de la desesperanza y de la muerte. Habrá hambre e inanición hasta el fin del mundo, como lo predice nuestro Señor: “habrá hambres... en diferentes lugares” (Mateo 24:7). Jesús nos enseñó a orar por “el pan nuestro de cada día” (Lucas 11:3) y al mismo tiempo a no afanarnos por lo “que habéis de comer” (Mateo 6:25). Durante su vida, el rey David no vio sufrir de hambre al pueblo de Dios (Salmo 37:25). Sin embargo, el pecado, la guerra y los desastres naturales que causan el hambre en todo el mundo nos hacen recordar que “no sólo de pan vivirá el hombre” (Mateo 4:4).

El cuarto sello: el caballo amarillo

⁷ Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente que decía: «¡Ven!»

⁸ Miré, y vi un caballo amarillo. El que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía: y les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra.

Cuando el Cordero abrió el cuarto sello (versículo 7), Juan escuchó que el cuarto ser viviente llamó al cuarto caballo y su jinete. El cuarto caballo es de color “amarillo” (versículo 8). La palabra en griego para este color significa verde enfermizo, el color de la inanición y la enfermedad que se reflejan en el rostro humano. El simbolismo de este caballo se revela por el nombre de su jinete: “Muerte” (versículo 8).

Siguiendo muy de cerca al caballo amarillo y su jinete venía el “Hades” (versículo 8). Debemos tener cuidado de no leer demasiado en esta figura; Juan no dice si el Hades venía en otro caballo, cabalgando tras la Muerte en el caballo amarillo, o caminando a su lado; en realidad carece de importancia, el Hades

sigue muy de cerca a la muerte. En el Nuevo Testamento el Hades puede significar el infierno o la condición de los muertos antes del juicio final. En el Apocalipsis la “segunda muerte” (20:14) significa la condición del incrédulo que comienza en la muerte y continúa en el juicio hasta el infierno eterno. Aquí Hades se refiere al “silencio” (Salmo 94:17) antes del juicio (ver 20:13).

Hasta el regreso de Jesús viviremos en la “tierra de sombra de muerte” (Isaías 9:2). “Espada... hambre... mortandad, y... fieras” (versículo 8) son la guerra y el crimen, la inanición y la enfermedad, los desastres naturales y los accidentes. En la visión se habla de forma figurada cuando se dice que la cuarta parte de la tierra se vio afectada por la muerte. Esto simboliza la penetrante influencia de este caballo amarillo en toda la historia de la humanidad. Diariamente las noticias nos hacen recordar la advertencia, y el consuelo que nos trae nuestro tradicional Orden para Funerales: “En medio de la vida estamos en la muerte; ¿a quién acudiremos por socorro, sino a Ti, Señor?” (*Culto Cristiano*, p. 266).

El Cordero abre el quinto sello: las almas debajo el altar

⁹ Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían muerto por causa de la palabra de Dios y del testimonio que tenían. ¹⁰ Clamaban a gran voz, diciendo: «¿Hasta cuándo Señor, santo y verdadero, vas a tardar en juzgar y vengar nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra?», ¹¹ Entonces se les dieron vestiduras blancas y se les dijo que descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos que también habían de ser muertos como ellos.

“El Cordero” (versículos 1,3,5,7) abrió los primeros cuatro sellos, y los cuatro seres vivientes llamaron a los cuatro caballos con sus respectivos jinetes. De acuerdo con el simbolismo del número 4, todos los eventos de los primeros cuatro sellos ocurren

en la tierra. Pero al abrir el quinto sello, la escena cambia a lo que ocurre en los cielos, ante el trono del Dios Trino (ver 5:6). Aunque es claro que el Cordero abre también los últimos tres sellos de esta visión, Juan lo llama las tres veces por el pronombre implícito “él”, al decir: “cuando abrió...” (versículos 9,12; 8:1).

El quinto sello revela las almas de los santos martirizados que se encontraban debajo del altar (versículo 9). El día del juicio aún no había llegado, pero ya se encuentran en el cielo las almas de aquellos que murieron por causa de su fe. Esto coincide con lo que le dijo Jesús al ladrón en la cruz: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Las almas de los creyentes pasan directamente al cielo una vez que termina su vida en esta tierra. Mientras que el Hades se refiere algunas veces a la condición de todos los que mueren (versículo 8), sólo está hablando de cómo los seres humanos consideran a los muertos. En cambio, el cielo, o el paraíso, es lo que las almas de los creyentes experimentan en realidad hasta el juicio final.

Juan dice que vio las almas de los mártires bajo “el altar” (versículo 9). No habla de un altar en particular en el cielo porque en ninguna parte de la Biblia se hace mención de él. El altar es una parte simbólica del sacrificio que hicieron los mártires al morir por causa de su fe.

Cuando Juan escribe acerca de “los que habían muerto” (versículo 9), significa que eso ocurrió “como un animal inmolado en sacrificio”. Esto no significa que el sacrificio de un mártir cristiano es un pago por el pecado. La muerte propiciatoria de Jesús “hizo perfectos para siempre a los que son santificados... no hay más ofrenda por el pecado” (Hebreos 10:14,18). Más bien, como las oraciones de los santos que son como el incienso que sube (ver 5:8), la muerte de un mártir es la ofrenda que alaba y le da gracias al Cordero por su sacrificio perfecto.

Los santos que están debajo del altar murieron “por causa de la palabra de Dios y del testimonio que tenían” (versículo 9). La palabra de Dios siempre produce más que una silenciosa convicción en el corazón. Cuando el sanedrín les exigió a Pedro y

a Juan que callaran, su respuesta fue: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:20). El alma de Pedro ya estaba bajo el altar cuando Juan, exiliado en la isla de Patmos por causa de la palabra y su testimonio de Jesucristo, escribió este libro del Apocalipsis (1:9). Muchos reclaman ser cristianos pero guardan un cómodo silencio respecto a lo que afirman ser. Sin embargo, Pablo escribió que “con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para la salvación” (Romanos 10:10).

Las almas que estaban debajo del altar querían saber cuánto tiempo más habría que esperar hasta que Jesús viniera en juicio final con su justicia (versículo 10). Aunque se encontraban en los cielos, aún no estaban en la eternidad, así que sentían el paso del tiempo. Desconocían el futuro, y no podían ver exactamente lo que estaba ocurriendo con los que se quedaron atrás. Sin embargo, sabían que los fieles continuarían sufriendo persecución y muerte hasta que el Cordero impartiera su justicia final.

La petición que le hacen ellos a Jesús, que juzgue y venga (versículo 10) nos puede parecer una falta de amor, pero los mártires no piden que sus enemigos mueran en la incredulidad o que sus amigos no prueben la muerte. El ruego que hacen, más bien, se apoya en lo que Jesús ya prometió, que sus días “fueran acortados” (Mateo 24:22) por causa de los elegidos. Jesús les dijo que “descansaran todavía un poco de tiempo” (versículo 11). Los planes amorosos que Dios tiene para el futuro de aquellos a quienes ha elegido están ocultos incluso para los santos en el cielo.

El Cordero abre el sexto sello: el fin de los tiempos

El juicio final

¹² Miré cuando abrió el sexto sello, y hubo un gran terremoto. El sol se puso negro como tela de luto, la luna entera se volvió toda como sangre ¹³ y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. ¹⁴ El cielo se replegó como un pergamino que se enrolla, y todo monte y toda isla

fueron removidos de sus lugares. ¹⁵ Los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo esclavo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, ¹⁶ y decían a los montes y a las peñas: «Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, ¹⁷ porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?»

Los siete sellos de la segunda visión describen los eventos que anunció Jesús en Mateo 24. Los primeros cuatro sellos describen las cuatro grandes influencias en la tierra a lo largo de la historia de la humanidad. Los últimos tres sellos muestran los eventos que habrá en el cielo justo antes del fin del mundo. Los versículos 12 a 17 narran lo que está ocurriendo en la tierra como trasfondo para el capítulo 7, que registra los sucesos del cielo durante estos últimos días.

Juan vio que el Cordero abría el sexto sello. No podemos explicar todas las fantásticas imágenes del desastre natural que ve (versículos 12-14). Sus palabras corresponden a las profecías de Isaías (Isaías 13:10; 34:4) y a las profecías de Jesús (Mateo 24:29). Su simbolismo no dice que la tierra será destruida, sino que Juan está describiendo los cambios destructivos que sufrirá este deteriorado mundo por causa del pecado que se preparará para “un cielo nuevo y tierra nueva” (21:1). La abundancia de descripciones que se utilizan aquí se resume más tarde en un solo versículo: “El primer cielo y la primera tierra habían pasado” (21:1).

Juan vuelve su atención de los dramáticos disturbios que suceden en la naturaleza hacia lo que ocurre entre la gente en la tierra (versículo 15). Desde el versículo 16 podemos apreciar que las seis clases de personas que se mencionan aquí son incrédulas. Por el uso de la frase “todo esclavo y todo libre” (versículo 15) Juan demuestra que en una clase incluye a todos los mencionados. Las seis clases simbolizan a todos los malvados sobre la tierra.

Aquellos que durante su vida despreciaron al Cordero buscarán en vano protección bajo las rocas y otras formaciones naturales en la tierra como las cuevas y los montes. Los clamores inútiles que buscan la protección de la ira venidera fueron profetizados por Oseas (Oseas 10:8) y Jesús (Lucas 23:30). El resto del Apocalipsis sólo habla de la ira de Dios, pero aquí es la ira del Cordero (versículo 16). Dios es el Cordero a quien traspasaron y ahora deben enfrentarlo en el juicio (1:7).

Los 144.000 sobre la tierra

7 Después de esto vi cuatro ángeles de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra para que no soplara viento alguno sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre árbol alguno. ² Vi también otro ángel, que subía desde donde sale el sol y que tenía el sello del Dios vivo. Clamó a gran voz a los cuatro ángeles a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, ³ diciendo: «No hagáis daño a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.»

⁴ Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. ⁵ De la tribu de Judá, doce mil sellados. De la tribu de Rubén, doce mil. De la tribu de Gad, doce mil. ⁶ De la tribu de Aser, doce mil. De la tribu de Neftalí, doce mil. De la tribu de Manasés, doce mil. ⁷ De la tribu de Simeón, doce mil. De la tribu de Leví, doce mil. De la tribu de Isacar, doce mil. ⁸ De la tribu de Zabulón, doce mil. De la tribu de José, doce mil. De la tribu de Benjamín, doce mil sellados.

Con muchas frases de hermoso lenguaje figurado Juan escribe los detalles de todo lo acontecido en un instante en el día del juicio. Jesús profetizó: “Igual que el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo

del hombre” (Mateo 24:27). Pablo, escribió más literalmente al decir que todas estas cosas pasarán “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta” (1 Corintios 15:52). Así pues, debemos entender que las imágenes que Juan ve desde el capítulo 6, versículo 12, hasta el final del capítulo 7 ocurren en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Juan dice: “Después de esto” (versículo 1), está hablando del tiempo que transcurrió para él, no del tiempo desde los acontecimientos que se describen en los últimos versículos (ver 4:1). La protección activa de los cuatro ángeles en beneficio de los creyentes corresponde al día del juicio para los incrédulos. Los versículos 1 a 8 describen la obra de los ángeles cuando reúnan a los elegidos para llevarlos al cielo antes de la destrucción de la tierra y los incrédulos que en ella moren. Jesús dijo: “La siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. De manera que, así como se arranca la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin de este mundo” (Mateo 13:39,40).

De nuevo, debemos tomar toda esta sección como una unidad; así interpretamos su simbolismo en una forma que concuerde con las palabras proféticas dichas literalmente por Jesús. Los ángeles del cielo que Dios envía para recoger a los creyentes, tienen la orden de no destruir la tierra hasta haber sellado y llevado a los cielos a sus fieles. Los vientos reflejan las fuerzas destructivas que traerán el fin del mundo tal como ahora lo conocemos. Por eso Dios envía otro ángel (versículo 2) para detener los cuatro ángeles que están a cargo de los vientos. “No hagáis daño a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios” (versículo 3).

Un sello es una marca de identificación personal. Los sellos del rollo (5:1) eran hechos de cera impresa con un molde de metal. Es muy probable que los sellos que se ponían sobre las frentes de los creyentes estuvieran hechos de tinta permanente, o alguna clase de colorante. El acto de marcar a los creyentes de esta manera, no significa la obra de Dios de guardarlos en la fe durante su vida terrenal, sino que es más bien un reconocimiento público en el día

del juicio final. Desde el momento en que los fieles creen, son “pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9). Mientras estamos en este mundo, nuestra “vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:3,4).

En los versículos 4 a 8 tenemos una vista simbólica de todos aquellos que Dios guardó en la fe y eligió para la salvación. Aunque las doce tribus de Israel se usan para comunicar esta imagen, está claro que no sólo los creyentes del Antiguo Testamento son los elegidos. En ninguna otra parte de las Escrituras se enumeran las doce tribus de Israel en este orden, lo cual refuerza la naturaleza simbólica de dicha imagen. En el Nuevo Testamento se habla del Israel espiritual conformado por todos los creyentes (2:9). Pablo dice en el mismo contexto: “Todo Israel será salvo” (Romanos 11:26). El versículo 9 desvanece cualquier duda acerca de quiénes son los elegidos, cuando dice que éstos provienen de “todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas”.

Mientras que el número tres es el número de Dios, y el cuatro, el número de la humanidad, el número 12 y sus múltiplos significan el cumplimiento del pacto perfecto de gracia de Dios con toda la humanidad. Así, el siguiente versículo demuestra que el número 144.000 es sólo simbólico, ya que estos mismos elegidos se describen como “una gran multitud, la cual nadie podía contar” (versículo 9).

La multitud vestida de ropas blancas

⁹ Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos. ¹⁰ Clamaban a gran voz, diciendo:

**«¡La salvación pertenece a nuestro Dios,
que está sentado en el trono,
y al Cordero!»**

¹¹ Y todos los ángeles que estaban en pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, se postraron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios, ¹² diciendo:

«¡Amén!

**La bendición, la gloria,
la sabiduría, la acción de gracias,
la honra, el poder y la fortaleza
sean a nuestro Dios
por los siglos de los siglos.**

¡Amén!»

¹³ Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: «Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?» ¹⁴ Yo le dije: «Señor, tú lo sabes.» Él me dijo: «Éstos son los que han salido de la gran tribulación; han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero. ¹⁵ Por eso están delante del trono de Dios y lo sirven día y noche en su Templo. El que está sentado sobre el trono extenderá su tienda junto a ellos.

¹⁶»Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno, ¹⁷ porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.»

De nuevo escribe el apóstol: “Después de esto miré” (versículo 9). El tiempo transcurre para Juan mientras observa las escenas reveladas en el sexto sello del rollo. Sin embargo, el paso del tiempo de una escena a otra no es tan grande como el tiempo que le toma a Juan mirarlas y describirlas. Las tres escenas del sexto sello primero describen a los incrédulos en la tierra (6:12-17), luego describen a los elegidos en la tierra (7:1-8), y ahora a los elegidos en el cielo (7:9-17). En el grande y glorioso día cuando Jesús regrese, estas cosas ocurrirán en un abrir y cerrar de ojos.

La descripción que hace Pablo acerca del día del juicio proporciona detalles de lo que ocurrirá entre el tiempo que los ángeles sellan a los elegidos en la tierra y el tiempo en que éstos comparecen ante el trono de Dios: “El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:16,17).

Juan ve ante el trono a una multitud tan grande que es imposible contarla. Está formada por aquellos que Dios eligió para salvación, es decir, los creyentes del Antiguo Testamento, los santos y mártires del Nuevo Testamento, y los elegidos que aún estaban con vida sobre la tierra cuando fue tocada la última trompeta. Las cuatro palabras “naciones, tribus, pueblos y lenguas” simbolizan a todos los elegidos en la tierra. La multitud de creyentes que “estaban delante del trono y en la presencia del Cordero” (versículo 9) contrasta drásticamente con aquellos que trataron de ocultarse “del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero” (6:16).

Las ropas blancas que vestía la multitud significan la justicia que Cristo les acreditó cuando lavó sus pecados en su propia sangre (ver 3:4,5 y versículos 13,14). Las palmas que sostienen en las manos demuestran que están listos para participar en la gozosa adoración de los vencedores. Su jubiloso cántico es: “La salvación pertenece a nuestro Dios” (versículo 10), es decir, que sólo a él se le debe nuestra salvación. El Dios que se sienta en el trono es mencionado a mismo tiempo que el Cordero que está “en medio del trono” (5:6).

Los ángeles, los ancianos y los cuatro seres vivientes unen sus alabanzas a las de los santos en su adoración. Cuando escuchamos esto, debemos recordar que estamos tratando con un lenguaje altamente simbólico. Los veinticuatro ancianos representan a todos los creyentes; los cuatro seres vivientes

representan todo lo creado en la tierra, incluyendo a toda la gente. Parece repetitivo ver a los ancianos y a las criaturas vivientes uniéndose a los santos, pero al ver el rico simbolismo del Apocalipsis, debemos ver el cuadro en su totalidad y no enfocamos demasiado en los detalles. Todo el cuadro describe la grandiosa unión de millones de voces de los fieles tanto de los cielos como de la tierra. El objeto principal de su atención es aquel que está sentado en el trono y en el Cordero. Nosotros debemos hacer lo mismo.

Primero, este nuevo grupo de adoradores dice: “Amén” (versículo 12) cuando los santos elevan sus alabanzas a Dios. Luego le atribuyen al Dios eterno siete diferentes palabras de alabanza. Con anterioridad, tanto los cuatro seres vivientes (ver 4:8) como los ancianos (ver 4:11) ofrecieron un elogio en tres partes. Ahora Dios, representado por el número tres, ha completado su pacto de gracia con los elegidos de la tierra, representados por el número cuatro (ver el versículo 9), y los ancianos junto con los seres vivientes se unen en una alabanza en siete partes.

Los creyentes están glorificando a Dios por todas las cosas que ha hecho para darles la salvación. La alabanza nunca le da a Dios nada, pues “¿quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado?” (Romanos 11:35). Cuando los cristianos dicen que toda bendición “sea a nuestro Dios”, están reconociendo que estas cosas son tuyas desde la eternidad. También los ángeles, los ancianos, y los seres vivientes dicen: “Amén”, es decir, “Esto es ciertamente la verdad”.

Del versículo 13 al 17 se explica de dónde viene la multitud que viste ropas blancas y dónde se encuentra ahora. Ellos proceden “de la gran tribulación” (versículo 14) y ahora “están delante del trono de Dios” (versículo 15). El tema de la conversación entre Juan y el anciano es cómo fueron posibles este gran escape y la gloria presente. La respuesta se encuentra en las ropas blancas que viste la muchedumbre (versículo 8).

Se mencionaron las ropas blancas cuando Jesús, dirigiéndose a la iglesia de Sardis, promete: “El vencedor será vestido de vestiduras blancas” (3:5). También los veinticuatro ancianos que representan a todos los creyentes, estaban “cubiertos con ropas blancas” (4:4). Ahora se explica el simbolismo de estas vestimentas: “Han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero” (versículo 14). El perdón es un acto simultáneo de amor que la Biblia describe en dos sentidos. En el mismo instante en que Dios limpia nuestros asquerosos harapos, también nos acredita la perfección de Jesús como un manto limpio y blanco de justicia. Esta verdad se expresa muy bien en la siguiente estrofa: “Tu sangre, ¡oh Cristo!, y tu justicia mi gloria y hermosura son; feliz me acerco al Padre eterno, vestido así de salvación” (CC 218:1).

Todos los eventos del día del juicio ocurrirán en un solo momento. En el versículo 14, los santos entran al cielo vistiendo ropajes inmaculados. Esto ocurre en el breve lapso transcurrido entre el fin del capítulo 6 y el principio del capítulo 7. Aunque la Reina Valera traduce este versículo: “Estos son los que han salido de la gran tribulación”, realmente Juan utiliza un verbo en tiempo presente. Él describió a la multitud con vestiduras blancas que *están saliendo* de la gran tribulación. Mientras los incrédulos están temerosos, los elegidos son congregados y entran al cielo.

Es importante destacar el tiempo del verbo presente que el apóstol usa aquí, pues contradice la idea de los milenialistas de que Dios raptará a algunos fieles de la tierra para evitar que sufran la gran tribulación. El día del juicio, no el rapto, traerá la justicia que los mártires piden por los sufrimientos del pueblo de Dios (ver 6:10). Ni aquí, ni en ninguna otra parte de las Escrituras, Dios promete que evitará que los cristianos sufran la angustia de los últimos días. Por el contrario, Jesús advierte: “En el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33). Pablo y Bernabé animaron a los primeros cristianos a “que permanecieran en la fe”, no con la promesa de un rapto, sino con este recordatorio: “Es necesario que

a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22).

El libro de Apocalipsis aporta muchas y maravillosas visiones del cielo; y de tales visiones no hay nada más bello que la descripción que se hace de los santos en los versículos 15 a 17. En forma apropiada, la felicidad del paraíso se define primero por la presencia de los santos “delante del trono de Dios” (versículo 15). Dios y el Cordero son la única razón por la que están en el cielo. David anticipó esta dicha celestial cuando escribió: “En tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16:11). Se equivocan los que piensan que el cielo es un lugar aburrido, donde no hay nada que hacer más que sólo tocar el arpa. Los creyentes estarán completamente satisfechos al ocuparse en servir día y noche.

La presencia de Dios protege a los santos de todo mal; su protección impide que nos dañe el dolor que causan el pecado y Satanás en esta tierra. La visión capta la perfecta unidad del Padre y del Hijo como “el que está sentado sobre el trono” y “el Cordero que está en medio del trono” (versículos 15,17; ver 5:1,6). El Buen Pastor que pastorea a sus ovejas en esta tierra junto a las “aguas de reposo” de su palabra (Salmo 23:2), ahora “los guiará a fuentes de aguas vivas” (versículo 17), que son la “vida eterna” (Juan 4:10,13,14).

LA VISIÓN DE LAS TROMPETAS (8:1–11:19)

El Cordero abre el séptimo sello: la visión de las trompetas

Los siete ángeles con siete trompetas

8Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora.

²Luego vi los siete ángeles que estaban de pie ante Dios, y se les dieron siete trompetas. ³Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono. ⁴El humo del incienso con las oraciones de los santos subió de la mano del ángel a la presencia de Dios. ⁵Y el ángel tomó el incensario, lo llenó del fuego del altar y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, voces, relámpagos y un terremoto.

La tercera visión comienza a desarrollarse al finalizar la segunda de las visiones. El séptimo sello de la visión del rollo presenta la tercera visión: las siete trompetas. La combinación de la segunda visión dentro de la tercera muestra la estrecha relación entre los eventos de ambas visiones. Mientras que los primeros cuatro sellos de la segunda visión descubren lo que sucede en el mundo físico, los últimos tres sellos muestran la influencia espiritual del mundo en los habitantes de la tierra. La visión de las trompetas sigue la misma división de cuatro y tres. Las primeras cuatro trompetas anuncian los eventos en la tierra en unos cuantos versículos (8:6-12). Luego, con gran detalle, las últimas tres trompetas anuncian la fuerza del mundo espiritual en la tierra (8:13–11:19).

Solamente el Cordero fue digno de abrir los siete sellos del rollo que revela el futuro. Juan mencionó por nombre al Cordero

cuando abrió los primeros cuatro sellos, pero cuando abre los últimos tres sólo lo menciona por el pronombre *él* (ver 6:9). Al abrir el Cordero el séptimo sello, hubo un silencio en el cielo que señalaba la importancia del acontecimiento que estaba por ocurrir (versículo 1).

Durante este silencio se les dieron siete trompetas a “los siete ángeles que estaban ante Dios” (versículo 2). Aparte de este versículo, la Biblia no menciona en ningún otro lugar a siete ángeles en particular ante la presencia de Dios. Es probable que tenga más significado el número de los ángeles que su identidad; el número 7 es la suma del 3, el número de Dios, y el 4, el número de la tierra o de la humanidad. Así, los siete ángeles pueden simbolizar los agentes que Dios usa para advertir a los habitantes de la tierra acerca del futuro que se revela en las siguientes siete escenas. En los campos de batalla, en los templos y en los palacios, se usaban las trompetas para señalar algún anuncio importante.

Otro ángel aparece ante Juan. Pudo haber sido un arcángel como el que vino para sellar a los elegidos (7:2), aunque también puede representar a Jesús. Las Escrituras hablan con frecuencia del Hijo de Dios como un ángel, en especial en los primeros seis libros del Antiguo Testamento, donde recibe el título del Ángel del Señor. La actividad del ángel en los versículos tres al cinco también sugiere que este ángel es Jesús.

El ángel llevaba al altar un incensario de oro. En el libro de Apocalipsis la mención de este altar, así como también otros altares e incienso, reproduce los arreglos que se hicieron en el Tabernáculo del Antiguo Testamento. El Templo poseía un incensario cubierto de oro (Éxodo 30:1-5). En la escena previa (5:8), el incienso eran las oraciones de los santos; pero aquí el incienso se agrega a las oraciones de ellos. El incienso puede representar la intercesión que hace el Cordero por los pecadores, ya que por nuestros propios méritos no podemos acercarnos a Dios. Si consideramos que este ángel es un arcángel, el incienso puede significar lo que el Espíritu Santo le agrega a nuestras oraciones. “Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo

sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26).

“Y el ángel tomó el incensario, lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra” (versículo 5). Las acciones del ángel se apuran por la mezcla del incienso y las oraciones de los santos. Recordemos que Juan le escribe a una iglesia perseguida que está en espera de la justicia final de Dios. Las oraciones de los santos en la tierra sin duda le hacen eco a la súplica de los mártires que están debajo del altar: “¿Hasta cuándo?” (6:10). El fuego del altar es la “ira del Cordero” (6:16). La acción del ángel, cuando arroja el contenido del incensario sobre la tierra, es señal del comienzo de los eventos que traerán la justicia final para los santos. Toda la naturaleza reacciona con violencia ante el anuncio.

Los cuatro ángeles tocan sus trompetas

⁶ Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.

⁷ El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre que fueron lanzados sobre la tierra. Y se quemó la tercera parte de los árboles, y toda la hierba verde fue quemada.

⁸ El segundo ángel tocó la trompeta, y algo como un gran monte ardiendo en fuego fue precipitado en el mar. La tercera parte del mar se convirtió en sangre, ⁹ murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar y la tercera parte de las naves fue destruida.

¹⁰ El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella ardiendo como una antorcha. Cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas. ¹¹ El nombre de la estrella es Ajenjo. La tercera parte de las aguas se convirtió en ajeno y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se volvieron amargas.

¹² El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de

las estrellas, para que se oscureciera la tercera parte de ellos y no hubiera luz en la tercera parte del día, y asimismo en la noche.

Los siete ángeles con las siete trompetas, que fueron presentados en el versículo 2, se adelantan (versículo 6). Los primeros cuatro ángeles anuncian desastres naturales. Aunque el lenguaje de los versículos 7 a 13 es vívido, el significado no es claro. Juan no explica estas escenas ni se detiene para interpretar los detalles, como lo hace algunas veces en otras visiones. Por esta razón, la gente les ha dado muchas y variadas interpretaciones a estas cuatro trompetas.

Pero al menos hay dos cosas que nos ayudan a entender un poco mejor estos versículos. Primero, el despliegue del último sello del rollo dentro de esta visión de las trompetas sugiere un paralelo entre las dos visiones.

Como los primeros cuatro sellos de la segunda visión fueron eventos que tuvieron lugar en la tierra antes del juicio, puede ser que estas cuatro trompetas describan el mismo lugar y período de tiempo. Luego, si vemos las cuatro trompetas como una sola escena, sin forzar un significado en cada detalle, vemos que toda la sección describe desastres naturales en la tierra.

Por lo tanto, las primeras cuatro trompetas de los siete ángeles son la forma en que Dios le advierte a la iglesia que la degeneración del mundo natural es señal de su destrucción final en el día del juicio. Este pensamiento concuerda con lo que enseñan las Escrituras: “Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:22). No es difícil ver cómo el pecado ha cobrado su cuota en la naturaleza con los incendios forestales, la contaminación de las aguas, la destrucción de la fauna silvestre y el oscurecimiento de la luz solar por la contaminación. Los niveles de destrucción natural y la aparición de grandes desastres naturales serán más frecuentes a medida que se acerque el fin. Así lo predijo Jesús: “Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas...

bramido del mar y de las olas... las potencias de los cielos serán conmovidas” (Lucas 21:25,26). Cada generación ha visto parcialmente cumplidas las advertencias de las cuatro trompetas. Las palabras de nuestro Señor son aplicables a cada generación: “Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas” (Mateo 24:33).

Los tres ángeles tocan las últimas trompetas

La quinta trompeta: el primer lamento

¹³ Miré, y oí un ángel que volaba en medio del cielo y decía a gran voz: «¡Ay, ay, ay de los que habitan en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para tocar los tres ángeles!»

9 El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra. Y se le dio la llave del pozo del abismo. ² Abrió el pozo del abismo, y del pozo subió humo como humo de un gran horno, y el sol y el aire se oscurecieron por el humo del pozo. ³ Del humo salieron langostas sobre la tierra, y se les dio poder, como el poder que tienen los escorpiones de la tierra. ⁴ Se les mandó que no dañaran la hierba de la tierra, ni cosa verde alguna ni ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuvieran el sello de Dios en sus frentes. ⁵ Pero no se les permitió que los mataran, sino que los atormentaran cinco meses; y su tormento era como el tormento del escorpión cuando hiere al hombre. ⁶ En aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos.

⁷ El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro, sus caras eran como caras humanas, ⁸ tenían cabello como cabello de mujer y sus dientes eran como de leones; ⁹ tenían corazas como corazas de hierro y el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos

corriendo a la batalla; ¹⁰ tenían colas como de escorpiones, y también aguijones, y en sus colas tenían poder para dañar a los hombres durante cinco meses. ¹¹ Sobre ellos tienen como rey al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión.

Luego de las primeras cuatro trompetas, Juan escuchó a “un ángel” (traducido en la NVI “una águila”) que emitía un anuncio espantoso (8:13). La fuerte voz de ese ángel es una transición entre las primeras cuatro trompetas y las últimas tres. El ángel trajo una advertencia del Dios Trino, así que la repite tres veces: “¡Ay, ay, ay!” El simbólico número 3 nos recuerda que Dios permite y limita el mal que aflige a la tierra. El incensario arrojado sobre la tierra (8:5) es una señal de que el juicio de Dios es la respuesta a la ira del Cordero y a las oraciones de los santos.

El quinto ángel proclama el primer lamento. Juan vio una estrella que cayó del cielo (versículo 1). Estos astros se mencionan en el Apocalipsis tanto para referirse a una parte del mundo natural, como para simbolizar a los dirigentes. En las siete cartas a las iglesias, las estrellas se mencionan en relación con los guías de las congregaciones; aquí la estrella se refiere a un líder espiritual maléfico, el diablo. La estrella a quien “se le dio la llave del pozo del abismo” (versículo 1), es el mismo “ángel del abismo” que se menciona en el versículo 11.

Un abismo es un pozo sin fondo, y en este caso, son las “tinieblas” del infierno, donde Satanás está “guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Judas 6). Note que Juan dice en nuestra traducción Reina-Valera que vio caer la estrella del cielo. La traducción de la NVI representa con más exactitud el texto original griego: “Y vi que *había* caído del cielo a la tierra una estrella” (versículo 1). Mucho tiempo atrás Dios había expulsado a Satanás de los cielos. La llave que Dios le da simboliza que el diablo no tiene plena libertad para hacer daño en la tierra. Por ejemplo, el demonio tuvo que solicitar permiso de Dios para probar a Job, y no tiene el poder para soltar a los ángeles

malvados sobre la tierra excepto con el permiso divino.

Esta escena es un poco diferente, pero dice lo mismo que el capítulo 20:3. A medida que nos acerquemos al día del juicio, Satanás será “desatado por un poco de tiempo” (20:3). Cuando Satanás abrió el abismo (versículo 2), salió humo y las tinieblas oscurecieron el sol. Jesús habló del “infierno de fuego” (Mateo 5:22). El oscurecimiento del sol refleja la influencia de los que han sido liberados “de las tinieblas” (Mateo 8:12).

Por el simbolismo con que comienza este lamento, podemos interpretar mejor el difícil lenguaje que viene a continuación. Las langostas (los saltamontes) que salieron del humo (versículo 3) son los esbirros de Satanás, es decir, los ángeles malvados, a quienes, como notamos de nuevo, Dios les dio poder y autoridad para sus actividades limitadas.

Sin embargo, esta vez el Todopoderoso les puso cuatro restricciones. Primero, no debían dañar el mundo natural; esto significa que el daño que se describe en este lamento, a diferencia de las primeras cuatro trompetas, es de naturaleza espiritual. Las langostas demoníacas vinieron al mundo para tentar a los hombres y promover las falsas enseñanzas. Sin embargo, Dios también limita el daño espiritual que pueden hacer. Se les dio el permiso de afligir sólo a “los hombres que no tuvieran el sello de Dios en sus frentes” (versículo 4).

El sello de Dios se refiere a sus elegidos (7:3). Jesús hizo una promesa en cuanto a ellos: “Nadie las puede arrebatarse [a sus ovejas] de la mano de mi Padre” (Juan 10:29). Hasta el efecto del mal sobre los incrédulos es limitado. No pueden matar a nadie; pues la muerte es un poder que Dios se reserva para sí mismo: “Yo hago morir y yo hago vivir” (Deuteronomio 32:39). Finalmente, Dios les pone un límite de tiempo de “cinco meses” (versículo 5) en los que crearán toda clase de confusión espiritual. El número 10 es el límite puesto por Dios (ver 2:10). El número 5, la mitad de 10, enfatiza doblemente la duración limitada que describe más Juan como “un poco de tiempo” (20:3).

Pese a estas cuatro restricciones, será doloroso el impacto de los demonios sobre la tierra. Tres veces menciona Juan la naturaleza de las langostas, semejante a la de escorpiones (versículos 3,5,10). El aguijón del diablo representa las dolorosas consecuencias de la tentación y la falsa doctrina. Ya antes de la muerte el pecado exige su paga que incluye una conciencia culpable, amargos remordimientos y las dolorosas consecuencias de un estilo de vida inmoral. La visión no identifica el aguijón del escorpión, sino sólo presenta un dolor tan severo que lo único que aquellos que sufren su picadura desean es morir.

Los versículos 7 a 10 describen, en una sola escena, muchos y sorprendentes detalles. No es tan importante tratar de interpretar cada uno de dichos pormenores como lo es poner atención al tema de la escena completa. La tentación del diablo y las falsas doctrinas tienen muchas caras. Algunas de ellas son agresivas y poderosas, como las de los caballos, carros de guerra y colas (versículos 7,9,10). Otras caras, como las coronas, caras de seres humanos y el pelo de mujer (versículos 7,8), son engañosamente atractivos. Estas no son coronas de verdad sino algo parecido. Cuando se trata de tentar y desviar de la verdad, Satanás y sus aliados pueden aparentar ser como los santos, que sí portan verdaderas coronas (2:10; 3:11). Los afilados dientes y los aguijones son otro recordatorio del dolor que ocasiona la impiedad.

Ahora es identificada la estrella que cayó del cielo y soltó a esta plaga de langostas diabólicas sobre la tierra (versículo 11). Este es el ángel satánico del infierno. El nombre que le da Juan no se encuentra en ninguna otra parte de la Biblia, por lo tanto nos lo explica. En hebreo y en griego son nombres para el *Destructor*, títulos muy apropiados para él. Su nombre más común, Satanás, significa “el acusador”. Sus acusaciones llevan a los hombres primero a la desesperación y luego a la destrucción.

Hay aquí una advertencia para todos los que están satisfechos con su fe: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de

las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). Con el fin de animarnos en la lucha contra el rey del abismo, Pablo escribe: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las acechanzas del diablo” (Efesios 6:11).

La sexta trompeta: el segundo lamento

El ejército de los cuatro ángeles

¹² El primer ay pasó; pero vienen aún dos ayes después de esto.

¹³ El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, ¹⁴ la cual decía al sexto ángel que tenía la trompeta: «¡Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates!» ¹⁵ Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar la tercera parte de los hombres. ¹⁶ Y el número de los ejércitos de los jinetes era de doscientos millones. Yo oí su número. ¹⁷ Así vi en visión los caballos y sus jinetes, que tenían corazas de fuego, zafiro y azufre. Las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones, y de sus bocas salía fuego, humo y azufre. ¹⁸ Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres: por el fuego, el humo y el azufre que salía de sus bocas, ¹⁹ pues el poder de los caballos estaba en sus bocas y en sus colas, porque sus colas, semejantes a serpientes, tenían cabezas y con ellas dañan.

²⁰ Los demás hombres, los que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos ni dejaron de adorar a los demonios y a las imágenes de oro, plata, bronce, piedra y madera, las cuales no pueden ver ni oír ni andar. ²¹ No se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus robos.



“Y el número de los ejércitos de los jinetes era de doscientos millones. Yo oí su número” (9:16).

“El primer ay pasó; pero vienen aún dos ayes después de esto” (versículo 12). Quizá el ángel que anunció los tres “ayes” (8:13) en voz alta fue quien dijo estas palabras. El quinto ángel proclamó el primer lamento (9:1); ahora, cuando anuncia que los otros clamores están por venir, el sexto ángel hace tocar la trompeta para el segundo lamento (versículo 13).

Juan escuchó una voz procedente del altar en el cielo. Los cuernos nos hacen recordar detalles del altar en el Antiguo Testamento. Como Dios había prometido morar allí, la voz que escucha Juan es la voz de Dios. Esto llega a ser evidente cuando ordena la liberación de los cuatro ángeles en el río Éufrates. En el primer lamento aprendemos que sólo Dios puede restringir la actividad de los ángeles malvados. Esta verdad se confirma aquí.

Estos cuatro ángeles no son los mismos que se mencionan en el capítulo 7:1. Aquellos eran los seres celestiales que sellaron a los elegidos; estos son ángeles infernales que llevan y hacen la maldad y tienen que ser “atados” (versículo 14). Este lamento de nuevo indica que Dios permite que el mal sirva para sus buenos propósitos. Dios no sólo limita la cantidad de maldad y su duración (ver 9;4,5), sino también determina “la hora, día, mes y año” cuando ésta puede empezar (versículo 15). En medio de la escena del lamento hay claras señales del amor de Dios por los santos.

El número 4 sugiere que estos ángeles malvados traerán aflicción a la tierra. Estuvieron atados en el río Éufrates, el cual corre por la cuna de la civilización. Los grandes y antiguos reinos de esta región llevaron cautivo al pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Así que, los cuatro ángeles tienen su origen en la fuente satánica que se opone al pueblo de Dios.

Sin embargo, en esta misión de maldad, Dios restringe la actividad de los demonios a juzgar sólo a los incrédulos. Su misión es “matar a la tercera parte de los hombres” (versículo 15). Dios no pronuncia ninguna instrucción específica de no dañar a los creyentes, como lo hizo en el primer lamento (ver 9:4). Pero el versículo 20 deja en claro que la frase “*los demás hombres*” no se refiere a toda la humanidad, sino a los que no se arrepintieron.

La descripción de las hordas de jinetes que se mencionan en los versículos 16 a 19 se entiende mejor si se ve como una sola escena. El panorama en su totalidad describe el poder devastador de los ángeles satánicos sobre los impíos. “Doscientos millones” (versículo 16) indica que los demonios son innumerables. Aunque Juan vio “ejércitos de jinetes” (versículo 16), son los caballos los que ocasionan el daño. Sin embargo, el color de las corazas corresponde al color del infierno (ver 9:2), igual que el aliento de las bocas de los caballos. Esa descripción puede indicar la alianza entre los demonios y sus representantes humanos para tentar a la gente y enseñar la falsa doctrina.

Existe mucha semejanza entre este ay y el primero, pues los dos muestran cómo Dios permite que las fuerzas del mal aflijan a los incrédulos. Los dos ayes representan gráficamente la poderosa atracción de la tentación y la falsa enseñanza, así como sus desastrosos resultados.

Sin embargo, parece haber un avance en el tiempo entre el primero y el segundo ay. En el primero, a los demonios con apariencia de langostas se les prohibió matar; pero en este ay una tercera parte de los incrédulos, es decir, un gran número de ellos, morirá. A medida que el fin del mundo se acerque Dios, permitirá que las consecuencias del pecado y de la falsa doctrina cobren su cuota en forma más dramática.

Aun así hay que anotar la santa frustración de un Dios paciente que predice que a pesar de todo esto “no se arrepintieron” (versículo 20). Siempre que Dios permite el mal, incluso la más horrible devastación aquí descrita, tiene un propósito amoroso. El Todopoderoso le está dando al impenitente una oportunidad más de ver las consecuencias de su pecado y que se arrepienta. Pedro escribió acerca de este entrañable amor de Dios sin el lenguaje simbólico, cuando dijo: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

La lista de pecados que se mencionan en el versículo 21 es una prueba de que la tentación y la falsa doctrina son las fuerzas destructivas simbolizadas por los ejércitos de jinetes. El satanismo, la idolatría y las artes mágicas son el producto de la falsa doctrina. Los homicidios, la inmoralidad sexual y los hurtos son pecados flagrantes que vienen de la tentación. A medida que se acerque el fin, estas cosas serán más y más señales del mundo incrédulo. Se irá agotando poco a poco la paciencia de Dios, permitiendo que las horribles consecuencias del pecado vengan sobre el impenitente. Y lo que es más, estos son sus últimos intentos por atraerlos al Cordero.

El ángel con el librito

10 Vi descender del cielo otro ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza. Su rostro era como el sol y sus pies como columnas de fuego. ²Tenía en su mano un librito abierto; puso su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra ³y clamó a gran voz, como ruge un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces. ⁴Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: «Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas.»

⁵El ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó su mano hacia el cielo ⁶y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, ⁷sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.

⁸La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: «Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra.»

⁹ Fui donde el ángel, diciéndole que me diera el librito. Y él me dijo: «Toma y cómelo; te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel.» ¹⁰ Entonces tomé el librito de la mano del ángel y lo comí. En mi boca era dulce como la miel, pero cuando lo hube comido amargó mi vientre. ¹¹ Él me dijo: «Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.»

Si el ángel con el incensario de oro que se describe en el capítulo 8:3, puede ser identificado como Jesús, es aun más probable que en este capítulo 10 el “ángel fuerte, envuelto en una nube” que descendía, sea también el Señor. La descripción que hace Juan de este ser angelical parece descartar a un ángel creado o a un arcángel. En la transfiguración de Jesús, los discípulos fueron rodeados por una nube (Lucas 9:34), y Jesús anunció que regresaría “en una nube, con poder y gran gloria” (Lucas 21:27; vea 1:7). La Biblia nunca habla de un ángel envuelto en una nube.

Las otras descripciones también señalan a Jesús, que tiene un arco iris sobre su cabeza. En el capítulo 4:3, un arco iris estaba alrededor del trono de Dios, y en el capítulo 5:6, estaba el Cordero “en pie” en el centro del trono. El rostro del ángel brillaba como el sol, como brilló el rostro de Jesús en la transfiguración (Mateo 17:2) y como Juan también lo describió en el capítulo 1:16. Sus pies eran “como columnas de fuego” (versículo 1), recordándonos “los pies como bronce pulido” que se describen en el capítulo 1:15.

En la mano de este ángel había “un librito” (versículo 2). A diferencia del rollo con los siete sellos que se menciona en el capítulo 5, éste librito estaba abierto, y lo había estado desde mucho tiempo atrás. Su naturaleza es una pista respecto a su contenido, que será revelado al final de este capítulo.

Parado, con un pie sobre la tierra y el otro sobre el mar, el ángel se dispuso a hacer un anuncio a todo el mundo. El rugido como de un león da entrada a las voces de los siete truenos. Juan escuchó lo que éstos decían, pero se le indicó que no escribiera (versículo 4). Con frecuencia los truenos se asocian a la ira de Dios

(Isaías 29:6). Las voces pueden haber descrito cómo descargará Dios su juicio contra el impenitente, pero la voz del cielo no quiso que nosotros supiéramos esos detalles.

No sabemos quizá con exactitud cómo será el furor de Dios contra el impío en los últimos días. Sin embargo, los cristianos atribulados pueden tener la certeza de que la justicia final de Dios no está lejos. El ángel, Jesús mismo, jura por el eterno Creador que “el tiempo no sería más” (versículo 6). El tiempo se acabará rápidamente para los que postergan el arrepentimiento.

El juramento de este poderoso ángel suena como una amenaza para el incrédulo, pero para el creyente es una dulce promesa. El séptimo ángel que menciona Juan en el versículo 7 es el ángel que tocará lo que Pablo llama “la final trompeta” (1 Corintios 15:52). Cuando ésta suene, Dios declarará la forma en que vendrá el juicio para sus santos y para los pecadores obstinados. Lo que suena como un presagio de ominosos truenos para el incrédulo, señala la consumación del misterio de Dios para los elegidos.

“El misterio de Dios” (versículo 7) es el evangelio en su sentido más completo, incluyendo el mensaje del Salvador prometido por los profetas del Antiguo Testamento. El evangelio es un misterio en el sentido de que es un enigma para el mundo. San Pablo lo expresó así: “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden” (1 Corintios 1:18).

Sin embargo, como la obra de Cristo está completa, el misterio que “se consumará” (versículo 7) debe tener un sentido más amplio. Éste incluye las promesas del evangelio que para el creyente aún no se han cumplido. “Cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2:9,10). Entendemos este misterio, hasta donde las Escrituras revelan nuestra gloria futura, pero gran parte de la promesa del evangelio está velada incluso para el creyente. “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se

manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:3,4). Cuando suene la trompeta final y Cristo aparezca, entonces desaparecerá todo el misterio de las promesas de su evangelio en la realidad de su gloria final.

Aunque la voz del cielo (versículo 4) le dijo a Juan que no escribiera los detalles aciagos de los siete truenos, la misma voz le dice que tome el rollo abierto que está en la mano del ángel (versículo 8). La voz en los cielos es la voz de Dios. Las instrucciones que se le dan a Juan marcan la pauta que han de seguir todos los que leen e interpretan el libro del Apocalipsis. No debemos presionar todos los detalles al tratar de entender cómo juzgará Dios a los impíos en los últimos días. En vez de eso, nuestro trabajo es tomar de la mano de Jesús el librito abierto y compartir su contenido con el mundo entero.

Las palabras de los versículos 9 a 11 son levemente metafóricas; proporcionan un bosquejo fácil de entender acerca de las actividades de los creyentes en los últimos días. Primero, hemos de comer del librito; luego, vivimos con sus amargas consecuencias. Finalmente, el trabajo de nuestra vida será revelarle al resto del mundo el contenido de este libro abierto.

El ángel, a quien ya hemos identificado como Jesús, le dio a Juan el librito y le dijo que lo comiera. *Comer* con frecuencia es sinónimo de la acción de recibir con fe. Frente a la tentación del diablo, Jesús citó Deuteronomio ocho, versículo tres: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Una de nuestras antiguas oraciones de la liturgia luterana habla de “digerir” la palabra de Dios. Hay un estrecho paralelismo entre las instrucciones que el ángel le da a Juan y el llamado que le hace Dios a Ezequiel, su profeta (Ezequiel 2:9-3:3,14). Ezequiel también comió el libro y al principio el sabor fue dulce a su paladar pero luego se volvió amargo. Ezequiel, como Juan, fue comisionado a compartir el contenido del libro con otros.

El misterio del evangelio siempre les sabe dulce a los que lo reciben por la fe. El salmista dice que las palabras de Dios son

“dulces más que la miel, la que destila del panal” (Salmo 19:10). Como “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17), “comer” la palabra de Cristo es la actividad diaria del cristiano. Jesús dijo: “Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen” (Lucas 11:28).

Pero el mensaje que al principio es tan dulce en la boca, rápidamente se vuelve amargo en el estómago. Cuando tratamos de digerir la verdad del evangelio, es decir, cuando intentamos ponerlo en práctica en medio de un mundo incrédulo, entonces sufrimos amarguras. Aprendemos que la miel a nuestro paladar es “para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura” (1 Corintios 1:23). Lo que se vuelve amargo en el estómago, según la metáfora que usa Jesús al hablarle a Juan (versículo 9), él lo predijo literalmente para los que vivan en los últimos días: “seréis odiados por todos por causa de mi nombre”. (Mateo 24:9). Ezequiel también escribe que él salió a compartir el contenido del libro “con amargura y lleno de indignación” (Ezequiel 3:14).

Nuestra experiencia agridulce con el evangelio nos acompaña cuando somos enviados en la misión de nuestra vida. Vivimos para traer al mundo el contenido del librito. Vamos, confiando que las dulces promesas del evangelio pondrán fin a la intranquilidad de nuestra alma. Entendemos que una parte del misterio de la gracia de Dios es que su evangelio es para que todos lo escuchen. “El misterio... que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” (Efesios 3:4,6). Los creyentes se regocijan en sus amarguras para que otros puedan probar el dulce evangelio.

Por esta razón Jesús le dice a Juan: “Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes” (versículo 11). La descripción en cuatro partes de los habitantes de la tierra enfatiza toda la audiencia universal humana del evangelio. El mandato de Jesús de profetizar “sobre” muchos pueblos se entiende mejor como una orden de profetizar a ellos, o

sea, en beneficio de ellos. Los pueblos del mundo no son el tema del evangelio, sino la audiencia a quien va dirigido.

Las palabras que Jesús le dice a Juan en los versículos 9 a 11 también se aplican a nosotros, cuando en efecto nos dice: “Creczan diariamente en la fe a medida que leen y escuchan la palabra del evangelio. Luchen contra la amargura del alma que viene como consecuencia de vivir el evangelio en un mundo incrédulo. Compartan el contenido del libro con ese mismo mundo pecaminoso que fue el objeto de mi obra redentora.”

Los dos testigos

11 Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir y se me dijo: «Levántate y mide el Templo de Dios y el altar y a los que adoran en él. ² Pero el patio que está fuera del Templo déjalo aparte y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles. Ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. ³ Y ordenaré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos con ropas ásperas.»

⁴ Estos testigos son los dos olivos y los dos candelabros que están de pie delante del Dios de la tierra. ⁵ Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos y devora a sus enemigos; si alguno quiere hacerles daño, debe morir de la misma manera. ⁶ Estos tienen poder para cerrar el cielo a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas, para convertirlas en sangre y para herir la tierra con toda plaga cuantas veces quieran. ⁷ Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, los vencerá y los matará. ⁸ Sus cadáveres estarán en la plaza de la gran ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. ⁹ Gentes de todo pueblo, tribu, lengua y nación verán sus cadáveres por tres días y medio y no

permitirán que sean sepultados. ¹⁰ Los habitantes de la tierra se regocijarán sobre ellos, se alegrarán y se enviarán regalos unos a otros, porque estos dos profetas habían atormentado a los habitantes de la tierra. ¹¹ Pero después de tres días y medio el espíritu de vida enviado por Dios entró en ellos, se levantaron sobre sus pies y cayó gran temor sobre los que los vieron. ¹² Entonces oyeron una gran voz del cielo, que les decía: «¡Subid acá!» Y subieron al cielo en una nube, y los vieron sus enemigos.

¹³ En aquella hora hubo un gran terremoto y la décima parte de la ciudad se derrumbó. Por el terremoto murieron siete mil hombres. Los demás se aterrorizaron y dieron gloria al Dios del cielo.

Estos versículos son la tercera parte del segundo ay que comenzó en el capítulo 9, versículo 13. En la primera parte, las huestes del infierno afligieron a toda la gente con sus tentaciones y falsa doctrina. En la segunda parte, Jesús comisionó a Juan como profeta para que del librito abierto le llevara el mensaje a todo el mundo. En esta tercera y última parte del segundo ay, vemos lo que le pasa a la iglesia y a sus mensajeros cuando dan testimonio del misterio de la gracia de Dios en la era del Nuevo Testamento. Jesús le pidió a Juan que midiera el Templo y observara el trabajo de los dos testigos. De esa manera se le aseguró a Juan que no estaba solo en la tarea de compartir el mensaje del librito. La misión de cada creyente es llevar el evangelio al mundo, hasta que regrese el Señor.

A Juan se le indicó que midiera el santuario de Dios con una caña semejante a una vara de medir. El que dio esta orden fue el ángel poderoso, Jesús (10:9), o la voz de los cielos, que es Dios (10:8). Al medirlo, Juan debía determinar su tamaño y contar a los fieles que allí había. En forma muy resumida, esta parte de la visión de Juan es parecida a la visión de Ezequiel cuando midió el Templo (Ezequiel 40-48).

El edificio que se menciona aquí no es el mismo del que Juan ha hablado anteriormente en dos ocasiones y que se encuentra en el cielo (3:12; 7:15) ya que este santuario se encuentra en la “ciudad santa” (versículo 2), y por lo tanto es el Templo de Jerusalén, una estructura terrenal. En tres de sus cartas, Pablo llama Templo a la santa iglesia cristiana (2 Corintios 6:16; Efesios 2:21; 2 Tesalonicenses 2:4), y en otra epístola dice que los creyentes en la tierra pertenecen a un Templo espiritual, “la Jerusalén de arriba” (Gálatas 4:26). En estos versículos, el santuario de Dios también incluye a los creyentes en la tierra.

El Templo de Jerusalén se componía de dos secciones principales, el santuario en su interior y el patio en su exterior. El Señor lo usa como una alegoría para describir a la iglesia cristiana terrenal. Hay los que adoran en el santuario, es decir, los elegidos, y los que sólo tienen un contacto superficial con él, pero que nunca pasan de sus patios. Martín Lutero enseñó que la iglesia tiene un aspecto visible y otro invisible. El mundo ve sólo la estructura visible de la iglesia cristiana, pero Dios, que mira el corazón (1 Samuel 16:7); él es el único que puede distinguir entre los verdaderos creyentes en el santuario y los hipócritas que permanecen en el atrio.

A Juan se le instruyó que, al medir el Templo, no midiera el patio “que está fuera del santuario” (versículo 2). Aunque en forma visible éste está anexado al Templo, los que mantienen una relación superficial con la iglesia no comparten la comisión de Jesús de ser sus testigos ante el mundo. El patio “ha sido entregado a los gentiles” (versículo 2). Así como se habla del Templo en forma figurada, también así se habla de los gentiles, y esta palabra no se refiere a los no judíos, sino a los incrédulos que hay en la iglesia. Estos “gentiles” no comparten la obra de los dos testigos (versículo 3) y en realidad dañan el testimonio del evangelio que la iglesia da al mundo: “hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses” (versículo 2).

Los “cuarenta y dos meses” del versículo dos son la misma cantidad de tiempo que los “mil doscientos sesenta días” del versículo tres, que suman cada uno tres años y medio. Este período de tiempo se volverá a mencionar en los siguientes dos capítulos. El contexto deja en claro que cada etapa corresponde a la época de la iglesia de Dios en el Nuevo Testamento. En este caso, los tres años y medio cubren el lapso desde que Juan fue comisionado a profetizar el contenido del libro abierto hasta el momento en que los dos testigos son llamados al cielo.

Quizá debido a la naturaleza metafórica de sus visiones, es que Juan nunca dice simplemente: “tres años y medio”. En su lugar, describe esta fase en términos de días y meses, y en el siguiente capítulo, como “un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo” (12:14). Como en el libro del Apocalipsis el número 3 aparece en forma simbólica para referirse a Dios, y el número 4 como el número que representa a todos los habitantes de la tierra, podemos entender que siete significa la interacción de Dios con su pueblo. Siete años pueden representar el tiempo total que emplea Dios para darse a conocer a su pueblo con su promesa: tres años y medio bajo el pacto del Antiguo Testamento y tres años y medio bajo el Nuevo Testamento. Si recordamos que Juan está registrando las palabras de Jesús, estaremos satisfechos con lo que sabemos con certeza. Este período de tres años y medio, sin importar cómo es designado, corresponde a la era del Nuevo Testamento.

Durante esta época, Dios le dará a su iglesia dos testigos fieles (versículo 3). El hecho de que éstos visten de ropas ásperas nos recuerda la baja estima en que el mundo parece tener a los mensajeros del evangelio. Aunque son comparativamente pocos en número, su presencia no significa en forma alguna el número de testigos que la iglesia envía a lo largo de su historia.

Aunque la Reina Valera utiliza la palabra “testigos”, el lenguaje original del escrito de Juan nunca identifica a los declarantes como hombres ni como creyentes. Es probable que el número 2 indique la naturaleza del mensaje en vez del número de

mensajeros. En dos ocasiones el escritor habla de la palabra que sale de la boca de Jesús como si fuera una espada de dos filos (1:16; 2:12). La espada de los testigos del evangelio corta en dos direcciones. “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Aunque el evangelio es un solo mensaje de Cristo, aparece en diferentes formas para los que lo creen. Pablo escribió: “Porque para Dios somos grato olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden: para estos, ciertamente, olor de muerte para muerte; para aquellos, olor de vida para vida” (2 Corintios 2:15,16).

En el versículo 4 los dos testigos son llamados “los dos olivos, y los dos candelabros”. La descripción de los dos olivos está tomada de la visión de Zacarías (Zacarías 4:1-7). En esa visión, el Señor dice que la voluntad suya que se haría en la tierra: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu” (Zacarías 4:6). El éxito de los testigos de su iglesia reside en el poder del mensaje de Dios, no en la habilidad de sus mensajeros. Ya Jesús explicó antes, que los siete candelabros eran las siete iglesias de Asia Menor (1:20), las cuales ya han pasado de la historia. Sin embargo, los dos testimonios son “los dos candelabros que están en pie delante del Dios de toda la tierra”. Estos dos declarantes del mensaje de Dios permanecerán hasta su regreso.

Cuando Jesús habló de los últimos días, prometió: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35). En una forma diferente, Jesús repite la promesa en los versículos 5 y 6. Cosas terribles les ocurren a los que piensan que pueden obstaculizar el camino del evangelio. El fuego que sale de la boca de los testigos es el mensaje del juicio de Dios sobre los incrédulos. La potestad de cerrar el cielo (versículo 6) nos recuerda la sequía que profetizó Elías contra el idólatra Acab (1 Reyes 17:1). Las aguas ensangrentadas y las plagas nos traen a la mente el juicio que Dios puso en manos de Moisés para descargarlo contra el faraón (Éxodo 7-11).

Los que se oponen al mensaje del evangelio pueden sufrir la destrucción personal o ser disuadidos por grandes desastres. El

mundo natural que fue hecho por la poderosa palabra de Dios está a sus órdenes, listo para proteger los intereses del testimonio universal hasta el fin de los tiempos. Muchas veces los incrédulos y perseguidores de la iglesia han declarado muerto al evangelio, sólo para encontrarse que fueron quitados de la escena de la historia por la palabra de Dios.

Con el tiempo, los dos declarantes terminan su testimonio. Mediante el evangelio de Mateo, Jesús ya ha indicado cuándo habrá de ocurrir esto: “Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). Si pensamos en esta cronología, las escenas de los próximos versículos serán más fáciles de entender.

Note que “la bestia que sube del abismo” (versículo 7) ataca a los dos testigos después de que éstos han completado su testimonio. El tiempo cuando el mensaje del evangelio se ha completado depende de Dios, quien es el que envía su palabra, y no cuando sus enemigos lo deseen. La bestia del abismo es la misma que el “ángel del abismo” (9:11). Satanás, y la influencia que ejerce mediante sus muchos vasallos humanos y espirituales, vence y acalla a los testigos.

En la calle de la gran ciudad aparecen los cuerpos de los testigos aparentemente muertos (versículo 8). La gran ciudad es Jerusalén, el versículo 8 dice que Jerusalén es “en sentido espiritual” Sodoma y Egipto, como está escrito en el idioma griego. Espiritualmente hablando, tanto una ciudad como la otra, son conocidas porque rechazan el mensaje divino y porque sufren el juicio de Dios por ello. Ambas naciones son notorias por su inmoralidad y poderío mundano, así como por su resistencia al evangelio. Juan agrega una descripción de Jerusalén como el lugar “donde también nuestro Señor Jesucristo fue crucificado” (versículo 8) por los sodomitas y egipcios espirituales, que en forma obstinada resisten la palabra de Dios.

Los moradores de la tierra “se regocijarán” sobre los dos testigos cuando los vean postrados sin vida en la calle (versículo 10). En señal de desprecio, no querrán darles digna sepultura.

Luego, para celebrar, se envían regalos unos a otros; sienten un falso alivio porque no tendrán que escuchar el juicio que los dos testigos pregonaban contra su incredulidad e inmoralidad.

Aparentemente la voz de Dios es acallada, pero sólo por un breve período de tiempo. Los dos testigos yacen silenciosos por “tres días y medio” (versículo 11) lo cual, comparado con los tres años y medio de la época del Nuevo Testamento es muy poco tiempo. Sin embargo, esto no nos proporciona el tiempo preciso para los últimos días; no podemos afirmar que habrá un tiempo antes del fin del mundo en el que la palabra de Dios esté por completo silenciada. Las promesas de Jesús (Mateo 24:14,35) nos hacen pensar que sucederá lo contrario. Es mejor ver los tres y medio días como un tiempo relativamente corto en el que los impíos se alegran de su maldad antes de que venga el fin para todos ellos.

Los eventos de los versículos 11 a 13 ocurren “después de tres días y medio” (versículo 11). Los que pensaron que habían acabado con los dos testigos de Dios, los verán revivir. Jesús dijo: “El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue: la palabra que he hablado, ella lo juzgará en el día final” (Juan 12:48). Aunque estos versículos parezcan referirse a los últimos días antes del juicio final, es más probable que estén describiendo el juicio mismo.

Los incrédulos se sentirán aterrorizados el día del juicio, al ver que los dos testigos, que pensaban que habían acallado, serán sus mismos jueces. En esta visión, Dios ha llamado de regreso a su evangelio, pero éste no vuelve vacío, sino que ha cumplido la voluntad divina y ha logrado el propósito para el cual Dios lo envió (Isaías 55:11). “En aquella hora” (versículo 13) ocurrirá, como sabemos, la destrucción de la tierra. Tanto los que murieron como los sobrevivientes deben enfrentar el juicio. Los que quedaron “se aterrorizaron, y dieron gloria al Dios del cielo” (versículo 13). No obstante, esta no es la clase de alabanza que nace de la fe, sino una que de mala gana los rebeldes se verán obligados a darle a Dios en el último día. “Todo ojo lo verá, y los que los traspasaron” (1:7)

y “toda lengua [confesará] que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:11).

La séptima trompeta: el tercer ay

¹⁴ El segundo ay pasó. He aquí que el tercer ay viene pronto.

¹⁵ El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían:

«Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.»

¹⁶ Los veinticuatro ancianos que estaban sentados en sus tronos delante de Dios, se postraron sobre sus rostros y adoraron a Dios, ¹⁷ diciendo:

«Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres, que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder y has reinado.

¹⁸ Las naciones se airaron y tu ira ha venido: el tiempo de juzgar a los muertos, de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.»

¹⁹ El Templo de Dios fue abierto en el cielo, y el Arca de su pacto se dejó ver en el Templo. Hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y granizo grande.

El final del segundo ay y el comienzo del tercero pasan el escenario de la tierra al cielo. Sin embargo, los acontecimientos de este último ocurren al mismo tiempo que los sucesos que se describen al final del segundo ay, o sea, el día del juicio.

El tercer ay describe el gozo celestial ante el momento de la justicia final de Dios y la victoria final de los creyentes. Pero, ¿por qué se llama “ay” a esta celebración? Los creyentes no encuentran en él un motivo de temor. Sin embargo, los tres ayes (lamentos), incluyendo el gozo de los creyentes en el día del juicio, será causa de gran temor para los impenitentes en los últimos días.

El tercer ay es la séptima parte de la visión de las siete trompetas, que comenzó en el capítulo 8. Cada una de las 7 partes de esta visión fue presentada por un ángel con una trompeta. Cuando hubo sonado la última de ellas, Juan escuchó grandes voces en el cielo (versículo 15). Este séptimo ángel se mencionó en el segundo lamento (10:7); el sonido de su trompeta señala que el misterio de Dios se ha completado. Ahora serán reveladas todas las cosas maravillosas que Dios le ha prometido a su pueblo en el evangelio.

Las sonoras voces en el cielo alaban a Dios como “nuestro Señor” (versículo 15), lo cual significa que vienen de seres creados, y no son de origen divino. Como la respuesta a sus cánticos de alabanza procede de los ancianos que representan a los creyentes, esta alabanza pudo haber sido de un coro angelical. Lo alto de sus voces refleja su gozo.

Las voces cantan: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo” (versículo 15). El mundo en que vivimos siempre ha sido una parte del reino de Jesucristo, pues incluso en estos mismos momentos él está reinando sobre todas las cosas. Pablo escribió: “Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Corintios 15:25). Pero mientras que Satanás ejerce influencia en el mundo, el gobierno absoluto de Cristo no es perceptible para todos. Sin embargo, el día del juicio será el inicio de una nueva era; en el día último, la respuesta a nuestra diaria plegaria “venga a nos tu reino”, será manifiesta con toda claridad tanto para los amigos de Dios como para sus enemigos; no habrá oposición alguna al dominio de Cristo y su reino espiritual. La eterna libertad de la

pena y el dolor que gozarán los creyentes para siempre (21:4) vendrá del hecho de que Jesús “reinará por los siglos de los siglos” (versículo 15).

Los ancianos sentados en sus tronos (versículo 16) representan a todos los creyentes que han recibido la corona de la vida (ver 4:4). El día del juicio es la respuesta de Dios a las oraciones de los fieles que preguntan: “¿Hasta cuándo?” (6:10). Cuando adoran a Dios postrados con sus rostros en tierra muestran lo inmerecido de su victoria y su completa dependencia del poder de Dios; luego, traducen sus humildes acciones en palabras de gratitud (versículo 17). Le dan gracias a Dios, diciendo: “Has tomado tu gran poder, y has reinado” (versículo 17); eso no significa que no ha reinado antes del día del juicio, sino que aun los demonios y los impíos tendrán que reconocer el gobierno de Dios.

La misma espada de doble filo que mostraron los dos testigos del evangelio de Dios (ver 11:3), con la que terminaron su testimonio sobre la tierra (11:7), ha regresado a los cielos viniendo a ser la regla de Dios para el juicio final (ver 11:12). Ha llegado el momento para que el Todopoderoso le dé “el galardón” y para “destruir” (versículo 18). Tanto los profetas del Antiguo como los del Nuevo Testamento serán recompensados por su fiel testimonio frente a la incredulidad y a la persecución. Junto a ellos, a la diestra de Dios, estarán los santos que continuaron honrando el nombre de Dios en medio de un mundo blasfemo. Tanto los “santos” como “los que tienen tu nombre” (versículo 18) son descripciones de los creyentes.

“Las naciones” (versículo 18) se refieren a la mayoría incrédula del mundo; las que estaban enfurecidas por el tormento que los dos testigos les infligían con sus advertencias del inminente juicio (11:10), pero con ello sólo atesoraron ira para sí mismos (Romanos 2:5). La justicia divina los destruirá porque ellos destruyeron la tierra. Las primeras seis trompetas de esta visión (8:6–11:13) han demostrado que el pecado y la falsa doctrina generadas por el diablo causan caos tanto sobre el mundo natural

como en el mundo espiritual. Por esto habrá un día en el que se deberá rendir cuentas.

El tercero y último lamento termina con la dramática escena del comienzo del día del juicio. Los acontecimientos que se describen en el versículo 19 corresponden al capítulo 11, versículos 11 a 13. “El Templo de Dios fue abierto en el cielo” (versículo 19), lo que significa que el Juez de la tierra abrió su cielo para que todos los pueblos de la tierra lo vean. Este no es el mismo Templo de Jerusalén que se describe en el capítulo 11, que simboliza la presencia de los creyentes sobre la tierra. El cielo no tiene Templo, tal como Juan lo explicará más adelante (21:22); este Templo es un símbolo de la presencia de Dios entre su pueblo. El juicio está por comenzar, y Dios está abriendo las puertas de su tribunal. El “juzgar a los muertos” (versículo 18) se llevará a cabo en un lugar donde Dios favorece a su pueblo.

Los dos testigos, que fueron llamados al cielo (11:12), y el Arca visible del pacto en el cielo (versículo 19) simbolizan la misma cosa: la promesa del evangelio que Dios proclamó en la tierra hasta el fin de los tiempos. El Arca del pacto en el Templo del Antiguo Testamento era la garantía de las promesas que Dios le hizo a su pueblo, y de su presencia entre ellos. Aunque esta Arca se perdió, la promesa de Dios que la respaldaba sigue vigente y será revelada otra vez en el día final.

En el último día, las promesas de Dios traerán en forma simultánea gozo para los fieles y temor para los impíos. La aciaga tormenta y el granizo (versículo 19) son un reflejo de la ira de Dios contra el incrédulo. Los relámpagos y truenos nos hacen recordar la presencia de Dios en el monte Sinaí (Éxodo 19). El granizo también fue una de las plagas con las que Dios azotó a Egipto (Éxodo 9:22; 11:8). El terremoto le hace eco a las advertencias de Jesús acerca de los desastres naturales que precederán al fin del mundo (Mateo 24:7; 11:13).

Este es el fin del tercer ay y el final de la visión de la séptima trompeta. Las terribles advertencias del castigo para los obstinados pecadores son para los impenitentes. Pero en tanto que la fe de los

creyentes no es perfecta, tal advertencia también se aplica a ellos. Nuestra pecaminosa e indolente naturaleza debe ser crucificada diariamente con las advertencias que escuchamos de la ley. A medida que nos preparamos para los últimos días, venimos ante Dios, postrados rostro en tierra, y buscando el refugio que sólo Jesús nos puede dar.

LA VISIÓN DE LAS SIETE VISIONES (12:1-15:8)

La primera visión: el dragón y el Niño

12 Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. ² Estaba encinta y gritaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. ³ Otra señal también apareció en el cielo: un gran dragón escarlata que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas tenía siete diademas. ⁴ Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciera. ⁵ Ella dio a luz un hijo varón, que va a regir a todas las naciones con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. ⁶ La mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para ser sustentada allí por mil doscientos sesenta días.

⁷ Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles, ⁸ pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. ⁹ Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. ¹⁰ Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía:

«Ahora ha venido la salvación,
el poder y el reino de nuestro Dios
y la autoridad de su Cristo,
porque ha sido expulsado el acusador
de nuestros hermanos,
el que los acusaba

delante de nuestro Dios día y noche.

**¹¹ Ellos lo han vencido
por medio de la sangre del Cordero
y de la palabra del testimonio de ellos,
que menospreciaron sus vidas
hasta la muerte.**

**¹² Por lo cual alegraos, cielos,
y los que moráis en ellos.
¡Ay de los moradores de la tierra y del mar!,
porque el diablo
ha descendido a vosotros con gran ira,
sabiendo que tiene poco tiempo.»**

**¹³ Cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra,
persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.**

**¹⁴ Pero se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila
para que volara de delante de la serpiente al desierto, a su
lugar, donde es sustentada por un tiempo, tiempos y la mitad
de un tiempo. ¹⁵ Y la serpiente arrojó de su boca, tras la
mujer, agua como un río, para que fuera arrastrada por el
río. ¹⁶ Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su
boca y se tragó el río que el dragón había echado de su boca.
¹⁷ Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer y se fue
a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella,
contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el
testimonio de Jesucristo.**

El capítulo 12 marca el inicio de la cuarta visión de Juan, que contiene otras siete visiones. A diferencia del inicio de las últimas dos, aquí no hay una introducción formal. No obstante, es claro que el tema es la transición de los acontecimientos que ha ocurrido al final del último capítulo. Es importante notar este cambio para entender el período de tiempo en el cual se desarrollaron las visiones. Esta cuarta visión abarca el mismo tiempo que cubrieron la segunda y la tercera visión. La contemplación de las siete



La serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás (12:9)

visiones describe eventos desde el principio de la época del Nuevo Testamento hasta los últimos días y el juicio final.

La primera de las siete visiones es anunciada por la aparición de “una gran señal” en el cielo (versículo 1). Juan vio a una mujer que estaba con “dolores de parto” (versículo 2). Es muy tentador tratar de identificar a esta mujer con María, la madre de Jesús, especialmente cuando más tarde leemos que dio a luz a un hijo varón al que el diablo buscaba destruir (versículos 4,5). Sin embargo, la descripción de esta mujer descarta esa interpretación.

Notamos en el versículo 6 que Dios sustentó a esta mujer por 1.260 días. Este número simboliza la época del Nuevo Testamento que antes habíamos identificado con tres años y medio (ver 11:3). En el versículo 17, la descendencia de esta mujer es identificada como “los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”. Eso nos muestra claramente que la mujer simboliza la iglesia, el pueblo de Dios en la tierra.

La identificación de la mujer con la iglesia está de acuerdo con la descripción que de ella se hace en el versículo 1, según la cual estaba “vestida del sol”. Mediante la fe, ella comparte la perfección del Salvador, cuyo rostro brilló como el sol en su transfiguración. La luna bajo sus pies nos recuerda que los creyentes comparten el reino de Cristo, incluyendo su dominio del universo. “Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:10; ver también 2 Timoteo 2:12). Especialmente la corona en su cabeza con las doce estrellas es una señal concluyente que la señala como la iglesia. El número 12 y sus múltiplos representan a la iglesia en el Apocalipsis (ver 4:4; 7:4-8). Su corona es la corona de la victoria que reciben todos los fieles (ver 2:10; 3:11). Las estrellas también pueden significar los líderes de la iglesia (ver 1:20).

Luego Juan vio un “gran dragón escarlata” (versículo 3). El escarlata es el color del derramamiento de sangre y de la muerte (ver 6:4). El enorme tamaño del dragón muestra el gran poder que tiene para causar daño. En el versículo 9, este dragón es identificado como Satanás. Sus siete cabezas indican la forma

engañoso en que influye en las personas. Por lo general el número siete indica la obra de Dios en favor de su pueblo. Sin embargo, Pablo escribe que “el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz” (2 Corintios 11:14). La naturaleza engañosa de sus siete cabezas es exagerada por las siete “diademas”. Para describir las diademas de Satanás, Juan usa una palabra griega muy diferente a la que usó para la de la mujer, que, según el versículo 1, llevaba una “corona” de la victoria. La diadema del dragón era una corona presuntuosa que portaban los antiguos gobernantes deseosos de ser reverenciados como dioses.

Los cuernos simbolizan el poder (ver 5:6). Dios usa el número 10 para ponerle un límite a algo (ver 2:10). Tanto aquí, como en el capítulo 17, versículos 7 y 12, los cuernos pueden indicar los gobiernos terrenales mediante los cuales Satanás ejerce su dominio. El poder de Satanás también se muestra por la fuerza con que la cola del dragón arrastró las estrellas del cielo, que significan líderes que cayeron bajo su maleficio. Esto nos hace recordar a los ángeles que cayeron junto con él cuando fue echado del cielo, “y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar” (Judas 6).

La mujer “dio a luz un hijo varón, que va a regir a todas las naciones con vara de hierro” (versículo 5). David profetizó que el Salvador prometido vendría a gobernar sobre sus enemigos con un “vara de hierro” (Salmo 2:9). Este hijo varón es Jesús. El hecho de que en esta visión Jesús es identificado como el hijo de la mujer, de ninguna manera nos obliga a identificar a la mujer con la virgen María. La Biblia dice que Jesús es descendiente de Eva (Génesis 3:15), lo cual se describe en el árbol genealógico de Jesús en Mateo uno y Lucas tres, lo que prueba que Jesús fue físicamente un descendiente del pueblo que vino a salvar. La madre de este niño no tiene que ser un progenitor humano en particular, sino la naturaleza humana de toda la gente que le recibe como su Salvador.

El dragón sabía la misión para la que había sido enviado este niño, y Satanás se apresuró a destruirlo. “Y el dragón se paró frente

a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciera” (versículo 4). Las palabras pueden sugerir aquí el intento de uno de los “cuernos” de Satanás, personificado en el rey Herodes, de matar al niño Jesús. Sin embargo, inmediatamente después de los acontecimientos que se describen en esta visión, el hijo es arrebatado por Dios al cielo. Aunque los intentos de Satanás por destruir a Jesús comenzaron desde su nacimiento, aquí se encuentran simbolizados todos los esfuerzos que hizo para detenerlo mientras estuvo en la tierra. La tentación en el desierto, las muchas posesiones demoníacas, los primeros intentos por parte de los judíos de apedrearlo y la crucifixión son ejemplos del propósito del dragón por devorar al hijo.

Con muy poco simbolismo, Juan relata la ascensión de Jesús a la diestra de Dios Padre. Escribe que el hijo de la mujer fue “arrebatado para Dios y para su trono” (versículo 5). Excepto por el hecho de que Juan llama a Jesús el “hijo” en el tiempo de su ascensión (versículo 5), su descripción de la exaltación de Jesús es literalmente cierta. En dos ocasiones anteriores, Juan describe a Jesús en el centro del trono de Dios (5:6; 7:17). Marcos registra que Jesús “fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (Marcos 16:19). Tanto el trono como la diestra son símbolos de autoridad real.

En tres ocasiones Juan llama a Jesús “hijo”. El número 3 alude a su divinidad, y la palabra “hijo” enfatiza su humanidad. Jesús era verdadero Dios desde la eternidad y, como tal, posee todo poder y autoridad divinos. El que Jesús sea llamado hijo, hasta en el tiempo de su ascensión, nos hace recordar que su ascenso al trono fue la exaltación de su naturaleza humana.

El versículo 6 descarta cualquier idea de que la mujer de esta visión sea la virgen María: “La mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para ser sustentada allí por mil doscientos sesenta días”. Los tres años y medio simbolizan la época completa del Nuevo Testamento. Esta mujer es la iglesia. Los creyentes viven por ahora en el desierto de este mundo bajo la mano protectora de Dios.

Tres escenas se encuentran en esta primera parte de las siete visiones. La segunda escena, que comienza en el versículo 6, nos traslada de la tierra al reino espiritual. En griego como en español, la palabra cielo puede significar “el reino de Dios” o “la bóveda celeste”. Así que, “la batalla en el cielo” (versículo 7), no se debe identificar con la expulsión que hace Dios de Satanás del cielo poco después de la creación. Aunque muchos entienden así los acontecimientos de estos versículos, dos cosas desaprueban tal interpretación.

En primer lugar, los contendientes en estos versículos son Miguel y sus ángeles y el dragón y sus ángeles. Sin embargo, al principio de la creación, la rebelión de Satanás fue contra Dios quien lo arrojó del cielo. Tanto Judas como Pedro dicen que Dios arrojó a los ángeles malos “a prisiones de oscuridad” (2 Pedro 2:4) y “los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas” (Judas 6). En segundo lugar, las tres escenas de esta visión suceden durante la época del Nuevo Testamento. La rebelión original de Satanás ocurrió al principio del Antiguo Testamento.

¿Dónde y cuándo ocurrió la batalla que se describe aquí? Juan dice que ocurrió en el “cielo”. Pablo llama a Satanás, “príncipe de la potestad del aire” (Efesios 2:2). Más tarde, Juan escribe que el ángel con el evangelio eterno estaba en “medio del cielo” (Apocalipsis 14:6). Pablo les dijo a los efesios que sus luchas no eran contra sangre y carne, sino “contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). Podemos decir que este campo de batalla es el reino espiritual, el lugar donde tiene lugar la batalla por las almas de los hombres.

Aunque no se puede precisar el tiempo en que tiene lugar la lucha, podemos estar seguros de que el poder para cada victoria sobre el dragón fue posible sólo con la muerte y resurrección de Jesús. Al tiempo que Jesús fijaba sus ojos en la cruz, dijo: “Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Juan 12:31). Cuando Jesús resucitó de los muertos, fue y les pregonó su victoria a los espíritus encarcelados en el infierno (1 Pedro 3:19). “Y despojó a

los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15).

El dragón y sus ángeles “no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo” (versículo 8). Eso no significa que el diablo haya tenido alguna vez un lugar en el cielo ya que fue arrojado por Dios. “Cielo” se refiere de nuevo al reino espiritual. El diablo una vez tuvo un “lugar”, es decir, cierta influencia en el dominio espiritual. Sin embargo, la muerte y resurrección de Jesús lo arrojaron a la tierra (versículo 9). Ahora ya no tiene poder en este dominio, y su obra se limita a tentar a los seres humanos en la tierra, lo cual puede explicar la disminución de casos de posesión física demoníaca después de la ascensión de Cristo.

En cierto aspecto se libra una batalla, aunque en menor grado, entre Miguel y el dragón, cada vez que un alma es arrebatada de las garras de Satanás. Jesús dijo: “Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente” (Lucas 15:10). En toda la época del Nuevo Testamento los ángeles están dedicados a la lucha por las almas. Cuando los setenta regresaron a Jesús gozosos por el éxito del evangelio, él les dijo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lucas 10:18).

Hubo gozo en el cielo cuando el diablo y sus ángeles fueron arrojados a la tierra. Juan escuchó una gran voz que en el cielo alababa a Dios (versículo 10). Aunque la voz no se identifica, habla por todos los creyentes y todos los santos ángeles. Su sonoridad indica la importancia del mensaje. La estrofa de alabanza apoya la idea de que la guerra entre Miguel y el dragón ocurrió en relación con la muerte de Jesús. El contenido de los tres versículos de esta alabanza (versículos 10-12) corresponde al tiempo de la crucifixión y la ascensión de Cristo.

“Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios” (versículo 10). Ahora que Jesús ha ganado su victoria, aparecen tres influencias salvadoras de Dios en una forma más dramática de lo que lo hicieron en el Antiguo Testamento. La salvación de Dios para su pueblo ya no es una promesa, sino la proclamación de una bendición cumplida. Por medio de la

resurrección de Cristo, Dios desplegó públicamente su poder sobre Satanás. El reino de Dios es el dominio de su gobierno a favor de su pueblo, especialmente cuando él reina en nuestro corazón mediante su evangelio. El inicio del Nuevo Testamento marca el tiempo cuando este reino se extenderá a todo el mundo como nunca antes.

“La autoridad de su Cristo” (versículo 10) es la autoridad con que él nos ha mandado llevar la salvación, el poder y el reino de Dios a todo el mundo. Jesús dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, id y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:18,19). También, cuando regresaron los setenta, nuestro Señor les dijo: “Os doy potestad de pisotear serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo” (Lucas 10:19). Jesús fue capaz de transferirnos esta autoridad porque para el momento de su ascensión, la gran batalla contra Satanás ya había llegado a su fin. “Ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (versículo 10).

La gran voz en el cielo le dio gracias a Dios porque su pueblo había vencido a Satanás “por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos” (versículo 11). El dominio de Satanás es refrenado cuando recibimos el poder de Jesús mediante la fe y compartimos su victoria con otros. Los primeros mártires cristianos demostraron que entendían el doble propósito que Dios tenía para su vida. Al seguir estos dos propósitos, “menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (versículo 11). Nuestro tiempo en este mundo también es de gracia para venir a la fe en Jesús y dar testimonio de su palabra.

El último versículo de alabanza (versículo 12) también señala a la crucifixión como el tiempo en que se libró la batalla entre Miguel y el dragón. Este versículo de transición refleja el gozo por la victoria de Jesús, pero termina con la advertencia de que, aun cuando la guerra ha sido ganada, las batallas continuarán. El diablo está restringido, pero no ha perdido por completo su poder. El lugar al que Dios lo ha confinado, y en el que puede ejercer su

poder, se limita a la tierra y al mar. Dios ha demarcado el tiempo que le queda a Satanás para desplegar su maldad. Unida al gozo del cristiano por la victoria de Cristo está la vigilancia constante. El diablo es como un león rugiente que ha descendido “con gran ira” (versículo 12). Los que se regocijan en los “cielos” son los que están a salvo en el reino espiritual. Los que se aferran a la crucifixión de Cristo por la fe continúan en este mismo reino de poder del que Satanás ha perdido su lugar.

El versículo 13 comienza con la tercera y última escena de la primera de las siete visiones. La secuencia de estas tres escenas fortalece nuestra fe. En la primera escena el gran dragón ataca al hijo, Jesús, pero no logra su objetivo debido a la ascensión de Cristo al trono de Dios. En la segunda escena, el gran dragón es derrotado en el reino espiritual por el poder de la crucifixión y resurrección de Cristo. Y ahora este encolerizado dragón, dos veces perdedor, vuelca su ira contra la iglesia de Cristo.

Cuando el dragón vio que no podía con Jesús y sus santos ángeles, “persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón” (versículo 13). Ya hemos identificado a esta mujer como a la iglesia, es decir, el pueblo de Dios en la época del Nuevo Testamento (ver 12:1). Las “dos alas de la gran águila” (versículo 14) representan el poder de la doble victoria de Cristo y sus ángeles, ganadas en las primeras dos escenas de esta visión. Jesús guarda a su iglesia en la región espiritual, el “lugar” del que Satanás ha sido destronado. Dios preparó este refugio donde sus hijos estarán “fuera del alcance de la serpiente”, y allí cuidará a su pueblo por “un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo”. Estos son los tres años y medio que Juan ha usado (11:2,3; 12:6) para describir el tiempo de duración de la época del Nuevo Testamento.

La seguridad que Dios le da a su iglesia del Nuevo Testamento no disuade a Satanás de sus intentos por hacerle daño. El diablo “arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuera arrastrada por el río” (versículo 15). Este torrente es el diluvio de la tentación, la falsa enseñanza y la persecución que el

diablo desata contra la iglesia. “Pero la tierra ayudó a la mujer” (versículo 16). A Jesús le fue dada en su ascensión autoridad sobre la tierra, y aunque la actividad de Satanás se reduce a la tierra, el Señor sigue controlándolo todo. “Las puertas del Hades [infierno] no prevalecerán” contra la iglesia (Mateo 16:18). La imagen de que la tierra abrió su boca y se “tragó” el torrente del diablo (versículo 16), prevé todas las formas en que Jesús puede detener los ataques de Satanás en beneficio de su pueblo.

Al frustrarse en sus intentos por matar al hijo, para luego ser despojado de su autoridad en el reino espiritual, el dragón se “llenó de ira” (versículo 17) contra la “mujer”. Al ver que nunca sería capaz de destruirla a ella, es decir, a toda la iglesia, Satanás volcó sus ataques contra los creyentes. “Fue a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.” La forma en que lucha contra los fieles de la iglesia es el tema de las siguientes dos visiones (13:2-18). Mientras el dragón consideraba las fuerzas que usaría contra los creyentes, “se paró sobre la arena del mar” (13:1).

La segunda visión: la bestia del mar

13 Me paré sobre la arena del mar y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos: en sus cuernos tenía diez diademas, y sobre sus cabezas, nombres de blasfemia. ² La bestia que vi era semejante a un leopardo, sus pies eran como de oso y su boca como boca de león. El dragón le dio su poder, su trono y gran autoridad. ³ Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada. Toda la tierra se maravilló en pos de la bestia, ⁴ y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: «¿Quién como la bestia y quién podrá luchar contra ella?»

⁵ También se le dio boca que hablaba arrogancias y blasfemias, y se le dio autoridad para actuar por cuarenta y

dos meses. ⁶Y abrió su boca para blasfemar contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo y de los que habitan en el cielo. ⁷Se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. ⁸La adoraron todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no estaban escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado. ⁹Si alguno tiene oído, oiga:

**¹⁰«Si alguno lleva en cautividad,
a cautividad irá.**

**Si alguno mata a espada,
a espada será muerto.»**

Aquí está la perseverancia y la fe de los santos.

La segunda de las siete visiones nos muestra el primero de los dos emisarios que Satanás llama para que le ayude en el ataque contra el pueblo de Dios. “Vi subir del mar una bestia” (versículo 1). Como el dragón rojo (12:3), ésta tiene siete cabezas y diez cuernos, pero lleva las “diademas” sobre sus cuernos y no sobre sus cabezas. Los diez cuernos simbolizan el limitado poder que tiene el diablo (ver 12:3). Las diademas no son las coronas de victoria que portan los creyentes, sino diademas presuntuosas que portan aquellos deseosos de ser adorados como si fueran dioses. Los nombres blasfemos que hay en cada una de las cabezas de la bestia remedan y se mofan del verdadero Dios. Aunque el número siete usualmente representa la obra de Dios entre su pueblo, las siete cabezas de la bestia lo presentan engañosamente como un amigo de los creyentes.

Esta bestia del mar es muy semejante a los cuatro animales que se describen en la visión de Daniel (Daniel 7). Los de la visión de Daniel se asemejaban a varios animales feroces, y la bestia que Juan describe saliendo del mar tiene muchos de los rasgos de una fiera depredadora (versículo 2). El apóstol no nos dice lo que esta criatura representa, pero la interpretación que Daniel da de las cuatro bestias nos ayuda a identificarla.

La bestia del mar es un enviado y aliado de Satanás: “El dragón le dio su poder, su trono y gran autoridad” (versículo 2). Como la esfera de influencia de Satanás sólo estaba confinada a la tierra (ver 12:9), el poder que le transfiere a la bestia es terrenal. Las diez diademas del animal son otra pista de su identidad. El número diez significa un límite impuesto por Dios, y las diademas que porta indican la deidad que dicen tener los gobernantes de este mundo. Así, la bestia del mar simboliza los poderes gubernamentales establecidos por Dios pero usados por Satanás contra la iglesia del Nuevo Testamento.

La interpretación que da Daniel de sus cuatro bestias confirma nuestra identificación de la bestia del mar que describe Juan. Daniel escribió: “Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre” (Daniel 7:17,18). Estas bestias profetizaron cuatro poderes gubernamentales específicos. Juan habla sólo de uno, sin mencionar un gobierno específico, porque su bestia representa a todos los gobiernos del mundo que Satanás usa como instrumento contra la iglesia del Nuevo Testamento. Aun así, como en la interpretación de Daniel, el mensaje predominante de Juan es que los santos de Dios heredarán su reino a pesar de todos los poderes terrenales que el diablo usa contra ellos.

El creador de los gobiernos mundiales no es Satanás. “Porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas” (Romanos 13:1). Aun así, Satanás usa con frecuencia la creación de Dios para sus propósitos malvados. El dragón de la visión de Juan no creó el mar, pero lo llama del mar para hacer su obra destructora sobre la iglesia. Lutero dijo que los cristianos deben vivir en dos reinos, bajo la autoridad civil y bajo la autoridad espiritual. Los creyentes viven en el mundo y reconocen el derecho legítimo que tiene el gobierno para exigirles obediencia. “Sométase toda persona a las autoridades superiores” (Romanos 13:1). Al mismo tiempo, entendemos que el poder secular puede ser corrompido por Satanás. Cuando las fuerzas

diabólicas imponen su voluntad en nosotros por medio del gobierno, recordamos que primero que nada somos miembros del reino de Dios. Entonces podemos decir con los apóstoles: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29).

“Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada” (versículo 3). La herida de muerte en la cabeza de la bestia puede recordarnos cuando Dios le dijo a la serpiente en el huerto del Edén que la simiente de Eva, el prometido Salvador, aplastaría su cabeza (Génesis 3:15). Sin embargo, en la visión de Juan, la nefasta lesión la recibe la bestia en la cabeza, y no la cabeza de Satanás. Así, entendemos mejor que la herida letal del animal es una señal general. La historia del Nuevo Testamento ha demostrado que algunas veces el gobierno civil, incluso bajo la preponderancia de Satanás, daña más al diablo de lo que lo ayuda.

Satanás ejerce influencia sobre la autoridad secular para hacer de ella algo que Dios no ha creado. A través de todas las épocas, la mayoría de los seres humanos han esperado más socorro de sus gobiernos que de Jesús. Por ejemplo, la mayor parte del mundo depende principalmente de la ayuda económica que le brinda el gobierno para su bienestar personal, para su protección física, educación y actos de caridad. También, los revolucionarios dependen de un cambio en la autoridad humana para darles lo que sólo la potestad divina les puede garantizar. Los incrédulos buscan los beneficios físicos del gobierno, descuidando por completo sus necesidades espirituales. La visión del mundo entero que va en pos de la bestia y adorando al dragón refleja esta idolatría (versículos 3,4). Muchos patriotas, sin tener la menor idea de que la bestia es un emisario del dragón, han buscado el favor de Dios mediante el cumplimiento de deberes cívicos en vez de la fe en Cristo. Cuando eso ocurre, la victoria es del diablo; la bestia, su agente, ha logrado su misión destructora.

Satanás usará el potente poder del gobierno secular por “cuarenta y dos meses” (versículo 5), esto es, por toda la era del Nuevo Testamento (ver 11:2). En ocasiones, se levantarán

gobiernos ateos que afirmarán que tienen poder divino. Algunos establecerán religiones paganas y prohibirán la verdadera adoración. Otros perseguirán físicamente a los cristianos. A esto se refiere Juan respecto de la bestia cuando escribió: “Se le dio una boca que hablaba arrogancias y blasfemias... para blasfemar... hacer guerra contra los santos” (versículos 5-7). Y “la adoraron [a la bestia] todos los habitantes de la tierra” (versículo 8). La influencia de Satanás sobre los poderes terrenales ha existido a lo largo del tiempo entre cada “tribu, pueblo, lengua y nación” (versículo 7). Los cristianos pueden esperar que cuando sus gobiernos abusen del poder para hacerles daño, el pueblo común apoyará tal atropello.

Sin embargo, los elegidos no se unirán a la carrera insensata de adorar la autoridad terrenal. Sus nombres “están escritos en el libro de la vida” (versículo 8; vea 3:5); por fe confían que su futuro está asegurado en Dios, sin importar lo que los hombres les puedan hacer. Pertenecen “al Cordero que fue inmolado desde la creación del mundo”. El perdón ya era una realidad aun antes que Jesús muriera en la cruz. Miles de años antes del nacimiento del Salvador, Dios le prometió a Eva que su simiente derrotaría a Satanás; la fe de ella confió en que el Cordero ya había sido inmolado. Todo creyente tiene la confianza de que Dios cumple sus promesas. Jesús nos invita, mediante las palabras escritas de Juan, a que nos aferremos a sus promesas durante los últimos tiempos: “Si alguno tiene oído, oiga” (versículo 9).

Los creyentes que vivimos bajo la autoridad simultánea de Dios y del gobierno de los hombres debemos entender esta visión de la bestia que venía del mar. Ésta no es un gobierno civil, sino el abuso que Satanás y sus aliados hacen del poder político. Esta distinción nos ayuda a caminar entre la fina línea de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (Marcos 12:17). Así que esta visión no es una incitación a la desobediencia civil; cuando el gobierno muestra ser la bestia del mar, obedeceremos a Dios sin desobedecer las autoridades terrenales. Esto significa apoyarse en la verdad y con toda humildad aceptar las

consecuencias. Juan lo explica de la siguiente manera: “Si alguno lleva en cautividad, a cautividad irá; si alguno mata a espada, a espada ha de ser muerto” (versículo 10).

La visión de la bestia del mar nos invita a confiar en que la pérdida de las cosas a corto plazo resulta en ganancia a largo plazo. El diablo gana batallas, pero Jesús ganó la guerra. Confiamos en que no importa lo que suframos bajo los gobiernos terrenales, porque Dios promete: “Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre” (Daniel 7:18). “Aquí está la perseverancia y la fe de los santos” (versículo 10).

La tercera visión: la bestia de la tierra

¹¹ Después vi otra bestia que subía de la tierra. Tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón. ¹² Ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. ¹³ También hace grandes señales, de tal manera que incluso hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. ¹⁴ Engaña a los habitantes de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que le hagan una imagen a la bestia que fue herida de espada y revivió. ¹⁵ Se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablara e hiciera matar a todo el que no la adorara. ¹⁶ Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiera una marca en la mano derecha o en la frente, ¹⁷ y que ninguno pudiera comprar ni vender, sino el que tuviera la marca o el nombre de la bestia o el número de su nombre.

¹⁸ Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.

La tercera de las siete visiones nos presenta a otro mensajero de Satanás, la bestia que sale de la tierra (versículo 11). Esta fiera tenía dos cuernos como de cordero. Esta amenaza para la iglesia se hace pasar por Jesús, el Cordero de Dios. No obstante, vemos la mentira, porque ya Juan ha descrito al verdadero Cordero con siete cuernos (5:6). La traición de la bestia no está bien enmascarada porque su apariencia contrasta con su forma de hablar “como un dragón” (versículo 11), revelándose así como un aliado de Satanás.

La identidad de esta bestia se aclara cuando vemos lo que hace. Jesús dijo: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:15,16). El fruto de un falso profeta es su mensaje y el efecto que causa en su audiencia. La bestia de la tierra demuestra por sus acciones que está ligada con la que salió del mar, “Y hace que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada” (versículos 12; 13:3).

Hay otras señales a continuación que identifican a este ente diabólico. Juan escribe que este ente “también hace grandes señales” (versículo 13) e incita a los moradores de la tierra a la idolatría (versículo 14). Estas actividades de la bestia se acomodan a la descripción que hace del Pablo del “hijo de perdición” (2 Tesalonicenses 2:3). “El advenimiento de este impío, que es obra de Satanás, irá acompañado de hechos poderosos, señales y falsos milagros... el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto, que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:9,4).

A esta segunda bestia “se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia” (versículo 15). La primera bestia, la del mar, representó la maldad que Satanás ejerce mediante los gobiernos humanos; asociada a esta bestia, la de la tierra induce a los gobiernos mundiales a perseguir y a hablar en contra de los cristianos.

La marca que el maligno obliga a que lleven sus seguidores (versículo 16) es una vulgar imitación del sello que Dios ha puesto sobre sus hijos (ver 7:2,3). Este distintivo que llevan en la mano derecha o en la frente los seguidores del diablo indica que tanto su trabajo como sus pensamientos les pertenecen a la bestia. Con esta marca, y mediante su alianza malvada con la bestia del mar, la segunda bestia instigó al gobierno para que practicara contra los creyentes la discriminación económica.

Tomadas en su conjunto, estas imágenes de la bestia facilitan su identificación. Con sus cuernos como los de un cordero se hace pasar como representante del Cordero, pero su mensaje se oye como un mensaje de Satanás. Colabora con las autoridades terrenales con el fin de hacerles daño a los verdaderos seguidores del Salvador. Hace señales milagrosas que engañan a los hombres y los inducen a reverenciar el poder terrenal, coopera con las autoridades para perseguir a los cristianos y hace sufrir a todo aquel que no acepte su mensaje.

Al final de la visión, Juan identifica a la bestia (versículos 17,18), aunque lo hace en un lenguaje simbólico; dice que la marca de la bestia es su propio nombre. En la Biblia, con frecuencia el “nombre” quiere decir la reputación o lo que se conoce de la persona. Esta bestia puede ser conocida por lo que enseña. ¿Qué mensaje en este mundo simula ser religión, es predicado por falsos cristos y también por poderes gubernamentales, atrae a las mayorías, destruye el evangelio y lleva a la persecución de los cristianos?

Para ayudarnos a responder esta pregunta, Juan nos ofrece un dato para su identificación; el número de la bestia. Dice que la marca, su nombre, y su número son lo mismo. El número de la criatura es 666, “número de hombre” (versículo 18). Recordemos que el número 7 representa los esfuerzos del evangelio de Dios en el mundo, por lo cual el 666 significa un mensaje que se oye casi igual al evangelio pero que siempre se queda corto. El número del hombre es la religión humana, la idea de que podemos salvarnos por nosotros mismos, y las mentiras del diablo de que podemos

ganar la salvación por nuestros propios méritos. El intento de justificarse por las propias obras es la única noción religiosa que tienen en común todas las religiones paganas, todas las falsas doctrinas y todos los sistemas políticos. Nos engañamos a nosotros mismos si pensamos que por medio de nuestros propios esfuerzos Dios nos aceptará y nos dará el cielo.

La evidencia de esta bestia en el Nuevo Testamento se puede ver en varios lugares, pero predomina más en unos que en otros. Se debe incluir el papado romano; nuestras confesiones luteranas identifican este oficio como el Anticristo porque enseña la salvación por las obras, afirma que es el sustituto (vicario) de Cristo en la tierra, e históricamente ha operado junto con los gobiernos civiles. El evangelio social del protestantismo moderno es otro indicio de que la bestia aún está activa. El movimiento de la Nueva Era, el resurgimiento del Islam y de las filosofías orientales también llevan la señal de la bestia.

Cuando Juan escribe: “Aquí hay sabiduría” (versículo 18), está hablando de la sabiduría espiritual, del conocimiento que se obtiene por la fe y se basa en Cristo y la Biblia, que es necesario para identificar a la bestia externa e interna. Debemos reconocer e identificar a la criatura en el mundo pero no desistir allí. Ésta representa la falsa religión del hombre, que es la salvación por las buenas obras, que también está latente y al acecho en cada uno de nosotros; es el error insidioso que nos azota al pensar que podemos lograr o contribuir para ganar el favor de Dios. El arrepentimiento diario por nuestros pecados y por nuestra naturaleza pecaminosa, aunado siempre a la confianza renovada en la sangre del Cordero, nos dará la sabiduría.

La cuarta visión: los ciento cuarenta y cuatro mil con el Cordero

14 Después miré, y vi que el Cordero estaba de pie sobre el monte de Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito

en la frente. ²Oí una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas y como el sonido de un gran trueno. La voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas.

³Cantaban un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro seres vivientes y de los ancianos. Nadie podía aprender el cántico, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. ⁴Éstos son los que no se han contaminado con mujeres, pues son vírgenes. Son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Éstos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero. ⁵En sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.

La cuarta de las siete visiones arrebató a Juan hasta el cielo, lejos de un mundo plagado por bestias amenazadoras. A medida que cambian las escenas, también cambia el tiempo. La tercera visión describió a la iglesia sufriente antes del juicio; esta cuarta visión describe a la iglesia victoriosa después del juicio. Podemos notar que el ánimo de Juan cambia repentinamente cuando deja la escena del cordero impostor (13:11) y ve frente a él a Jesús, el verdadero Cordero (versículo 1). Juan vio al Salvador primero, cuando su segunda visión lo llevó ante el trono de Dios en el cielo (5:6). En su libro del Apocalipsis el apóstol menciona al Cordero un total de 30 veces.

El Cordero estaba de pie sobre el monte Sión, que está en Jerusalén, y sobre el cual Salomón construyó el Templo. Tanto los escritores del Antiguo como del Nuevo Testamento usan este lugar como un símbolo de la iglesia. Juan continúa diciendo que con Jesús había “ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el nombre de él (Jesús) y el de su Padre escrito en la frente” (versículo 1). Anteriormente Juan los había descrito como los elegidos, los que fueron sellados por Dios en la tierra para protegerlos de los desastres que vendrán en los últimos días (7:4-8).

Los que en la tierra llevaron el nombre de Dios en la frente, también llevan el nombre del Cordero y del Padre en el cielo. Juan registró en su evangelio estas palabras que dijo Jesús: “El Padre y yo uno somos” (Juan 10:30). Ahora, él no ve ninguna inconsistencia al informar que los elegidos tienen el nombre del Cordero y del Padre en la frente. El “nombre” de Dios es su reputación, lo que nos revela de sí mismo en su palabra. Aunque el Padre y el Hijo son personas distintas de la Trinidad, y sus nombres personales son diferentes, son uno en esencia y en lo que les revelan a los creyentes de sí mismos.

Juan escuchó el estrépito de un coro majestuoso en el cielo “como el estruendo de muchas aguas” y “como el sonido de un gran trueno” (versículo 2), que refleja el exuberante gozo de los cantores. El ruido “como de arpistas que tocaban sus arpas” (versículo 2) irradia la belleza espiritual y la armonía de sus cantos. Los coros celestiales entonan “un cántico nuevo” (versículo 3). El libro de Isaías y los Salmos animan a los creyentes a entonar un cántico nuevo. Tanto en el cielo como en la tierra esta nueva antifona da gracias a Dios por su salvación (ver 5:9); y sólo los redimidos pueden aprender su letra porque sólo ellos entienden el gozo de la salvación.

El coro de los elegidos, acompañado por los cuatro seres vivientes y los ancianos, dirige su loor al trono. Los segundos representan el mundo creado, y los 24 ancianos ejemplifican la iglesia (ver 4:4). Aquí, entre los 144.000, los ancianos tal vez representan a los líderes de la iglesia del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Para el beneficio de los elegidos que aún están en la tierra, Juan describe la presencia de los 144.000 en el cielo. “Éstos son los que no se han contaminado con mujeres” (versículo 4), es decir: “son vírgenes”. Los profetas del Antiguo Testamento con frecuencia se refirieron a la iglesia como la novia de Dios. Especialmente el profeta Oseas calificó la infidelidad del pueblo de Dios como adulterio y amenazó con que Dios se divorciaría de

ellos. Cuando Juan habla de los elegidos “que no se contaminaron con mujeres”, está diciendo que ni la idolatría ni las falsas enseñanzas podrán despojar al pueblo de Dios de su fe. En un sentido espiritual, los elegidos se van a unir al novio en el cielo puros como vírgenes (ver 21:2).

Por dondequiera que Jesús vaya en el cielo, su novia, es decir, la iglesia, le sigue. El cielo es la consumación de la promesa que le hizo el novio a su amada iglesia. Cuando Juan escribe que los creyentes fueron “rescatados de entre los hombres”, nos vienen a la mente estas palabras de Pablo: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella...habiéndola purificado con el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (Efesios 5:25-27).

El Padre compró a su iglesia con la sangre del Cordero; ahora presenta delante de él a sus elegidos como “primicias” (versículo 4). En el último día, el día del juicio, Dios mismo cosechará toda la tierra (14:16), pero se quedará sólo con lo primero. Juan también dice respecto de ellos: “En sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios” (versículo 5). Esto no se refiere a su conducta personal, sino a su fe; no sucumbieron a los engaños de Satanás, el cual trató de separarlos de la verdad del Cordero.

La quinta visión: los tres ángeles

⁶ En medio del cielo vi volar otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. ⁷ Decía a gran voz: «¡Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas!»

⁸ Otro ángel lo siguió, diciendo: «Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las

naciones del vino del furor de su fornicación.»

⁹Y un tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: «Si alguno adora a la bestia y a su imagen y recibe la marca en su frente o en su mano, ¹⁰él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero. ¹¹El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. No tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.»

¹²Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.

¹³Y oí una voz que me decía desde el cielo: «Escribe: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor.” Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.»

Las visiones de Juan no siempre se presentan en un orden cronológico, y esta visión es un ejemplo. En la visión anterior, Juan estaba con los elegidos en el cielo observando el juicio; esta lo transporta a la época del Nuevo Testamento antes del juicio final.

Esta es la quinta de las siete visiones, y en ella el apóstol ve a tres ángeles. Muchos escritores luteranos identifican a Martín Lutero como el primer ángel. Juan dice que vio “volar otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los habitantes de la tierra” (versículo 6). Ciertamente el Dr. Lutero, con su clara predicación del evangelio, debe ser incluido entre los que cumplen con esta visión profética. La iglesia ha escogido acertadamente los versículos 6 y 7 como lecturas bíblicas para la celebración de la Reforma; sin embargo, el escenario de esta visión es toda la era del Nuevo Testamento. Por lo tanto este enviado celestial simboliza a cada uno de los fieles testigos del evangelio, comenzando desde los escritos de Juan hasta el fin del mundo. El ángel voló “en medio del cielo” (versículo 6) para que este

mensaje fuera escuchado por “toda nación, tribu, lengua y pueblo” (versículo 6). Su evangelio es “eterno” (versículo 6) porque, aunque el tiempo de su predicación algún día terminará, el cumplimiento de sus promesas se extiende por toda la eternidad.

El mensaje del ángel es directo: “Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado” (versículo 7). El temor que pide el ángel es la reverencia que nace de la fe; no es el terror, sino el profundo respeto hacia Dios como una respuesta a las promesas de su evangelio. El salmista conocía este respeto a Dios cuando escribió: “Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado” (Salmo 130:4). Dar gloria a Dios es la forma en que los creyentes manifiestan la fe con su boca y su vida. Hay urgencia en el llamado a creer en el evangelio eterno, “porque la hora de su juicio ha llegado” (versículo 7). Esto no significa que ese día ya está aquí; más bien, que el tiempo es breve hasta que Dios juzgue a cada pecador. El arrepentimiento y la fe no se deben posponer.

El ángel les hace una súplica más generalizada a los que quizá no respondan a su claro llamado del evangelio: “Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”. Los que no sienten la necesidad de un Salvador del pecado, deben por lo menos comenzar por preguntarse acerca del origen de su existencia. Pronto se enfrentarán a su Creador. “Para que busquen a Dios, si en alguna manera, pueden hallarlo” (Hechos 17:27), y puedan aprender, antes de que sea demasiado tarde, que el Creador envió a su Hijo, al Cordero, por ellos.

El segundo ángel anunció la caída de Babilonia. Isaías también profetizó un fin parecido sentenciando a la antigua ciudad: “Cayó, cayó Babilonia, y los ídolos de sus dioses quebrantó en tierra” (Isaías 21:9). Esa metrópolis fue una magnífica ciudad de la antigüedad que conquistó a Israel, el pueblo de Dios. Pero a los doscientos años de la profecía de Isaías, la orgullosa ciudad quedó totalmente en ruinas y dejó de existir.

“Babilonia la gran ciudad” (versículo 8) simboliza a cada soberbio opresor que ha azotado a la iglesia. El ángel dijo que esta ciudad “ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de

su fornicación” (versículo 8). Intoxicados por la vanagloria y el poder, muchos se dejan llevar por la grandeza de sus instituciones al adulterio espiritual. En cambio, los elegidos “no se contaminaron con mujeres” (versículo 4), sino que la lucha constante contra ellos por parte de los enemigos de la iglesia amarga su estadía en la tierra. La inminente destrucción de los adversarios de la iglesia, que causa temor en el corazón impenitente, trae consuelo al creyente.

El primer ángel proclamó el evangelio en la época del Nuevo Testamento (versículo 6); el segundo ángel anunció el juicio venidero (versículo 8); y ahora el tercero anuncia el desenlace que tendrá este juicio. Habrá el castigo eterno para los que adoraron a la bestia (versículo 9). Se mencionaron dos bestias en el capítulo 13, la que salió del mar y la de la tierra. En esta parte, se hace referencia a la bestia de la tierra (ver 13:16), que representa la herejía destructora que afirma que de alguna forma somos capaces de salvarnos a nosotros mismos (ver 13:18).

Juan usa la ilustración del vino para describir tanto la idolatría como el castigo por la misma. Los que estando en la tierra se desviaron del camino al beber del “vino del furor” (versículo 8) de las falsas doctrinas, ahora se verán forzados a beber del “vino del furor de Dios” (versículo 10), lo que es su justa ira contra los que rechazaron a Jesús y buscaron su propia salvación por otros medios. Este vino “ha sido vaciado puro” en el día del juicio (versículo 10). La indignación de Dios contra el incrédulo se manifiesta ya en la vida terrenal (ver 9:20). Los pecadores caminan por la vida con su conciencia acusadora, sufriendo las consecuencias de su impiedad y tambaleándose bajo el peso de los juicios impuestos por Dios como advertencia para conducirlos al arrepentimiento. Pero ninguna de estas penalidades es comparable con la ira divina en la eternidad.

La muerte eterna es “el cáliz de su ira” (versículo 10). Ese cáliz es el instrumento con el que Dios le sirve al idólatra el amargo vino de su furor. El pagano “será atormentado con fuego y azufre” (versículo 10; vea 19:20; 21:8). El azufre ardiendo nos

recuerda la forma en que Dios mandó el castigo a Sodoma y Gomorra. Judas escribe: “También Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquellos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno” (Judas 7).

Con frecuencia la Biblia describe el infierno como un fuego. Jesús dijo que cada persona que se enoja contra su hermano “quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:22). El escritor de la carta a los Hebreos lo describe como “horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:27). La angustia del condenado se intensificará porque sufrirá “delante de los santos ángeles y del Cordero” (versículo 10). “Los que lo traspasaron” (1:7) tendrán que enfrentar al Salvador en el juicio. Así también los que lucharon contra el Cordero y sus santos ángeles padecerán en su presencia.

El día del juicio es final; no hay una segunda oportunidad, ni tiempo para que los enemigos de la iglesia se arrepientan. “El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. No tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen” (versículo 11). Jesús dijo que el infierno es “fuego eterno” (Mateo 18:8), lo describe como un lugar donde el fuego “no puede ser apagado” (Marcos 9:43). En el juicio, Jesús les dirá a sus enemigos: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).

De modo que los que niegan la existencia de Dios hablan en contra de las Sagradas Escrituras. Los que afirman que el infierno es aniquilación, y no castigo eterno, pasan por alto las palabras que Juan recoge del tercer ángel: “El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos” (versículo 11). “Donde hay humo, hay fuego” es un dicho que nos ayuda a entender la amenaza del ángel. Los fuegos del infierno que ocasionan tanto tormento son inextinguibles.

“Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (versículo 12). El ánimo

que Juan les da a los creyentes viene al final de los tres mensajes del ángel; los santos deben meditar en todo lo que han escuchado en esta visión; su consejo es: Sigán fieles a Jesús y aférrense al evangelio eterno, lleven con paciencia las aflicciones de los últimos días, confiando en que Dios ya ha declarado la destrucción de Babilonia. Obedezcan los mandamientos de Dios y no permitan que los marquen con la imagen de la bestia.

La voz que Juan escucha “del cielo” (versículo 13) es la misma de Jesús que en un principio le mandó a escribir (1:19). Por causa de los pacientes y sufridos santos, Jesús ofrece otro aspecto de la gloria de éstos en la eternidad: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor” (versículo 13). En una forma muy apropiada, estas palabras han sido de gran consuelo en los servicios funerarios de nuestra iglesia luterana. Los que mueren en la fe son bienaventurados por los siglos de los siglos, es decir, tienen la felicidad espiritual. Jesús prometió que dichosos son los que escuchan la palabra de Dios y la guardan (Lucas 11:28). Probar la dicha que recibimos mediante las promesas del evangelio en esta tierra resulta en la felicidad eterna perfecta. El Apocalipsis da una completa descripción de estas bienaventuranzas en los capítulos 7, 21 y 22.

El Espíritu Santo confirma las promesas que hace Jesús acerca del cielo. Jesús dijo: “Pero el Consolador, el Espíritu Santo,... os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26). El Espíritu dice que el cielo es un lugar de sosiego. En el Antiguo Testamento el Sabat, el sábado, fue el día de la semana que Dios destinó para el descanso del pueblo, siendo éste presagio de un descanso mucho más grande, que sólo Cristo puede brindar. “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios, porque el que ha entrado en su reposo, también él ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas.” (Hebreos 4:9,10). Sin embargo, esta quietud no se debe confundir con el aburrimiento y la inactividad que muchos cínicos le atribuyen a la vida celestial. Más bien, esta tranquilidad es una terminación de las fatigas de esta vida que es constantemente azotada por el pecado. El reposo celestial implica

servicio, gobierno (22:3-5) y un cantar jubiloso (ver 14:2,3).

Las obras de los santos “siguen con ellos” (versículo 13). Esto no quiere decir que Dios nos juzgará dignos de entrar al cielo de acuerdo con las obras que hayamos hecho. Podría significar que, aun después de muertos, nuestras buenas obras nos siguen en la tierra como un testimonio de nuestra fe. Sin embargo, es más probable que nuestros actos de amor nos acompañen hasta el día del juicio cuando Dios los mencione como evidencia de que creímos en Jesús para nuestra salvación. Este es el sentido en el que Jesús hizo un recuento de las buenas acciones del justo en su parábola de las ovejas y los cabritos (Mateo 25:31-46).

La sexta visión: la siega

¹⁴ Miré, y vi una nube blanca. Sentado sobre la nube, uno semejante al Hijo del hombre, que llevaba en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz aguda. ¹⁵ Y otro ángel salió del Templo gritando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: «¡Mete tu hoz y siega, porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura!» ¹⁶ El que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra y la tierra fue segada.

¹⁷ Otro ángel salió del Templo que está en el cielo, llevando también una hoz aguda. ¹⁸ Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que llevaba la hoz aguda, diciendo: «¡Mete tu hoz aguda y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras!» ¹⁹ El ángel metió su hoz en la tierra, vendimió la viña de la tierra y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. ²⁰ El lagar fue pisado fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre que llegó hasta los frenos de los caballos en una extensión de mil seiscientos estadios.

La visión de la siega es la sexta de las siete visiones. Juan vio a Jesús sentado sobre una nube blanca y sosteniendo en la mano

una hoz aguda. Como muchas de las visiones, ésta también trae gran consuelo a los santos e inspira terror en el corazón impenitente. Los creyentes esperan el regreso de su Salvador. Jesús nos dijo: “Entonces verán al Hijo del hombre que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:27,28).

En el día final seremos juzgados por alguien semejante a nosotros. Juan hace énfasis en la naturaleza humana de Jesús cuando dice que ha visto a uno “semejante al Hijo del hombre”. Pablo afirmó lo mismo cuando dijo: “Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, acreditándolo ante todos al haberlo levantado de los muertos” (Hechos 17:31). La corona de oro sobre su cabeza contrasta drásticamente con la presuntuosa diadema que portaban el dragón (12:3) y la bestia (13:1). La suya es la corona de la victoria que comparte con sus compañeros invictos, los santos (ver 4:4).

Jesús vendrá a la tierra a cortar la mies teniendo “en la mano una hoz afilada” (versículo 14). Nadie escapará, ni una sola hierba, de la hoz “aguda”. “Todo ojo lo verá” (1:7). En los versículos que siguen se describen tres ángeles que le ayudan a Jesús en la cosecha final. El número tres indica que son enviados de Dios; salieron “del Templo” (versículo 15,17) y “del altar” (versículo 18) en el cielo. Jesús dijo que regresaría “en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Marcos 8:38). En la parábola de la cizaña, Jesús explicó que “la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles” (Mateo 13:39). Los dos primeros ángeles le ayudaron a Jesús a recoger a los justos.

Con una gran voz, el primero de estos dos ángeles hace este importante anuncio: “La hora de segar ha llegado” (versículo 15). En el Apocalipsis, como en el resto de las Escrituras, el tema del inminente regreso de Jesús y el juicio final se repite. Juan el Bautista anunció la primera venida de Cristo como una señal anticipada de su siega final: “Su aventador está en su mano para

limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mateo 3:12). El tiempo para el arrepentimiento está transcurriendo; el tiempo para el regreso de Jesús vendrá pronto. Y esta urgencia se aprecia en todas las siete visiones del Apocalipsis. Las últimas palabras que el Señor le dirigió a Juan, registradas en este libro, reiteran el mismo tema: “Ciertamente vengo en breve” (22:20).

Se menciona un tercer ángel “que tiene poder sobre el fuego” (versículo 18) y es el agente de Dios para castigar a los condenados. Este ser se asemeja al que estaba de pie frente al altar con el incensario de oro (ver 8:3-5) y que llenó el incensario con el fuego del altar. Ese fuego simboliza los juicios que Dios trae sobre los impíos antes del juicio final. En contraste, este tercer ángel está a cargo del fuego del infierno.

La mención que hace Juan de la hoz, de las uvas y el lagar en relación con este tercer ángel es consistente con la profecía de Joel cuando escribió: “Meted la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el lagar está lleno, y rebosan las cubas; porque es mucha la maldad de ellos” (Joel 3:13). Las uvas son los impenitentes. El hecho de que se “vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras” (versículo 18) significa que la maldad ha llegado al límite que Dios le ha establecido. Juan explica que el lagar es “la ira de Dios” (versículo 19; vea 14:10).

La horripilante escena del castigo eterno que se describe en el versículo 20 da fe de la santidad absoluta de Dios, que no deja pasar un solo pecado. Si el pecado avanza sin arrepentimiento ni perdón, Dios los debe castigar. Para completar este cuadro de la vendimia de las uvas, Juan dice: “El lagar fue pisado fuera de la ciudad” (versículo 20; vea 11:2). Jerusalén, la ciudad santa, es un símbolo de la presencia de Dios y la morada de su pueblo. Los escritores del Antiguo Testamento usaron un lugar donde quemaban la basura fuera de la ciudad santa, como sinónimo del infierno. Cuando Jesús fue crucificado en las afueras de Jerusalén, clamó angustiado que Dios lo había abandonado. Los impíos serán castigados lejos de la presencia del Dios santo.

**LA VISIÓN DE LAS SIETE COPAS DEL FUROR
LLENAS DE LAS SIETE ÚLTIMAS PLAGAS
(15:1–16:21)**

La séptima visión: los siete ángeles con las siete plagas

15 Vi en el cielo otra señal grande y admirable: siete ángeles con las siete plagas postreras, porque en ellas se consumaba la ira de Dios.

² También vi como un mar de vidrio mezclado con fuego, y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, sobre su marca y el número de su nombre, de pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. ³ Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo:

«Grandes y maravillosas son tus obras,
Señor Dios Todopoderoso;
justos y verdaderos son tus caminos,
Rey de los santos.

⁴ ¿Quién no te temerá, Señor,
y glorificará tu nombre?,
pues sólo tú eres santo;
por lo cual todas las naciones
vendrán y te adorarán,
porque tus juicios se han manifestado.»

⁵ Después de estas cosas miré, y fue abierto en el cielo el santuario del tabernáculo del testimonio. ⁶ Del Templo salieron los siete ángeles con las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. ⁷ Uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro llenas de la ira de Dios, quien vive por los siglos de los siglos. ⁸ Y el Templo se llenó de



“Todas las naciones vendrán y te adorarán” (15:4)

humo por causa de la gloria de Dios y por causa de su poder. Nadie podía entrar en el Templo hasta que se cumplieran las siete plagas de los siete ángeles.

Así como la última trompeta de la tercera visión anunció la cuarta, también la última de las siete visiones anuncia la quinta, la visión de las plagas. En el capítulo 15 Juan ve a “siete ángeles con las siete plagas” (versículo 1). En el capítulo 16 estos ángeles derraman “sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios” (16:1).

A medida que avancemos del final de la cuarta visión al principio de la quinta, también retrocedemos en el tiempo. La cuarta visión terminó con la siega final y el castigo eterno, en tanto que la quinta visión nos regresa a la época del Nuevo Testamento antes del juicio. Las plagas de los siete ángeles son llamadas “las últimas, porque en ellas se consumaba la ira de Dios” (versículo 1). Esto significa que se encaminaban al juicio final.

En los cielos Juan vio “como un mar de vidrio” (versículo 2), que es el mismo que describió antes (ver 4:6). Sin embargo, como ocurrió con el primer mar, el significado de este último no se puede interpretar con precisión; quizás pueda representar la paz y la serenidad en la presencia de Dios. Pero, a diferencia del primer mar, éste se encuentra mezclado con fuego lo que alude a la ira y al juicio. Después de ver el primer mar, Juan continuó observando imágenes de la paz del cielo y de la gloria de Dios. Después de observar este segundo mar, Jesús revela el juicio de Dios sobre los impíos. El fuego mezclado con el mar de vidrio puede ser un reflejo de la inminente ira divina.

Puestos de pie junto al mar de vidrio están los santos en la gloria. Permanecieron fieles hasta la muerte y “han alcanzado la victoria sobre la bestia” (versículo 2; vea 13:16-18). Anteriormente, Juan dijo que el coro de ángeles sonaba como los arpistas tocando sus instrumentos (14:2). Ahora también los santos sostienen las arpas que Dios les dio y cantan un himno de victoria muy parecido al de Moisés (versículo 3) cuando guió al pueblo de Israel por el mar Rojo (Éxodo 15:1-18).

El cántico de los santos le da toda la gloria a Dios por la victoria. En ese sentido también es el “cántico del Cordero” (versículo 3). Así como Dios ganó su victoria en el mar Rojo mediante su siervo Moisés, también ganó la victoria sobre la bestia a través de Jesús su siervo, el Cordero. Los triunfantes en los cielos alaban a Dios porque es omnipotente, cantando: “Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (versículo 3).

Cuando terminó la canción de los santos, Juan vio siete ángeles con siete plagas que salían del santuario del tabernáculo del testimonio (versículos 5,6). Esta es otra analogía de la presencia de Dios, sacada del Antiguo Testamento. Hasta ahora, el Templo de Salomón en Jerusalén había simbolizado la presencia de Dios en la visión de Juan; pero esta vez ve el Tabernáculo, la tienda que iba de lugar en lugar y servía de iglesia, que Moisés construyó para el pueblo de Dios en el desierto.

Los ángeles visten una ropa de lino limpio resplandeciente que los identifica como siervos del Dios santo. Y los cintos de oro que llevan demuestran que son los enviados reales al servicio del Rey. Una vez que estos seres angelicales estuvieron fuera del Tabernáculo, uno de los cuatro seres vivientes les dio siete copas llenas de la ira de Dios (versículo 7). Los cuatro seres simbolizan todo el mundo creado (ver 4:6-9). En el siguiente capítulo veremos que todas las copas de la ira de Dios afectan a la creación.

En la visión de Juan, el Templo se llenó de humo (versículo 8), como ocurrió en la visión de Isaías (Isaías 6:4). Juan explica que el humo vino “por causa de la gloria de Dios, y por causa de su poder” (versículo 8). La gloria de Dios es su fidelidad amorosa a sus promesas. Él puede ejercer esa fidelidad al salvar y proteger a su pueblo o al juzgar y castigar a sus enemigos. El reflejo del mar de vidrio mezclado con fuego (ver versículo 2) puede haber sido una señal de que la gloria y el poder de Dios están por volcar su ira sobre sus enemigos. El juicio divino ha sido determinado; a nadie se le permite entrar en el Templo para interceder o pedirle a Dios que desista de su intento.

Las primeras cinco copas

16 Entonces oí desde el Templo una gran voz que decía a los siete ángeles: «Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.»

² Fue el primero y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y que adoraban su imagen.

³ El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto, y murió todo ser viviente que había en el mar.

⁴ El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. ⁵ Y oí que el ángel de las aguas decía:

«Justo eres tú, Señor,
el que eres y que eras, el Santo,
porque has juzgado estas cosas.
⁶ Por cuanto derramaron la sangre
de los santos y de los profetas,
también tú les has dado a beber sangre,
pues se lo merecen.»

⁷ También oí a otro, que desde el altar decía:
«¡Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son
verdaderos y justos!»

⁸ El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual le fue permitido quemar a los hombres con fuego. ⁹ Los hombres fueron quemados con el gran calor y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.

¹⁰ El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas. La gente se mordía la lengua por causa del dolor ¹¹ y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.

Los siete ángeles que se presentaron en el capítulo anterior ahora son enviados con esta misión: “Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios” (versículo 1). Una voz desde el Templo les ordena vaciar su contenido; más tarde, ésta es identificada como la voz “del trono” de Dios (versículo 17). Aunque muchas de las señales del último día parecen desastres naturales, todas son enviadas por la voluntad divina.

Las siete copas del furor de Dios tienen mucha semejanza con las siete trompetas de la tercera visión (8:6–9:21). Las primeras cuatro copas de la ira, al igual que las primeras cuatro trompetas, predicen desastres naturales que conducen al día del juicio. Esas cuatro copas también nos recuerdan algunas de las plagas que Dios le anunció a Egipto por medio de Moisés (Éxodo 7–11).

El primer ángel derramó su copa sobre la tierra (versículo 2). Los que adoraron a la bestia (ver 13:16-18) fueron afligidos con dolorosas úlceras, lo que puede simbolizar las consecuencias naturales que el pecado trae sobre el impío. La bestia representa la influencia que tiene el diablo por medio de los gobiernos del mundo y las falsas doctrinas de las religiones que enseñan la salvación por las obras. Estas llagas dolorosas son las decepciones y las frustraciones que vienen a los impíos cuando les fallan sus supuestos salvadores humanos en los que depositaron su confianza.

El segundo ángel derramó su copa con el furor de Dios sobre el mar (versículo 3). El tercero derramó su cáliz sobre los ríos (versículo 4). En ambos casos las aguas se convirtieron en sangre. Los desastres ambientales no deben ser tomados como juicios que caen sólo sobre los que administran mal la tierra; el deterioro de los recursos vitales de la tierra (como el agua) es un recordatorio para todos los impíos de la naturaleza destructora del pecado. “La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza” (Romanos 8:20). La destrucción gradual y progresiva del medio ambiente no sólo se debe a fenómenos naturales, sino que también son recordatorios

intencionales de la ira de Dios contra un mundo destinado al juicio final.

El ángel que fue encargado de las aguas fue el que Dios envió a derramar su ira sobre los ríos y demás fuentes acuíferas. El agua es un elemento indispensable para la vida sobre la tierra; tras la terrible destrucción natural, este emisario de Dios defiende la justicia divina al llevar a cabo este juicio cuando dice: “Justo eres tú, Señor, ... porque has juzgado estas cosas” (versículo 5). Si tratáramos de juzgar a Dios por los desastres naturales que permite, nunca entenderíamos su justicia; siempre debemos considerar la equidad divina en el contexto de sus planes eternos. Cada tribulación que él permite que ocurra en el mundo natural es enviada para el fortalecimiento de la fe de sus santos y para inducir al impío al arrepentimiento. Dios administra su justicia del mismo modo. Las aguas ensangrentadas son un juicio apropiado para aquellos que “derramaron la sangre de los santos y de los profetas” (versículo 6). Para los que rechazan el perdón que Dios ofrece en el evangelio, sólo queda la justicia de “vida por vida” que demanda su recta y santa ley (Deuteronomio 19:21).

Desde el altar salió la voz de otro ángel alabando la equidad de Dios (versículo 7). Del altar procede la justicia punitiva de Dios. En la visión de las siete trompetas, el ángel llenó el incensario con fuego del altar y lo arrojó a la tierra (8:5). En las siete visiones, el ángel que estaba a cargo del fuego vino del altar (14:18). Juan dice que él escuchó a otro hablar “desde el altar” (versículo 7), o sea, la voz de un ángel que vino del altar. Éste es el enviado de Dios que ejecuta el veredicto contra el impío.

“El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol” (versículo 8); que no se oscureció como ocurrió en la cuarta trompeta (8:12); en esta ocasión, se intensificó hasta el grado que “los hombres fueron quemados con el gran calor” (versículo 9). En las profecías de Jesús acerca de los últimos días, Mateo y Marcos registran que el sol se oscurecerá; pero Lucas, describiendo las predicciones generales que nuestro Señor hace acerca de las conmociones celestiales, escribe: “Habrá señales en el sol, en la luna y en las

estrellas... porque las potencias de los cielos serán conmovidas” (Lucas 21:25,26). Cualquier perturbación en la fuente de calor que abastece a la tierra tiene consecuencias terribles para toda la vida en el planeta.

Pese a los terrores que causan los desastres naturales, Dios en su amor usa estos juicios para sacudir al impío de su complacencia. Sin embargo, a medida que nos acerquemos al fin y Dios despliegue más su enojo, los impíos endurecerán más su corazón y menos serán los que se arrepentirán. Juan escribe: “Blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas” (versículo 9). Los pecadores endurecidos se ven forzados a reconocer que la voluntad divina está detrás de los desastres naturales. Empeñados en salvarse por sí mismos, se niegan a arrepentirse y a darle la gloria a Dios por su salvación. Y aun así, maldicen el nombre de Dios, que es su reputación para redimir a los pecadores mediante la sangre del Cordero.

El ángel que tenía la quinta trompeta trajo angustia para “los hombres que no tienen el sello de Dios sobre sus frentes” (ver 9:4). La quinta copa trae el juicio sobre esas mismas personas. En el capítulo 13 se mencionan dos bestias, pero aquí Juan describe lo que ocurrió en el “trono” y en el “reino” de una de ellas, lo que sugiere que la primera bestia representa a los gobiernos del mundo manipulados por Satanás. “Su reino se cubrió de tinieblas” (versículo 10) significa que, al final, las potencias mundiales gubernamentales no cumplirán con las cosas por las cuales eran adoradas, porque será obvio para todos que esas potencias son incapaces de traer la paz mundial y la justicia social, es decir, de crear un paraíso terrenal.

Los que confiaron en sí mismos, en la “Madre Tierra” y en los poderes mundiales para darles la felicidad, han visto a sus ídolos destruidos por las primeras cinco copas. Su agonía va en aumento; sufren de una “úlceras maligna y pestilente” (versículo 2), que es la consecuencia natural del pecado. Su mundo físico ha sido arrasado por los desastres naturales; sus gobernantes seculares, satánicos, han demostrado su impotencia. Aun así,

necios en su corazón, persisten en la incredulidad “y no se arrepintieron de sus obras” (versículo 11). Aunque ven la mano de “potestad” de Dios en estas tribulaciones (versículo 9), rechazan el perdón que él ofrece en el nombre del Cordero.

La sexta copa: la batalla de Armagedón

¹² El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates, y el agua de éste se secó para preparar el camino a los reyes del oriente.

¹³ Vi salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos semejantes a ranas. ¹⁴ Son espíritus de demonios, que hacen señales y van a los reyes de la tierra en todo el mundo para reunirlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso.

¹⁵ «Yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, no sea que ande desnudo y vean su vergüenza.»

¹⁶ Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.

La sexta y la séptima copas de la ira describen la época del Nuevo Testamento poco antes del juicio final, cuando el corazón de los impíos se endurece por completo. No se menciona arrepentimiento alguno después de la quinta copa; sólo los elegidos de Dios permanecen fieles. Jesús nos advierte: “Por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:12)

Continúa el paralelo entre las visiones y las copas. Al sonido de la sexta trompeta se escucha una voz diciendo: “Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates” (9:14). Y ahora “el sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates” (versículo 12). Los reinos ubicados en el área de este río fueron los enemigos acérrimos de Israel en la época del Antiguo Testamento; ahora en la visión de Juan, el mismo río es sinónimo

de los grandes adversarios de la iglesia del Nuevo Testamento.

Se describe una unión nefasta entre los “tres espíritus inmundos” de la visión de Juan (versículo 13), que tenían la apariencia de ranas porque procedían del río Éufrates. Uno de estos espíritus inmundos salió de la boca del dragón, Satanás (12:9); el segundo salió de la boca de la bestia, que corresponde a la primera bestia del capítulo 13; pero aquí se describe a este animal como la alianza de los monarcas del oriente y “los reyes de la tierra en todo el mundo” (versículo 14). Todos los gobiernos del mundo se pondrán cada vez más al servicio del demonio.

El tercer espíritu inmundo salió de la boca del falso profeta, la segunda bestia del capítulo 13, que predica la salvación mediante los esfuerzos del hombre, es decir, mediante sus obras, su mundo y sus gobiernos humanos. La interrelación de las escenas que se describen en la visión de Juan destaca un punto importante: los enemigos de la iglesia pueden adoptar muchas formas, pero tienen el mismo origen. Las dos bestias del capítulo 13 son aliadas de Satanás que, unidas a la bestia y al falso profeta, trabajan juntos en esta visión. Las mentiras que predicán los tres espíritus inmundos y los milagros engañosos que llevan a cabo, se hacen con el único propósito que tiene Satanás de destruir la iglesia. Todos estos falsos portentos tienen como objetivo “reunir” a los enemigos de Dios, para “la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (versículo 14).

Jesús interpone una breve advertencia en la descripción que Juan hace de la sexta copa: “Yo vengo como ladrón” (versículo 15). Aunque no es presentado en esta visión, sabemos que Jesús es quien habla, ya que lo hizo antes (Mateo 24:43), y lo hará de nuevo (Apocalipsis 22:12). Tanto Pablo como Pedro escriben que “el día del Señor vendrá así un ladrón en la noche” (1 Tesalonicenses 5:2; 2 Pedro 3:10). Esta intervención de Jesús no es una invitación para que el impío se arrepienta en ese día; sus palabras se dirigen a los lectores de Juan durante toda la era del Nuevo Testamento.

El Señor nos exhorta a velar (versículo 15). Esa es una exhortación a evitar las tentaciones de Satanás que vienen en formas diversas y engañosas. “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41). Estar velando en lo espiritual nos resguarda de perder la fe. Jesús compara aferrarse a la fe con tener nuestros vestidos siempre listos y a la mano. Nuestros “vestidos” son las ropas blancas de la justicia de Jesús con que él viste a sus santos (ver 3:4-6; 18). Sólo su justicia puede cubrir la desnudez de nuestro pecado; así no seremos vergonzosamente expuestos en el juicio que profetiza este cáliz.

Juan regresa a la descripción que hace de la sexta copa. Los tres espíritus inmundos reúnen a los reyes de la tierra en Armagedón. Los milenialistas en vano han tratado de asignarle fechas específicas y poderes políticos a este versículo bíblico; en más de una ocasión han quedado en ridículo cuando han predicho el fin del mundo sin que nada ocurra. Debemos recordar que Juan ha estado hablando en forma figurada a lo largo de esta visión. Asociamos Armagedón con el monte Carmelo en el valle que está al norte de Jerusalén, donde Elías derrotó a los adoradores de Baal, el dios de los paganos (1 Reyes 18:19-40). De esto deducimos que Armagedón no es un lugar o un tiempo en la historia donde habrá una confrontación militar entre los creyentes y sus enemigos. Más bien, Armagedón simboliza la resistencia obstinada y unida, con la que los enemigos de Dios lo enfrentarán en el día del juicio. A continuación se describe la visión de la copa que prevé ese día.

La séptima copa: el fin del mundo

¹⁷ El séptimo ángel derramó su copa por el aire. Y salió una gran voz del santuario del cielo, desde el trono, que decía: «¡Ya está hecho!» ¹⁸ Entonces hubo relámpagos, voces, truenos y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande cual no lo hubo jamás desde que los hombres existen

sobre la tierra. ¹⁹ La gran ciudad se dividió en tres partes y las ciudades de las naciones cayeron. La gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. ²⁰ Toda isla huyó y los montes ya no fueron hallados. ²¹ Del cielo cayó sobre los hombres un enorme granizo, como del peso de un talento. Y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo, porque su plaga fue sumamente grande.

La gran voz de Dios salió “del santuario... que decía: ¡Ya está hecho!” (versículo 17), confirmando así que esta visión describe el último día, el día del juicio. Con esta séptima copa, se han derramado todas las copas de su ira. La paciencia de Dios se ha agotado. Han expirado todos los drásticos intentos por traer a los impíos al arrepentimiento. Esta copa no se derrama sobre la tierra, ni en el mar, ni en los ríos, ni en el sol; tampoco sobre los tronos de los poderes terrenales, ni en el asiento de los enemigos de Dios, se vierte en el aire, demostrando así que la ira divina sobreviene a todo ser viviente y a todas las cosas que hay bajo el cielo.

Muchos escritores ven los eventos de los versículos 17 a 21 como acontecimientos que ocurren poco antes del último día. Para ellos los versículos describen una serie de acontecimientos que terminan mientras los impíos continúan maldiciendo a Dios (versículo 21). Sin embargo, Juan no da pista alguna sobre el paso del tiempo después de que Dios anuncia que ya se ha completado su ira. Juntos, todos estos versículos describen la rápida destrucción de la tierra. Pedro escribe: “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10). Todos estos portentos ocurren en ése momento, en el día final.

Así como ocurrió en el monte Sinaí, truenos y relámpagos aparecen en el Apocalipsis como señales de la santidad de Dios. “El gran terremoto” (versículo 18; 11:13) no es como muchos otros

que han ocurrido (Mateo 24:7) advirtiendo la venida del día del juicio. Ningún cataclismo como éste ha ocurrido antes; esta es una de las fuerzas destructivas que Dios usará para traer el fin del mundo en el último día. El sismo dividió a la ciudad en tres partes (versículo 19). La gran ciudad es la ciudad santa; tanto aquí, como en el capítulo 11, Jerusalén es el lugar donde la iglesia sostiene su lucha contra sus enemigos. El número 3 es el número de Dios; en el último día él destruirá Jerusalén y todas las ciudades de la tierra.

“La gran Babilonia vino en memoria” (versículo 19), es decir, Dios se acordó de todas las falsas enseñanzas y la idolatría que los enemigos de su iglesia perpetraron (ver 14:8). Estas palabras describen el día del juicio, no el fin de los tiempos antes del juicio. Juan, dejando atrás la descripción de los cálices de la Ira de Dios, regresa al “cáliz del vino del ardor de su ira” (versículo 19). Esta es la imagen que el tercer ángel utilizó para describir el último castigo de los que adoran a la bestia (14:9,10). Los enemigos de la iglesia serán forzados a beber hasta la última gota de la copa de la ira de Dios. Esta no es una advertencia al arrepentimiento. Es una profecía del castigo eterno, el tormento “con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero” (14:10).

La destrucción total del mundo acompaña la aniquilación final de los enemigos de la iglesia. “Toda isla huyó, y los montes ya no fueron hallados” (versículo 20); la tierra, tal como la conocemos, desaparecerá. El horror de esta terrible hecatombe aparecerá en forma de enormes granizos para los incrédulos; Ezequiel también describe la devastadora ira de Dios como granizo (Ezequiel 13:11,13). La respuesta natural de los que se encuentran sin esperanza en el juicio es maldecir a Dios, pero en ese mismo día se verán obligados a dar, en contra de su voluntad, “gloria al Dios del cielo” (11:13). Entonces toda rodilla se doblará ante el nombre de Jesús “de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra” (Filipenses 2:10).

“Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el

cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:11-13).

LA VISIÓN DE CRISTO Y DEL ANTICRISTO (17:1-19:21)

La gran ramera

17 Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas y habló conmigo, diciendo: «Ven acá y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas. ² Con ella han fornicado los reyes de la tierra, y los habitantes de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación».

³ Me llevó en el Espíritu al desierto, y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. ⁴ La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, adornada de oro, piedras preciosas y perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación. ⁵ En su frente tenía un nombre escrito, un misterio: «Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra.»

⁶ Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús.

Cuando la vi quedé asombrado con gran asombro.

⁷ El ángel me dijo: «¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la cual tiene siete cabezas y diez cuernos. ⁸ La bestia que has visto era y no es, y está para subir del abismo e ir a perdición. Los habitantes de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será.

⁹ »Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes sobre los cuales se sienta la mujer, ¹⁰ y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es y el otro aún no ha venido, y cuando venga deberá durar breve

tiempo. ¹¹ La bestia que era y no es, es también el octavo, y es uno de los siete y va a la perdición. ¹² Los diez cuernos que has visto son diez reyes que aún no han recibido reino; pero recibirán autoridad como reyes por una hora, juntamente con la bestia. ¹³ Estos tienen un mismo propósito: entregarán su poder y autoridad a la bestia. ¹⁴ Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles.»

¹⁵ También me dijo: «Las aguas que has visto, donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. ¹⁶ Y los diez cuernos que viste, y la bestia, aborrecerán a la ramera, la dejarán desolada y desnuda, devorarán sus carnes y la quemarán con fuego. ¹⁷ Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo y dar su reino a la bestia hasta que se hayan cumplido las palabras de Dios. ¹⁸ Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.»

Uno de los ángeles de la visión de las copas le presenta la siguiente imagen a Juan: Cristo y el Anticristo. Esta es la sexta visión del Apocalipsis, y aunque describe muchas tribulaciones para la iglesia, el ángel revela el propósito amoroso de Jesús al darle esta visión. Dice en el versículo uno: “Te mostraré la sentencia contra la gran ramera”. Ante la más enconada oposición, el deseo de Jesús para su iglesia es que sepa que él ha garantizado la victoria sobre sus enemigos.

El capítulo 17 identifica a la gran ramera, el capítulo 18 predice su caída y destrucción, y el capítulo 19 deja entrever el himno de victoria que entonarán los santos luego del triunfo de Cristo.

La gran prostituta se encuentra sentada sobre muchas aguas (versículo 1). El ángel explica el significado de esas aguas en el versículo 15: “Las aguas que has visto donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”. “Donde se

sienta la ramera” significa que ella ocupa una posición de autoridad, que utiliza para influir en todo el mundo. “Los habitantes de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación” (versículo 2). Anteriormente, Juan había dicho que Babilonia había “hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación” (ver 14:8). Este adulterio no es pecado sexual sino la infidelidad espiritual (ver 14:8). La mayoría de los habitantes de la tierra se “embriagarán” con las enseñanzas de esta iglesia infiel.

Con esta ramera “han fornicado los reyes de la tierra” (versículo 2). Es la misma alianza impía de las dos bestias que se describen en el capítulo 13. La prostituta es la falsa iglesia que predica salvación mediante las obras humanas. Como la salvación por obras es la religión natural del hombre, los gobiernos seculares encuentran fácil la asociación con esta mujer. A través de la época del Nuevo Testamento, a las iglesias que hacen énfasis en la obediencia legal para la salvación les ha quedado fácil mezclar el estado y la iglesia. Esta última comete flagrante adulterio contra Cristo cuando se asocia estrechamente con el gobierno civil.

Con el fin de pintar un retrato más detallado de esta mujerzuela, el ángel llevó a Juan “al desierto” (versículo 3). El lenguaje del apóstol es figurado, pues el Espíritu Santo no lo llevó físicamente, sino “en espíritu” (ver 1:10; 4:2) para hacerle imaginar un desierto. Había una mujer “sentada sobre una bestia escarlata” (versículo 3). En una visión anterior, la mujer que estaba en el desierto (12:6,14) era la verdadera iglesia de Jesús. La mujer de esta visión se parece a la de la primera en que también es mujer. Las dos están en el desierto, es decir, el mundo de la era del Nuevo Testamento; las dos profesan exteriormente que se adhieren Cristo. En ciertos aspectos, la falsa iglesia siempre se parecerá a la verdadera y fiel iglesia de Cristo.

Sin embargo, pronto llega a ser claro que la mujer de esta visión no es lo que parece ser. Estaba “sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos” (versículo 3). El escarlata es el color de la realeza.

La bestia está marcada con siete cabezas y diez cuernos, las mismas señales que portaba la bestia del mar en el capítulo 13. Esta mujer tiene autoridad sobre la bestia, que es otra imagen de la impía iglesia y su asociación con el estado que promueve la salvación por las obras. Los nombres blasfemos que porta revelan que no glorifica la gracia de Dios en Jesús.

La iglesia impostora e infiel, es una iglesia opulenta. La mujer estaba “adornada de oro, piedras preciosas y perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación” (versículo 4). La riqueza indujo a la iglesia de Laodicea a la indiferencia y a la falsa doctrina (3:14-18), pero aquí tenemos lo opuesto. La ramera creció en prosperidad mediante sus falsas enseñanzas y las influencias que adquirió en su relación con los poderes mundiales. Además, despliega su descarada actitud al llevar su nombre sobre la frente. Se ufana de estar casada con Cristo, pero por sus falsas enseñanzas muestra que se ha vendido a las filosofías mundanas.

Las falsas doctrinas siempre se sirven en copa de oro, en tanto que Cristo crucificado es “tropezadero” y “locura” (1 Corintios 1:23). Por otra parte, el evangelio social promete ilusiones al ofrecer una vida mejor en este mundo. Enseñar la auto dependencia, así como la promoción de los logros humanos, le permite a la iglesia ficticia sentarse sin la menor vergüenza con los ricos y los poderosos; a sabiendas de que beber de esta copa dorada envenena su relación con Cristo. Los que se aferran a la cruz reconocen con Juan que las doctrinas de esta entidad religiosa son “abominaciones” (versículo 4) que nos involucran en la inmundicia de su “adulterio” (versículo 4).

En un lugar prominente, como lo es la frente, la mujer porta el título que la identifica como “Babilonia la Grande” (versículo 5). Juan ya ha identificado a esta ciudad como la gran enemiga de la iglesia de Cristo y de la cual predijo su destrucción (14:8). Su desvergonzada asociación con los poderes seculares la marca como una prostituta. De hecho, es “la madre de las ramera” (versículo 5), la peor de todas. Sin estar satisfecha con serle infiel

a Cristo, engendra y entrena a otras para que también sean desleales a su Salvador. Debe vérselo como lo que sus acciones pregonan que es la madre de “las abominaciones de la tierra” (versículo 5). Debe considerársele la figura más detestable, y repulsiva para aquellos que buscan la salvación.

El “misterio” es que ella no sea vista como tal. Sus desvergonzadas mentiras la hacen aun más engañosa. La iglesia impostora usa el nombre de Jesús, pero hace énfasis en lo que debe hacer el hombre para merecer la gracia de Dios. Pablo usó la misma palabra griega cuando advirtió que ya estaba en acción “el misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7). “Dios les envía un espíritu engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:11). Sin embargo, el misterio será revelado. Pese a sus supercherías, escribe Pablo, el hombre inicuo será revelado por lo que realmente es. Jesús lo destruirá “con el espíritu de su boca” (2 Tesalonicenses 2:8). A medida que avance esta visión, veremos que la ramera también será revelada y destruida.

Juan vio a “la mujer ebria con la sangre de los santos” (versículo 6). Recordemos que él les escribió a los cristianos que eran perseguidos, le pidió a la congregación de Esmirna que fuese “fiel hasta la muerte” (2:10). Sus primeros lectores sabían que la iglesia falsa no se contentaría con destruir sólo el alma. Unida a los poderes seculares, busca la muerte de los santos. En nuestros votos matrimoniales hemos prometido ser fieles hasta que la muerte nos separe. Sin embargo, ni la muerte puede separar a la novia, que es la iglesia, de Cristo, su amado.

El mismo Juan conocía en carne propia la persecución porque escribió el Apocalipsis en el exilio. La ramera y la bestia lo enviaron al exilio “por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo” (1:9). En la misma forma, la mujer de esta visión podía reconocer a los santos y matarlos por ser “mártires de Jesús” (versículo 6). Incluso en nuestros días, los que buscan la justificación mediante sus propias obras pueden identificar a los que han sido justificados por la fe en Cristo. A través de su vida, los creyentes dan testimonio de Jesús.

Juan estaba horrorizado ante la terrible visión de la ramera. Cuando el ángel se dio cuenta de ello, comenzó a explicarle el misterio de la mujer y de la bestia (versículo 7). Anteriormente, los cuatro seres vivientes describieron al Dios Todopoderoso: “El que era, el que es, y el que ha de venir” (4:8). El ángel le explica: “La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo” (versículo 8). La bestia con las siete cabezas pretende que es como Dios, pero no lo es. A diferencia del inmutable y sempiterno Dios, la bestia aparecerá, desaparecerá y de nuevo aparecerá, pero al final Dios la destruirá.

Aquellos, “cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo” (versículo 8), se dejarán engañar por las pretensiones de divinidad de la bestia. Cada vez que ésta aparezca en alguna etapa de la historia, la mayoría del mundo se maravillará por su capacidad de recuperación. Aunque las Escrituras y la historia prueban que será destruida, la gente se impresionará por su poder. La bestia representa al poder secular que se encuentra bajo el control de Satanás; es idéntica a la bestia del mar (ver 13:1-8), que une sus fuerzas con la ramera, la iglesia ficticia. Los cristianos pueden esperar que este diabólico dueto se levante una y otra vez para hacerle daño a la iglesia verdadera de Cristo.

Para identificar a la mujer se requiere de una “mente que tenga sabiduría” (versículo 9). Al final del capítulo 13 (versículo 18), Juan también pide entendimiento. La falsa iglesia, representada aquí por la mujer, fue descrita allí como la bestia que sale de la tierra. La visión de Jesús describe e identifica una y otra vez a este gran enemigo de su iglesia porque sus engaños caracterizan las condiciones espirituales de los últimos días. Para permanecer fieles a Jesús es necesario que el pueblo de Dios sea capaz de reconocer a este enemigo. Jesús nos advierte: “Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: ‘Yo soy el Cristo’; y a muchos engañarán” (Mateo 24:4,5).

Luego de pedir sabiduría, el ángel termina la descripción de la ramera y de la bestia. En el capítulo 13, versículo 1, y también

en el versículo 3 de este capítulo, ase describe a la bestia con siete cabezas; ahora el ángel explica que las siete cabezas son “siete montes sobre los cuales se sienta la mujer” (versículo 9).

Algunos entienden que la bestia corresponde literalmente a los siete montes de Jerusalén, que eran la sede del sanedrín. Esta entidad gubernamental estaba constituida por los farisaicos líderes judíos que condenaron el ministerio de Jesús y provocaron su muerte. Jerusalén también fue la sede de los judaizantes que persiguieron a las congregaciones cristianas en Asia Menor exigiendo que los nuevos gentiles cristianos se circuncidaran y que obedecieran las ceremonias que se prescriben en el Antiguo Testamento.

La ciudad de Roma también se encuentra asentada sobre siete colinas. Muchos escritores están convencidos de que Juan está describiendo al gobierno romano, que en esa época perseguía a los cristianos. Algunos de sus emperadores exigían que los veneraran como dioses, y mataban a los cristianos que no los adoraban. Más tarde, la iglesia romana llegó a ser una aliada del gobierno romano. El papado, hasta el día de hoy, conserva en Roma el centro de su autoridad. Esta alianza impía entre la iglesia y el estado es la responsable de siglos de falsa doctrina, al mezclar los dogmas de Cristo con las exigencias de los logros humanos. En ocasiones, Roma persiguió a los “mártires de Jesús” (versículo 6), quemando en el poste de una hoguera a los cristianos como Juan Hus y Juan Wycliff y asesinando a los hugonotes.

No hay duda de que las siete cabezas de la bestia señalan a Jerusalén y a Roma, pero el número siete se usa en forma figurada en el Apocalipsis. Este número tal vez significa la obra de gracia de Dios entre los hombres en la tierra, o representa a los que sólo pretenden estar haciendo la obra del Señor (ver 12:3). Aquí, el número siete es un compendio de todos los gobiernos seculares que afirman que poseen derechos divinos y se asocian con la falsa iglesia. Jerusalén y Roma son dos ejemplos destacables, aunque no son las únicas que simbolizan los siete montes.

Las verdades sobre los siete montes son las mismas sobre los siete reyes que personifican la alianza de los poderes terrenales con la iglesia falsa. El número siete no apunta a siete reyes o reinos específicos, sino que más bien destaca las formas engañosas en que ciertas naciones afirman que tienen derechos y poderes divinos. Juan dice que cinco de estos reyes han caído (versículo 10). El número 10 significa el límite puesto por Dios (ver 2:10; 12:3), y el cinco es la mitad de ese límite. Así pues, los cinco monarcas que han caído tipifican a los cinco poderes mundiales desaparecidos en los tiempos del Antiguo Testamento y las restricciones que impone Dios sobre potencias terrenales opresoras del Nuevo Testamento.

Los números que se les asignan a los reyes en esta visión no representan naciones específicas, sino que describen la *naturaleza* general de todas ellas. Las siete cabezas y los diez cuernos le pertenecen a la bestia que monta la ramera. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, todos los gobiernos que están bajo la influencia de Satanás, comparten las mismas características; todos tienen “un mismo propósito, y entregarán su poder y autoridad a la bestia” (versículo 13). Ayudan y secundan a la iglesia ficticia asegurando tener un derecho divino, aunque están limitados por Dios. Aparecerán y desaparecerán simultáneamente de la historia.

Los dos reyes que siguen a los primeros cinco tienen las mismas peculiaridades. Uno ya está actuando (versículo 10), pero al igual que la bestia, pronto se dirá de él que “era, y no es” (versículo 8). Después aparecerá el séptimo rey, pero aparecerá sólo “por un poco de tiempo” (versículo 10); es como la bestia misma que viene y va en su relevancia mundial y “es uno de los siete” (versículo 11).

Cuando Juan recibió esta visión leemos que diez reyes “aún no han recibido reino” (versículo 12), es decir, estos son las potencias terrenales que le sirven a la bestia en la era del Nuevo Testamento. El número diez no señala a ningún poder mundial específico durante los últimos dos mil años; más bien, les asegura

a los creyentes que Dios limita el tiempo de poder de dichos gobiernos. Los refrena firmemente cuando tratan de dañar a los santos (versículo 17) y es por su voluntad divina que les permite ejercer autoridad sólo “por una hora” (versículo 12).

A pesar de las evidencias externas que parecen rodearlos e indicar lo contrario, los creyentes de cada época pueden confiar en que su Salvador controla los eventos de la historia. “Porque es Señor de señores y Rey de reyes” (versículo 14). Aunque la bestia está luchando “contra el Cordero” (versículo 14), sabemos que “el Cordero los vencerá” (versículo 14). Mediante su humillación y su sufrimiento, Jesús compró nuestra gloria eterna y él permanecerá a nuestro lado en medio de las tribulaciones terrenales hasta el día en que nos entregue esa gloria. “Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 Pedro 4:13). La fe es la evidencia de lo que no se ve. En medio del breve período triunfal de la bestia y la ramera, esperamos la victoria final de Jesús. Cuando Cristo regrese los que están con él serán los “llamados, elegidos y fieles” (versículo 14).

Aun antes de la victoria final de Cristo sobre la bestia y la falsa iglesia, la madre de las rameras sufrirá un severo revés. La iglesia impostora gozará de la admiración de las multitudes por un largo tiempo. La prostituta se sienta y ocupa una impresionante posición sobre “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” (versículo 15); pero luego sus corruptos aliados se volverán contra ella: “Y los diez cuernos que viste, y la bestia, éstos aborrecerán a la ramera” (versículo 16). La bestia la dejará “desnuda” (versículo 16); será expuesta por lo que es, y entonces la bestia la destruirá. El cumplimiento de esta profecía se puede ver en nuestros días cuando los gobiernos ateos se oponen no sólo a la verdadera iglesia, sino también a la falsa iglesia. No quieren que se mencione entre ellos el nombre de Cristo, ni siquiera desean escuchar el énfasis moralizador que predica esta entidad impostora sobre las buenas obras.

Todo esto ocurre de acuerdo con el plan y el permiso de Dios; es él quien limita el poder de los diez reyes y pone “en sus corazones el ejecutar lo que él quiso” (versículo 17). En los días más aciagos de la iglesia verdadera, los santos saben “que a los que aman a Dios, todas las cosas ayudan a bien” (Romanos 8:28). Y mientras que la iglesia falsa traiciona a Cristo, se ufana de su influencia y se asocia con el poder secular, Dios sigue en control. Al final no son los engaños del diablo, ni el poder de la bestia, ni las mentiras de la mujer lo que prevalece. “Hasta que se hayan cumplido las palabras de Dios” (versículo 17).

El ángel aporta una última identificación de la mujer: “Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra” (versículo 18). Cuando comparamos este versículo con las visiones anteriores, vemos que la “gran ciudad” es Babilonia, que representa la combinación de fuerzas anticristianas en el mundo (14:8; 16:19; 17:5; 18:2,10). La mujer que monta a la bestia es el poder que está detrás de esta fuerza. Nuestra idea de poder agradar a Dios por nuestros propios esfuerzos es una mentira y nos separa de Cristo, socavando su evangelio salvador.

La caída de Babilonia

18 Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas y habló conmigo, diciendo: «Ven acá y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas. ² Con ella han fornicado los reyes de la tierra, y los habitantes de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación».

³ Me llevó en el Espíritu al desierto, y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. ⁴ La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, adornada de oro, piedras preciosas y perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación. ⁵ En su frente tenía un nombre escrito, un misterio:

«Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra.»

⁶ Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús.

Cuando la vi quedé asombrado con gran asombro.

⁷ El ángel me dijo: «¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la cual tiene siete cabezas y diez cuernos. ⁸ La bestia que has visto era y no es, y está para subir del abismo e ir a perdición. Los habitantes de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será.

⁹»Esto, para la mente que tenga sabiduría: Las siete cabezas son siete montes sobre los cuales se sienta la mujer, ¹⁰ y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es y el otro aún no ha venido, y cuando venga deberá durar breve tiempo. ¹¹ La bestia que era y no es, es también el octavo, y es uno de los siete y va a la perdición. ¹² Los diez cuernos que has visto son diez reyes que aún no han recibido reino; pero recibirán autoridad como reyes por una hora, juntamente con la bestia. ¹³ Estos tienen un mismo propósito: entregarán su poder y autoridad a la bestia. ¹⁴ Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles.»

¹⁵ También me dijo: «Las aguas que has visto, donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. ¹⁶ Y los diez cuernos que viste, y la bestia, aborrecerán a la ramera, la dejarán desolada y desnuda, devorarán sus carnes y la quemarán con fuego. ¹⁷ Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo y dar su reino a la bestia hasta que se hayan cumplido las palabras de Dios. ¹⁸ Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.»

¹ Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria. ² Clamó con voz potente, diciendo:

**«¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia!
Se ha convertido en habitación de demonios,
en guarida de todo espíritu inmundo
y en albergue de toda ave inmunda y aborrecible,
³ porque todas las naciones han bebido
del vino del furor de su fornicación.
Los reyes de la tierra han fornicado con ella
y los mercaderes de la tierra se han enriquecido
con el poder de sus lujos sensuales.»**

⁴ Y oí otra voz del cielo, que decía:

**«¡Salid de ella, pueblo mío,
para que no seáis partícipes de sus pecados
ni recibáis parte de sus plagas!,
⁵ porque sus pecados han llegado hasta el cielo
y Dios se ha acordado de sus maldades.**

**⁶ Dadle a ella tal como ella os ha dado
y pagadle el doble según sus obras.
En el cáliz en que ella preparó bebida,
preparadle el doble a ella.**

**⁷ Cuanto ella se ha glorificado
y ha vivido en deleites,
tanto dadle de tormento y llanto,
porque dice en su corazón:
“Yo estoy sentada como una reina,
no soy viuda y no veré llanto.”»**

**⁸ Por lo cual, en un solo día
vendrán sus plagas:
muerte, llanto y hambre,
y será quemada con fuego,
porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga.**

⁹ Los reyes de la tierra que han fornicado con ella y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre

ella cuando vean el humo de su incendio. ¹⁰ Poniéndose lejos por el temor de su tormento, dirán:

**«¡Ay, ay de la gran ciudad,
de Babilonia, la ciudad fuerte!,
porque en una sola hora vino tu juicio.»**

¹¹ Los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías:

¹² mercadería de oro y plata; de piedras preciosas y perlas; de lino fino, púrpura, seda y escarlata; de toda madera olorosa, todo objeto de marfil y todo objeto de madera preciosa; de cobre, hierro y mármol; ¹³ canela y especias aromáticas; incienso, mirra y olíbano; vino y aceite; flor de harina y trigo; bestias y ovejas; caballos y carros; esclavos y almas de hombres. ¹⁴ Los frutos codiciados por tu alma se apartaron de ti, y todas las cosas exquisitas y espléndidas te han faltado y nunca más las hallarás.

¹⁵ Los mercaderes de estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pondrán lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando, ¹⁶ diciendo:

**«¡Ay, ay de la gran ciudad,
que estaba vestida de lino fino,
púrpura y escarlata,
y estaba adornada de oro,
piedras preciosas y perlas!,
¹⁷ porque en una sola hora
han sido consumidas tantas riquezas.»**

Todo piloto y todos los que viajan en naves, los marineros y todos los que trabajan en el mar, se pusieron lejos, ¹⁸ y viendo el humo de su incendio dieron voces, diciendo: «¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?» ¹⁹ Y echaron polvo sobre sus cabezas y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo:

**«¡Ay, ay de la gran ciudad,
en la cual todos los que tenían naves en el mar
se habían enriquecido de sus riquezas!
¡En una sola hora**

ha sido desolada!

**²⁰ Alégrate sobre ella, cielo,
y vosotros santos, apóstoles y profetas,
porque Dios os ha hecho justicia en ella.»**

**²¹ Un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran
piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo:
«Con el mismo ímpetu será derribada
Babilonia, la gran ciudad,
y nunca más será hallada.**

**²² Voz de arpistas, músicos,
flautistas y trompetistas
no se oirá más de ti.
Ni se hallará más en ti
artífice de oficio alguno,
ni ruido de molinos
se oirá más en ti.**

**²³ Luz de lámpara
no alumbrará más en ti,
ni voz de esposo y esposa
se oirá más en ti,
porque tus mercaderes
eran los grandes de la tierra
y por tus hechicerías fueron
engañadas todas las naciones.**

**²⁴ En ella se halló la sangre de los profetas y de los santos y
de todos los que han sido muertos en la tierra.»**

Al terminar el capítulo 17, el ángel identificó a la prostituta que estaba sentada sobre la bestia como “la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra” (17:18). La visión del capítulo 18 es un cuadro poético de la destrucción de la gran ciudad de Babilonia. El ángel que anunció su caída tenía una alta posición de autoridad en el cielo. Sólo el poder más grande en el cielo puede vencer a las fuerzas anticristianas que maquinan contra la iglesia de Cristo. La presencia del ángel que “alumbró” (versículo 1) la tierra puede

simbolizar el fin de las tinieblas que trajo la falsa iglesia con sus mentiras. Su “voz potente” (versículo 2) indica la importancia de su anuncio.

Tres de las siete visiones del Apocalipsis personifican a Babilonia como el gran enemigo de la iglesia de Cristo. Muchas de las imágenes de este capítulo evocan el lenguaje de las dos visiones anteriores. La antigua ciudad de Babilonia estaba en ruinas cuando Juan escribió Apocalipsis. Sin embargo, por mucho tiempo antes de ser destruida, esta ciudad representó todo lo que amenazaba al pueblo de Dios; era una ciudad rica, orgullosa, poderosa y pagana, que Dios utilizó para disciplinar a su pueblo del Antiguo Testamento por sus muchas infidelidades. Primero, Dios los envió a la cautividad en la misma Babilonia; luego, llevó un remanente y lo estableció en Jerusalén. La primera Babilonia había desaparecido, pero los lectores de Juan, que conocían el Antiguo Testamento, tenían una idea muy clara de lo que eso significaba. Para el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, Babilonia representa toda fuerza del mal que los separara de Cristo y busca esclavizarlos.

Los lectores del libro del Apocalipsis de todas las épocas necesitan confiar en que Dios es superior a “la gran Babilonia” (versículo 2). El ángel con la potente voz así lo indica con el anuncio que hace al principio de este capítulo: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia” (versículo 2). Siguiendo al ángel con el evangelio eterno del capítulo 14, otro ser angelical hizo un anuncio idéntico al de la caída de Babilonia (14:8). Los que creen en el evangelio saben que la derrota de los enemigos de la iglesia es algo inevitable.

A Juan se le da la visión de un tiempo futuro cuando las fuerzas anticristianas yacerán en ruinas, como ocurrió con la antigua ciudad. La escena es la de una ciudad deshabitada con sus edificios en ruinas e invadidos por la arena; es la guarida de demonios a quien Dios ha privado de víctimas. Jesús dijo: “Cuando el espíritu impuro sale del hombre, anda por lugares secos buscando reposo, pero no lo halla” (Mateo 12:43). Dios

destruye a Babilonia por tres razones: (1) porque engañó a la mayor parte del mundo con sus “adulterios” (versículo 3; vea también 14:8), es decir, sus falsas enseñanzas sobre Cristo. (2) porque se alió pecaminosamente con los gobiernos de este mundo (ver 17:3); y (3) porque abandonó su tesoro espiritual al ir en pos de las riquezas terrenales (ver 17:4).

Se escucha “otra voz del cielo” (versículo 4) que le hace una advertencia al pueblo de Dios. La fuerza motriz que está detrás de los enemigos de la iglesia es la falsa idea de que se puede de alguna manera participar o contribuir a nuestra salvación (ver 17:18). En todas partes, la Escritura nos anima a alejarnos de esa falsa enseñanza. Isaías exhortó al pueblo de Dios: “¡Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda! Salid de en medio de ella, purificaos!” (Isaías 52:11). Jesús dijo: “Guardaos de los falsos profetas” (Mateo 7:15). Pablo advirtió: “Pero os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y ponen tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido. Apartaos de ellos” (Romanos 16:17). Alejarse de la falsa iglesia siempre implica una pérdida social, económica o personal. Pero el llamado que nos hace Dios a apartarnos va con el fin de evitar un daño mucho mayor: “Ni recibáis parte de sus plagas” (versículo 4; vea capítulo 15,16).

La falsa iglesia dice con jactancia: “Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto” (versículo 7). Sin embargo, Dios sabe que ella ha estado destruyendo almas, “porque sus pecados han llegado hasta el cielo” (versículo 5). En los versículos seis y siete, escuchamos la voz del ángel que pide la perfecta justicia de Dios. Por toda la angustia que ha causado, ella sufrirá angustia de igual manera. La falsa iglesia que rechaza el perdón gratuito que se ofrece en el evangelio padecerá bajo la justicia de la ley: “No le compadecerás: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie” (Deuteronomio 19:21). La retribución final vendrá con las llamas del infierno (ver 14:10,11). “Será quemada con fuego” (versículo 8).

En el juicio final, los que se unieron a Babilonia “llorarán y harán lamentación” (versículo 9). Los líderes mundiales que han gobernado guiados por Satanás se lamentarán amedrentados “por el temor de su tormento” (versículo 10). Los comerciantes que se enriquecieron bajo la filosofía de la iglesia impostora de los logros humanos (versículo 11) igualmente llorarán con terror “por el temor de su tormento” (versículo 15). Todos sus aliados se sorprenderán de lo rápido (versículos 10, 17,19) en que ha venido su condenación en una sola hora.

La simpatía que los aliados de la falsa iglesia le demuestran, es superficial. La repentina pérdida de sus bienes materiales y la posibilidad de que ahora puedan perder algunas de sus propias riquezas en verdad los aterroriza. Los reyes de la tierra “que han fornicado con ella” (versículo 9), los comerciantes de estas cosas “que se han enriquecido a costa de ella” (versículo 15), y los capitanes de los barcos que “se habían enriquecido de sus riquezas” (versículo 19), no muestran ningún remordimiento espiritual. Su terror será mayor cuando comprendan que están destinados a compartir el castigo eterno con ella.

La voz que Juan escuchó de los cielos (versículo 4) invita en el día último a los victoriosos santos a que se regocijen por el castigo de Dios sobre Babilonia (versículos 20-24). Este es un himno que no cantaremos sino hasta el día del juicio final. Como Jesús, oraremos por nuestros enemigos, esperando su conversión. En tanto que esta tierra dure, compartiremos la voluntad salvadora de Dios con los peores enemigos de la iglesia. “Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva” (Ezequiel 33:11).

Ni aun en el último día, se regocijará nadie por las almas que se han perdido en la falsa iglesia; nuestro gozo vendrá de saber que los elegidos ya no sufrirán más a manos de sus enemigos. “Porque Dios os ha hecho justicia en ella” (versículo 20). Ni una alma más será separada de Jesús con promesas de riquezas y prosperidad terrenal; como tampoco se le ofrecerá a nadie la necia

confianza de que, si hace lo mejor que pueda, será del agrado de Dios.

El panorama del juicio final de Babilonia aparece devastador y total. El ángel con la gran piedra como de molino, que arroja al mar con fuerza, agrega: “Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada” (versículo 21). No hay ningún signo de vida en la ciudad: no hay músicos (versículo 22), nadie está trabajando (versículo 22), no hay ninguna lámpara en las ventanas (versículo 23), no hay voces de novios (versículo 23).

Babilonia es el espíritu del Anticristo que está más acentuado en la falsa iglesia, pero que corrompe por igual a toda institución humana. Las “hechicerías” de Babilonia (versículo 23) son la tan aceptada enseñanza universal de que la salvación se logra mediante las buenas obras del hombre. “Fueron engañadas todas las naciones” (versículo 23). Para identificar las “hechicerías” que nos rodean, basta preguntarse: “¿Qué piensa la mayoría de la gente de cómo ir al cielo?”

Cuando Babilonia quede en ruinas, se encontrará en sus calles “la sangre de los profetas y de los santos” (versículo 24). La iglesia ficticia es incapaz de tolerar a los que dan simple testimonio de la sangre y los méritos de Cristo, y por esta razón su sufrimiento será eterno.

La victoria de la iglesia

Las bodas del Cordero

19 Después de esto oí una gran voz, como de una gran multitud en el cielo, que decía:

«¡Aleluya!

**Salvación, honra, gloria y poder
son del Señor Dios nuestro,**

**² porque sus juicios son verdaderos y justos,
pues ha juzgado a la gran ramera**

**que corrompía la tierra con su fornicación,
y ha vengado la sangre de sus siervos
de la mano de ella.»**

³ Otra vez dijeron:

**«¡Aleluya!
El humo de ella ha de subir
por los siglos de los siglos.»**

**⁴ Entonces los veinticuatro ancianos y los cuatro seres
vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que
estaba sentado en el trono. Decían: «¡Amén! ¡Aleluya!» ⁵ Y
del trono salió una voz que decía:**

**«Alabad a nuestro Dios
todos sus siervos, y los que lo teméis,
así pequeños como grandes.»**

**⁶ Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo
de muchas aguas y como la voz de grandes truenos, que
decía:**

**«¡Aleluya!,
porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina.**

**⁷ Gocémonos, alegrémonos
y démosle gloria,
porque han llegado las bodas del Cordero
y su esposa se ha preparado.**

**⁸ Y a ella se le ha concedido
que se vista de lino fino,
limpio y resplandeciente.»**

(El lino fino representa las acciones justas de los santos.)

**⁹ El ángel me dijo: «Escribe: “Bienaventurados los que son
llamados a la cena de las bodas del Cordero.”» Y me dijo:
«Éstas son palabras verdaderas de Dios.»**

**¹⁰ Yo me postré a sus pies para adorarlo, pero él me dijo:
«¡Mira, no lo hagas! Yo soy consiervo tuyo y de tus
hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. ¡Adora a
Dios!» (El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.)**

En el capítulo anterior, cuando se narran los acontecimientos del día final, los ángeles pidieron a los santos que se regocijaron por la derrota de Babilonia (18:20-24). Al comenzar el capítulo 19, la escena cambia del juicio final al cielo, pero la celebración de la derrota de Babilonia continúa. Juan escuchó “como una gran voz de una gran multitud en el cielo” (versículo 1). Los 24 ancianos y los cuatro seres vivientes (versículo 4) forman parte de esta multitud. Estos ancianos representan a todos los creyentes del Antiguo y del Nuevo Testamento (ver 4:4). Las cuatro criaturas vivientes simbolizan todo lo creado por Dios (ver 4:6). La gran voz que Juan escuchó es un reflejo del gran gozo de la multitud.

La palabra “aleluya” es parte integral de nuestros himnos y de la liturgia luterana. Sin embargo, se menciona sólo cuatro veces en el Nuevo Testamento, y sólo en los primeros seis versículos del capítulo 19. *Aleluya* es una palabra hebrea que significa “Alabe a Jehová” y expresa el agradecimiento que los creyentes sienten por el amor inmerecido de Dios, lo opuesto al egoísmo y orgullo pecaminoso. El gozo final de los santos se debe a que Dios por su gracia y poder derrotó a sus enemigos.

La multitud exclama: “Salvación, honra, gloria y poder son del Señor Dios nuestro” (versículo 1). En Apocalipsis, la mayoría de los versículos de alabanza tienen tres partes (4:8,11; 11:17; 12:10; 15:3,4; 16:5) para reconocer a las tres personas de Dios, que se merece toda la gloria porque por su omnipotencia ganó la salvación para su pueblo. La gran multitud reconoce que los juicios de Dios contra Babilonia (18:5-8) son “verdaderos y justos” (versículo 2). Pedro escribe que los falsos profetas recibirán “la recompensa de su injusticia” (2 Pedro 2:13). Se eleva otra aleluya de la fuerte voz de la multitud (versículo 3) por la gran derrota final de su enemigo. Babilonia jamás le volverá a hacer daño a los santos (ver 18:9,18).

En el momento de alabar a Dios con sus aleluyas, los ancianos y los seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, respondiendo al encomio de la multitud con un “¡Amén! ¡Aleluya!” (versículo 4). Con su amén declaran que están de

acuerdo por completo con el elogio de la multitud: “¡Sí, es verdad! Dios debe ser glorificado por todo lo que ha hecho.”

Los ancianos representan a todos los creyentes, y los seres vivientes personifican la creación. No nos debe sorprender ver el mundo creado en compañía de todos los santos enaltecendo a Dios. Pablo les dijo a los romanos que la creación espera junto con los creyentes ser liberada de los estragos que el pecado trajo sobre la tierra. “Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios... la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:19,21).

La voz del ángel “desde el trono” (versículo 5; vea versículo 10) invita a todos en el cielo a unirse al himno de alabanza. La combinación de estas voces suena incluso más potente que la “gran voz” (versículo 1) que Juan escuchó en un principio. Es “como el estruendo de muchas aguas y como la voz de grandes truenos” (versículo 6). El cuarto aleluya comienza con su sonora alabanza. Así como el número tres simboliza a Dios, el número cuatro representa a la tierra y a toda la creación de Dios.

Dios siempre ha estado en su trono, gobernando a su pueblo con amor y poder. Pero ahora, por primera vez, todas sus criaturas pueden verlo reinar. Los santos que una vez fueron perseguidos ya no son tentados con la duda de si Dios está en control. Ahora, dice el ángel: “Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria” (versículo 7). A diferencia del corto período de poder que tuvo Babilonia (18:7), el gobierno de Dios es eterno.

El cielo consuma el matrimonio del Cordero con su novia, la iglesia. Más adelante, un ángel le da a Juan una bella visión de la nueva Jerusalén, “ataviada como una novia hermosea para su esposo” (21:2). Durante nuestra vida terrenal, Jesús corteja a su prometida y la gana por su gracia, dándole tiempo para que se prepare para el gran banquete de bodas en el cielo.

La preparación para el matrimonio con Cristo no es algo que podemos hacer por nosotros mismos. Los coros celestiales claman: “Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y

resplandeciente” (versículo 8). Juan rápidamente explica: “El lino fino significa las acciones justas de los santos” (versículo 8). Pero el lino fino que se le “ha concedido” a los santos, no puede significar algo que ellos lograron por sí mismos. Nuestra traducción de la Reina Valera utiliza “acciones justas”. Es la interpretación de una sola palabra griega que usa Juan y que se traduciría mejor como “el veredicto justo”. Esto no se refiere a los hechos de los santos sino al veredicto de Dios de declarar a los pecadores justos por causa de Jesús. Este correcto entendimiento de la palabra explica mejor el lino que les fue dado a los santos.

Durará toda la eternidad la celebración feliz del matrimonio del Cordero con su desposada. Después de las voces de alabanza, el ángel le ordena a Juan que escriba: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero” (versículo 9). Bienaventurado es sinónimo de ser espiritualmente feliz. En los cielos el pecado y sus consecuencias jamás volverán a perturbar nuestra alma. Ya en este mundo tenemos una prueba de esta felicidad cuando Jesús se acerca a nosotros mediante su palabra. Nuestro Salvador nos dice: “Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen” (Lucas 11:28).

Con cada desilusión pasajera en esta tierra, la fe se enfoca con mayor intensidad en la eterna alegría en los cielos. Y el ángel enfatiza más su realidad al decir: “Éstas son palabras verdaderas de Dios” (versículo 9). En medio de los temores más grandes de los discípulos, Jesús les recordó que pensarán en la gloria venidera cuando les dijo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho” (Juan 14:1,2). Toda meta en que fijemos nuestra esperanza, por pequeña que sea, nos desilusionará. Por eso, nuestro Señor nos advierte: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). Sin duda, esta certeza de la promesa del cielo consoló a los primeros lectores de Juan, cristianos que estaban siendo cruelmente perseguidos en Asia Menor.

La voz del ángel que le habló al apóstol (versículo 9) vino primero del trono (versículo 5) Juan erróneamente la identificó como la voz de Dios y por eso se postró para adorarlo, pero el ángel rápidamente lo interrumpió, exclamando: “¡No lo hagas!” (versículo 10), explicándole que era un siervo de Dios al igual que Juan. Aunque viven en la presencia de Dios, los ángeles son seres creados. Cuando dan “testimonio de Jesús” (versículo 10), le sirven a Dios igual a como lo hacen los cristianos. “¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?” (Hebreos 1:14)

Juan y el ángel compartían el mismo propósito, existían para hablarles a las personas acerca de Jesús. Las últimas palabras del ángel nos dan una importante idea de lo que también nosotros tenemos en común con ellos: “¡Adora a Dios!”, le dijo, “el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (versículo 10). La “profecía” es la tarea que tiene todo creyente para explicar y compartir con otros las Escrituras. El “espíritu” de profecía es el corazón y el alma de esa actividad cristiana. Todo el propósito de entender la Biblia y hablarle de ella a otros es el de dar testimonio de Jesús.

Hay mucha gente bien intencionada, incluyendo a destacables maestros de la iglesia, que olvidan que toda la Biblia señala a Jesús. Somos bienaventurados al saber que Jesús es el centro de las Escrituras y al compartir esta verdad con otros. El ángel dijo que esta es la forma de adorar a Dios; pero no se le adora cuando los hombres o los ángeles se le acercan por otro medio que no sea el Jesús proclamado de la Biblia. Él dijo: “El que me recibe a mí, recibe al que me envió” (Juan 13:20). Cuando ayudamos a nuestros semejantes a conocer a nuestro Señor de esta manera, estamos también adorando a Dios.

El jinete del caballo blanco

¹¹ Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco. El que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia

juzga y pelea. ¹² Sus ojos eran como llama de fuego, en su cabeza tenía muchas diademas y tenía escrito un nombre que ninguno conocía sino él mismo. ¹³ Estaba vestido de una ropa teñida en sangre y su nombre es: La palabra de Dios. ¹⁴ Los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, lo seguían en caballos blancos. ¹⁵ De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro. Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. ¹⁶ En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores.

¹⁷ Vi un ángel que estaba de pie en el sol, y clamó a gran voz diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: «¡Venid y congregaos a la gran cena de Dios! ¹⁸ Para que comáis carnes de reyes y capitanes y carnes de fuertes; carnes de caballos y de sus jinetes; carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes.»

¹⁹ Vi a la bestia y a los reyes de la tierra y sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo y contra su ejército. ²⁰ La bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. ²¹ Los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.

En la visión del librito vimos cuatro caballos con sus jinetes (6:2-8). El primero de ellos era blanco y, junto con su jinete, simbolizaba la influencia que Jesús ejerce sobre la tierra mediante su palabra. Ahora Juan ve otro corcel blanco con su jinete; pero en esta ocasión, el jinete es Jesús mismo. El primer caballo y su jinete cabalgaron por toda la tierra en medio de la batalla, desfilando por el cielo victoriosos.

El cielo permaneció abierto dejando ver al jinete cuyo nombre es Fiel y Verdadero (versículo 11). La fidelidad de Dios es como una espada de doble filo: “Conoce, pues, que Jehová tu Dios, es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones, pero que da su merecido, en su propia persona, al que le aborrece, destruyéndolo” (Deuteronomio 7:9,10). Jesús es llamado Verdadero porque es consistente y leal. Ante los de Laodicea, Jesús se presentó como “el Amén, el testigo fiel y verdadero” (3:14); él cumple lo que dice. En la siguiente descripción veremos que este jinete llevará a cabo tanto las promesas como las amenazas que hace en su palabra.

“Sus ojos eran como llama de fuego, en su cabeza tenía muchas diademas” (versículo 12). Los ojos resplandecientes como llama de fuego y las diademas reflejan la omnisciencia y la omnipotencia de Jesús. Sus fulgurantes ojos discernirán cualquier hipocresía. Pablo describió el juicio final como “el día en que Dios juzgará por medio de Jesucristo los secretos de los hombres” (Romanos 2:16). Las diademas sobre su cabeza simbolizan su divinidad y poder absolutos (ver 13:1). Jesús realmente merece tener lo que sus enemigos anteriormente presumieron poseer.

Las decisiones que nuestro Señor haga en el día del juicio serán perfectas. “El cual con justicia juzga y pelea” (versículo 11). El Fiel y Verdadero no cambia las reglas del juego a última hora. Cuando moraba en la tierra, él dijo: “El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella lo juzgará en el día final” (Juan 12:48). En ése día Jesús juzgará y librára la guerra eterna “con justicia” (versículo 11) contra sus enemigos. Por muy terrible que sea el destino de ellos, será perfectamente merecido y justo. Muchos piensan que un Dios misericordioso no puede tener un lugar tan terrible como el infierno eterno, pero no toman en cuenta la naturaleza condenatoria del pecado y la ira divina. Un Dios santo exige una justicia que muestra tanto su amor por el bien como su odio por el mal.

El jinete del caballo blanco “tenía escrito un nombre que ninguno conocía sino él mismo” (versículo 12) Con anterioridad, Jesús les prometió a los fieles de la iglesia de Pérgamo que les iba a dar “una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual nadie conoce sino el que lo recibe” (2:17). En las Escrituras, con frecuencia, el *nombre* tiene la connotación de reputación en su sentido más amplio, es decir, lo que se conoce acerca de una persona. Sólo en el cielo los creyentes apreciarán todo lo que Jesús es. “Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12). Mientras esperamos la llegada de la gloria eterna, no forzaremos la explicación del nombre de Jesús más allá de lo que él mismo nos dice en su palabra.

El nombre del jinete del caballo blanco es “La Palabra de Dios” (versículo 13). De eternidad a eternidad, todo lo que sabemos acerca de Jesús es idéntico a lo que conocemos de la palabra de Dios. “En el principio... el Verbo estaba con Dios” (Juan 1:1). “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos” (Salmo 33:6), e incluso “todas las cosas” (Juan 1:3; Colosenses 1:16) fueron hechas por Jesús. Por su palabra, a través de los profetas del Antiguo Testamento, Dios prometió enviar el Salvador: “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). “Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Pedro 3:7). Los enemigos verán a Jesús, el Verbo de Dios, cabalgando sobre el caballo blanco de la victoria.

La gran ramera estaba “ebria de la sangre de los santos” (17:6). En Babilonia “se halló la sangre de los profetas y de los santos” (18:24). Ahora el jinete del caballo blanco se ha vengado por toda la sangre que los enemigos de la iglesia derramaron. “Estaba vestido de una ropa teñida en sangre” (versículo 13). Esta lámina describe las salpicaduras de sangre en el borde del manto

del victorioso mientras camina entre sus enemigos caídos en el campo de batalla.

Y “los ejércitos celestiales” (versículo 14) que venían tras el jinete sobre el caballo blanco son los ángeles que pelearon por los santos (ver 12:7-11). “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria” (Mateo 25:31). Las vestiduras de lino blanco que visten los ángeles representan su pureza (Marcos 8:38).

Jesús dijo que va a regresar “con gran poder y gloria” (Marcos 13:26). Las huestes celestiales demuestran la magnificencia de su victoria final. Su poder se describe como “una espada aguda, para herir con ella a las naciones” (versículo 15). Esta es la misma palabra todopoderosa que Jesús usa en la tierra (ver 1:16). En la eternidad, el dominio de su palabra será absoluto: “Las regirá con vara de hierro” (versículo 15). En la eternidad, Jesús llevará a cabo el juicio total de esta profecía del salmista (Salmo 2:9).

En una visión previa del último juicio, los enemigos de la iglesia fueron echados “en el gran lagar de la ira de Dios” (14:20). En esa visión no se dice quién pisó el lagar, pero ahora Juan ve que el vengador es Jesús: “Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios todopoderoso” (versículo 15). Este es un severo recordatorio de que la paciencia de Dios para con los pecadores nunca se debe confundir con la indulgencia. El castigo que retrasa, con el fin de darnos tiempo para arrepentirnos, un día será llevado a cabo en toda su magnitud sobre los contumaces.

A plena vista, donde todos sus enemigos lo podían leer, Jesús llevaba el nombre de “Rey de reyes y Señor de señores” (versículo 16). Este nombre no es una referencia al reinado del Señor sobre los reyes terrenales que se mencionan en el versículo 18, sino que significa que es el Rey y Señor de los santos. Los creyentes son los reyes para los cuales Jesús es Rey. Somos los señores que le sirven al Señor para siempre. Compartimos su juicio final y su imperio eterno, porque nos ha prometido: “Os asigno un reino,

como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lucas 22:29,30; vea Apocalipsis 1:6). Junto a Jesús, los santos “han de juzgar al mundo” (1 Corintios 6:2). “Si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12).

En la siguiente escena se describe “un ángel que estaba de pie en el sol” (versículo 17) para que todas las aves del cielo puedan escuchar su invitación a devorar la carroña de lo que queda del cuerpo de los enemigos de la iglesia. La escena es un campo de batalla donde se encuentran dispersos los cuerpos putrefactos de soldados luego de una derrota masiva. Cuando Jesús regrese destruirá a sus enemigos rápidamente y por completo. Él mismo profetizó esta escena cuando dijo: “Porque al igual que el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre. Dondequiera que esté el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas” (Mateo 24:27,28). El hecho de que el ángel llame a las aves antes de que comience la batalla en el siguiente versículo, indica que la victoria de Jesús es inminente.

Ya ha sido anunciada la derrota de los grandes enemigos de la iglesia, pero se juntan “para guerrear contra el que montaba el caballo y contra su ejército” (versículo 19). Aunque Juan describe con algún detalle la apariencia del jinete y el desenlace de la batalla (versículos 11-21), todos estos eventos tienen lugar en pocos momentos en el día del juicio. Tan pronto como los adversarios de Jesús se alinean contra él, son derrotados.

Primero, la bestia es capturada (versículo 20). Esta es la bestia del mar que simboliza todos los gobiernos terrenales que Satanás manipula para sus propósitos malvados (ver 13:1-10). Luego también es capturado el falso profeta “que había hecho delante de ella (de la bestia) las señales con las cuales había engañado” (versículo 20). Este malvado es la segunda bestia que subía de la tierra, que representa la falsa iglesia y su asociación impía con el poder secular (ver 13:11-18). Estos animales, ambos

aliados al “gran dragón rojo” (12:3), que es Satanás, serán “lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” (versículo 20). Juan ha usado antes esta misma lámina del fuego que arde con azufre para describir el tormento del infierno (ver 14:10).

Todos los seguidores de las dos bestias “fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo” (versículo 21). Esta espada es la palabra de Dios, la misma que vimos cuando antes apareció el jinete sobre el caballo (versículo 15). Notamos que en esta ocasión no se trata de la espada de doble filo de la ley y el evangelio que Jesús empuñó en la tierra (ver 1:16). Ya no habrá otra oportunidad de escuchar el mensaje del evangelio para los que ponen su esperanza en sus propias obras y a la vez rechazan a Jesús; será demasiado tarde. Se trata del día final. Será escuchado únicamente el terrible juicio de la ley sobre sus pecados y su incredulidad.

LA VISIÓN DE LA VICTORIA FINAL (20:1–22:5)

La derrota final de Satanás

20 Vi un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. ² Prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. ³ Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso un sello sobre él, para que no engañara más a las naciones hasta que fueran cumplidos mil años. Después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.

⁴ Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar. Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. ⁵ Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Ésta es la primera resurrección. ⁶ Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años.

⁷ Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión ⁸ y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla. Su número es como la arena del mar. ⁹ Subieron por la anchura de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; pero de Dios descendió fuego del cielo y los consumió. ¹⁰ Y el diablo, que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Un ángel le revela a Juan la séptima y última visión del Apocalipsis. Se puede decir que esta es una nueva visión ya que Juan es devuelto en el tiempo. La última visión terminó describiendo el triunfo de Jesús sobre sus enemigos en el día del juicio; en tanto que la séptima visión nos remonta al principio de la era del Nuevo Testamento.

El ángel que “descendía del cielo” (versículo 1) hizo esto porque “fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero” (12:9). El ángel tiene “la llave del abismo” (versículo 1) que lo identifica como Jesús. Nuestro Señor ya le dijo a Juan que tiene las llaves de la “muerte y del Hades” (1:18). La gran cadena que lleva el Señor en su mano (versículo 1) simboliza su poder para atar y frenar al diablo.

Jesús encadenó al diablo por “mil años” (versículo 2), los cuales han sido los más malinterpretados de todas las Escrituras. Un *milenio* significa mil años; por ello se han levantado los milenialistas alegando que se refiere a mil años antes del fin del mundo, cuando los creyentes gobernarán la tierra y derrotarán a todos sus enemigos. Muchas otras falsas ideas y predicciones han surgido por tratar de interpretar este período de tiempo literalmente.

¿Cómo podemos tener la seguridad de que estos “mil años” no se deben tomar en forma literal? Primero, cada una de las frases de los versículos uno y dos es figurativa. Juan está en medio de la visión, y describe a Jesús como un ángel. Presenta al diablo como un dragón y habla del infierno como un abismo. Aunque ningún abismo tiene cerradura, Juan ve a Jesús con una llave. Satanás es un espíritu maléfico que no se puede atar con cadenas, pero el apóstol ve al Señor atando a Satanás con una gran cadena. Tomar literalmente los mil años que se mencionan al final del versículo dos, profana la forma en que Jesús está hablando aquí a través de Juan.

Hay una segunda razón por la cual no se deben entender en forma literal estos mil años. Si hay alguna duda respecto al

significado de un pasaje de las Escrituras, el creyente debe dejar que la Biblia se interprete a sí misma; si hay alguna incertidumbre respecto al significado de este período de tiempo en este pasaje figurativo, entonces debemos ir a la descripción literal que hace Jesús en los cuatro Evangelios acerca de los últimos días, donde nuestro Señor habla claramente contra mil años literales de dominio cristiano y paz universal.

En los Evangelios, Jesús refuta la idea de que habrá paz en la tierra y un gobierno político dirigido por los creyentes. De hecho, predijo exactamente lo opuesto en términos muy literales. El Señor dijo que los últimos días se habrían de caracterizar por “guerras y rumores de guerras... se levantará nación contra nación, y reino contra reino” (Mateo 24:6,7). Jesús no dijo que los cristianos habrían de gobernar la tierra, sino que serán perseguidos por los gobiernos, pues “os entregarán a tribulación, os matarán” (Mateo 24:9). En lugar de la masiva conversión que los milenialistas predicen, Cristo dijo que habrá “muchos falsos profetas” y “el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:11,12).

El resto de las Escrituras también descarta la interpretación literal de esos mil años del “cielo en la tierra”. Pablo escribió: “Acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba, porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche. Cuando digan: «Paz y seguridad», entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina” (1 Tesalonicenses 5:1-3). Pedro también quita de la mente de sus lectores el sueño de un paraíso terrenal; nos dice que “esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13).

Entonces, ¿a qué se refieren los mil años del versículo dos? Como comienza diciendo que Satanás será atado (versículo 2) y termina con la liberación del diablo por un breve período (versículo 3), el milenio es la era del Nuevo Testamento, que comenzó con la venida de Cristo. “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8). Durante su

ministerio terrenal Jesús anunció: “El príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Juan 16:11). Con su muerte y su resurrección, el Señor “despojó a los principados y a las autoridades” (Colosenses 2:15). Al encadenar a Satanás, es decir, al limitar su poder para hacerle daño a los hijos de Dios, Dios marcó el comienzo de los mil años, el principio de la época del Nuevo Testamento.

El número más grande en el vocabulario griego era la palabra *milenio*; “mil” parecía como un número interminable. En el versículo tres, “mil” simboliza el período no especificado de la época del Nuevo Testamento, durante la cual Satanás permanecerá atado. Judas dijo que al principio del mundo Dios limitó la actividad de los demonios cuando los expulsó del cielo. “Los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Judas 6). La historia de Job ilustra cómo Dios, ya en el Antiguo Testamento, restringió el poder de Satanás.

El sellamiento del abismo en el versículo tres indica una restricción aun mayor de la actividad diabólica con la que dio comienzo la era del Nuevo Testamento por medio de la victoria de Jesucristo. Ni la atadura de Satanás al principio del mundo, ni durante la época del Nuevo Testamento, restringe su poder por completo; eso es evidente por las muchas advertencias que hacen las Escrituras acerca de su astucia. La cadena y el abismo son un freno a los ataques satánicos contra la iglesia.

Cerca del fin del Nuevo Testamento, el diablo será “desatado por un poco de tiempo” (versículo 3). Este período relativamente corto marcará un tiempo de gran aflicción para los cristianos. Durante esos últimos días “muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos” y “el amor de muchos se enfriará” (24:11,12). Jesús dijo: “Si aquellos días no fueran acortados, nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mateo 24:22).

En los versículos cuatro a seis, la atención de Juan se ve atraída hacia los tronos de juicio en los cielos, donde estaban sentados los santos y los mártires. Estos son los fieles que “no

habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos” (versículo 4). En una visión previa, Juan identificó a los que adoraban a la bestia como los incrédulos, “cuyos nombres no estaban escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero” (13:8). De la misma forma, los que tienen la marca de la bestia son los que han colaborado con los poderes terrenales en contra del Cordero (13:11-18).

En el versículo 4, Juan no dice que haya pasado algún tiempo entre el momento en que fue atado Satanás y la actividad que se describe alrededor de los tronos. Así, los que se sientan en ellos representan a los que han muerto en la fe durante la época del Nuevo Testamento. Sin duda alguna, los primeros lectores de Juan escucharon o vieron a sus hermanos cristianos ser perseguidos y muertos por causa de la fe que confesaban. Fueron “almas decapitadas por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” (versículo 4). Nosotros también, junto con los primeros lectores del Apocalipsis que se encontraban dispersos en Asia Menor, podemos tener el consuelo de que los muertos en la fe ahora están vivos en el cielo. Aun antes del juicio final, ya están gobernando con Cristo.

Esta verdad se ve confirmada cuando leemos lo que Juan dice acerca de las “almas” de aquellos que fueron decapitados (versículo 4). Él dice que ha visto en los tronos de juicio sólo a las almas de los creyentes que murieron en su fe porque su cuerpo no resucitará corporalmente para reunirse con ellas sino hasta la resurrección.

Al final del versículo 4, leemos: “Y vivieron y reinaron con Cristo mil años”. Esta traducción precisa de la Reina Valera contradice el argumento de algunos milenialistas que sostienen que habrá dos resurrecciones físicas de los creyentes, una al principio del milenio y la otra en el día del juicio. Las palabras que usa Juan nos hacen recordar una importante verdad bíblica. Las almas de los creyentes no tienen que ser resucitadas, por la sencilla razón de que nunca mueren ni dejan de existir. Jesús le prometió a Marta: “Todo aquel que vive y cree en mí, no morirá

eternamente” (Juan 11:26), y también le aseguró al ladrón en la cruz: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Los que mueren en Cristo comienzan a reinar inmediatamente con él durante los mil años de la época del Nuevo Testamento.

Ese reinado incluye la sentencia a los ángeles demoníacos y a los incrédulos. Pablo les dijo a los corintios que los santos habrán de juzgar al mundo y a los ángeles (1 Corintios 6:2,3). El fallo que se menciona en el versículo 4 no se refiere al día del juicio ni al imperio de los creyentes en la eternidad después del juicio final, sino que esto comienza en el mismo momento en que nuestra alma sea llevada al cielo. Los creyentes continúan viviendo y reinando con Cristo cuando sus almas abandonan sus cuerpos.

Esto no le ocurrirá a los incrédulos, a los que Juan llama “los otros muertos” (versículo 5). Nuestra versión Reina Valera incorrectamente traduce: “*No volvieron a vivir* hasta que se cumplieron los mil años” (versículo 5); más bien, Juan escribió que ellos “*no vivieron*” hasta el término de los mil años. Los que murieron sin Cristo están muertos en cuerpo y alma hasta la resurrección. Cuando Cristo resucite sus cuerpos y los una con sus almas, volverán a vivir por un corto período, sólo para enfrentar el juicio final y la muerte eterna.

Para nosotros los creyentes, el vivir y reinar con el Señor comienza cuando recibimos la fe. En el bautismo, dice Pablo, fuimos sepultados con Cristo a fin de que, mediante la fe, vivamos con él (Romanos 6:4-8). La conversión es la resurrección de la muerte espiritual. Cuando venimos a la fe, Dios “nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:6).

Jesús también dijo que tener fe es como volver a la vida, cuando dijo: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán” (Juan 5:25). Al final del versículo 5, Juan habla de “la primera resurrección”. Como el apóstol vio sólo las almas de los santos en los cielos, esta primera resurrección no puede

significar el renacimiento corporal de los creyentes antes del último día; más bien se refiere a la resurrección de los creyentes de la muerte espiritual, mediante la conversión.

El que resucita en la fe en Jesús es “bienaventurado y santo” (versículo 6). “Bienaventurado” significa feliz; en la Biblia, la bienaventuranza no significa la felicidad terrenal, tal como el mundo la entiende, sino la paz interior que viene de conocer a Jesús. Dado que aprendemos de Jesús en la Biblia, Jesús dijo: “Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen” (Lucas 11:28). Los creyentes son espiritualmente bienaventurados porque mediante la fe en Jesús son santos; sus pecados son perdonados, y Jesús los reviste con su propia santidad (ver 3:4,5).

Los que son bienaventurados y santos en Jesús no sufrirán “la segunda muerte” (versículo 6). La primera muerte es la muerte espiritual en la que nacemos todos los seres humanos. “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). La primera resurrección es la conversión; la segunda muerte es la que enfrentan los incrédulos al morir. La muerte física sin fe termina en la muerte eterna. Dios dice que la segunda muerte no tiene ningún poder sobre los creyentes; irán de vida a vida, reinando con Cristo en este mundo y reinando con él en los tronos de juicio en el cielo.

Los mil años que se mencionan en el versículo seis no se refieren a la eternidad, sino son el mismo reinado de las almas de los creyentes con Cristo hasta el fin de la época del Nuevo Testamento, que se describe en los versículos 4 y 5. Para los que mueren en la fe, la obra sacerdotal y el reinado que comienza en la conversión (ver 1:5,6) continúa sin interrupción hasta el día final. La segunda muerte no tiene ningún poder para cambiar nuestra relación con Cristo.

El período de los mil años que comenzó en el versículo 1 concluye en el versículo 7. En el versículo 3 Juan nos explica cómo termina la época del Nuevo Testamento. El dragón será “desatado por un poco de tiempo”. Ahora se nos dan los detalles: “Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones”

(versículos 7,8). Estos serán los últimos y terribles días para la tierra. Pablo describió las consecuencias de la liberación de Satanás:

En los últimos días vendrán tiempos peligrosos. Habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanidosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, sin templanza, crueles, enemigos de lo bueno, traidores, impetuosos, engreídos, amadores de los deleites más que de Dios (2 Timoteo 3:1-4).

El engaño es el arma de Satanás: “Cuando habla mentira, de suyo habla, pues es mentiroso y padre de la mentira” (Juan 8:44). Engañó a Adán y a Eva desde el principio, y les mentirá a las naciones hasta el final. Los cuatro puntos cardinales de la tierra destacan su influencia universal. Juan alude a una de las referencias de Ezequiel acerca de “Gog y Magog” (versículo 8; vea Ezequiel 38,39) para describir a todos los gobiernos y las naciones que se oponen al pueblo de Dios.

Esta descripción de los últimos tiempos se adapta a nuestros días. Satanás ha engañado a las naciones y las ha reunido para hacer batalla contra los creyentes. Sus fuerzas parecen insuperables; el número de los cuales “es como la arena del mar” (versículo 8). “Rodearon el campamento de los santos” (versículo 9). Pero para los que viven en estos días, las palabras de Juan son de gran consuelo. Primero, porque dice que la influencia de Satanás será “por un poco de tiempo” (versículo 3). Al campamento asediado de los santos lo describe como su “ciudad amada” (versículo 9). Y justo cuando las fuerzas de Satanás parecen estar listas para la victoria final, Dios interviene con su liberación final.

Los santos de Dios son rescatados cuando él envía fuego del cielo y destruye a Satanás y a sus aliados (versículo 9). El fuego es el instrumento de la ira de Dios contra sus enemigos. Los que adoran a la bestia serán consumidos (14:10,11). La ramera que está

sobre la bestia será quemada (17:16) y el humo de Babilonia subirá para siempre (19:3). La bestia y el falso profeta serán “lanzados vivos dentro de un lago de fuego” (19:20). Ahora, por medio de este acto final de la justicia vengadora de Dios será destruido Satanás, que hizo que todos le obedecieran. “Y el diablo que los engañaba fue lanzado e el lago de fuego y azufre” (versículo 10).

Incluso esta terrible escena le da consuelo al creyente; el apóstol ve la destrucción final de Satanás y de los enemigos de la iglesia como un hecho consumado, lo describe en tiempo pasado como si ya hubiese acontecido. En estos últimos días que vivimos encontramos consuelo en las palabras inspiradas de Juan; no debemos dudar de que somos “el campamento de los santos y la ciudad amada” (versículo 9).

Encontramos otra fuente de consuelo en el contraste de los eventos que se mencionan al final de este capítulo y la descripción de la dicha eterna que leemos en el capítulo 21. Satanás, la bestia y el falso profeta “serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (versículo 10). Mientras vivimos con la segura esperanza de que un día terminarán nuestros sufrimientos, nuestros enemigos viven en constante temor del sufrimiento eterno. Incluso en los días más oscuros de la iglesia, cada creyente cuenta con la confianza de la victoria.

El juicio final de Jesús

¹¹ Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo y ningún lugar se halló ya para ellos. ¹² Y vi los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. ¹³ El mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno según sus obras. ¹⁴ La

muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda. ¹⁵ El que no se halló inscrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego.

El juicio final viene inmediatamente después de la destrucción de Satanás y sus fuerzas. La frase “un gran trono blanco” (versículo 11) nos dice que Dios está sentado en él. Juan vio por primera vez el trono divino en los capítulos 4 y 5. En el juicio final, este solio aparece grande y blanco. El color “blanco” simboliza la santidad del que está sentado en él y la justicia perfecta que ejerce. La tierra y el cielo representan todos los poderes del mundo natural. Su huída repentina de la presencia del Todopoderoso Dios comprueba el abrumador poder que él tiene y su capacidad para llevar a cabo sus veredictos. No existe poder alguno, ni en el cielo ni en la tierra, que pueda salvar a sus enemigos de su ira.

El juicio comienza y todos los muertos, “grandes y pequeños” (versículo 12), deben presentarse ante Dios. “Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (Romanos 14:10). Ni nuestra situación social ni nuestra ocupación en esta tierra nos brindarán un trato preferencial ante el Dios justo y santo. La perfecta imparcialidad divina en el juicio final conduce a los creyentes a tratar a sus semejantes de la misma forma en esta vida. “Sabido que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas” (Efesios 6:9).

Dios dará lectura a dos clases de libros. Juan dice que éstos “fueron abiertos” (versículo 12), y agrega de inmediato, “y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida” (versículo 12). Los primeros libros contienen un registro de la vida de los incrédulos; el hecho de que sean varios libros puede indicar que hay mucho más incrédulos que creyentes. Jesús nos advierte: “Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella” (Mateo 7:13).

En cambio, para los creyentes se menciona sólo un libro “el cual es el libro de la vida” (20:12). Jesús le prometió a cada miembro fiel de la iglesia de Sardis: “No borraré su nombre del libro de la vida” (3:5). Éstos le pertenecen al “Cordero que fue inmolado” (13:8); ellos son los elegidos, cuyos nombres Dios ha escogido “desde la fundación del mundo” (17:8).

“Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (versículo 12). Aquí, “los muertos” son los incrédulos, que también son “los otros muertos” (versículo 5), los que no resucitaron sino hasta el final de los mil años. Pero están vivos sólo en el sentido de que su cuerpo ha sido revivido y unido a su respectiva alma. Juan se refiere a ellos como “los muertos” aun después de la resurrección, porque su juicio de la muerte eterna está sellado. Una vez que la muerte física quite la oportunidad para convertirse, la segunda muerte es una condición no interrumpida. Juan ve la muerte física, el Hades, y el lago de fuego como una continuación del estado de muerte.

Todos los que murieron en el mar, de muerte natural y del Hades (versículo 13), son reunidos. No importa cómo o dónde muera, todo ser humano enfrentará el juicio de Dios. “Hades” significa infierno, el lugar de sufrimiento para los condenados, donde el alma de los incrédulos sufre hasta que su cuerpo sea resucitado el día final. Esto viene a ser claro cuando Juan dice que “la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego” (versículo 14). Este último es el infierno eterno que sigue al juicio. Todos los estados de muerte temporal serán incorporados al tormento eterno.

“El lago de fuego es la segunda muerte” (versículo 14). Aquí dice Juan que la segunda muerte, que se menciona en el versículo 6 de este mismo capítulo, es pasar la eternidad en el infierno. Toda muerte implica una separación; la muerte espiritual, o la incredulidad, separa al alma de Dios, aun cuando el cuerpo esté con vida en esta tierra; y la muerte física separa al alma del cuerpo. La muerte eterna es la permanente separación, de cuerpo y alma, de la presencia de Dios. Juan nunca menciona la primera muerte, pero como la primera resurrección es la conversión (ver versículo

5), la primera muerte debe ser la muerte espiritual, es decir, la incredulidad.

Juan dice en dos ocasiones que los muertos serán juzgados “según sus obras” (versículos 12,13). Los que se niegan a creer lo que Jesús hizo por ellos serán juzgados sólo por lo que ellos mismos hicieron; no importa lo buenos que hayan sido, siempre se quedarán cortos respecto de la perfección que Dios justamente exige. “Porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3:20); sólo quienes por la fe se aferran a una justicia mucho mejor que la propia podrán estar de pie ante la presencia del Juez. Los nombres que están escritos en el libro de la vida son sólo los de aquellos que han sido lavados por la sangre del Cordero y han sido revestidos de su justicia; y “el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (versículo 15).

Una descripción de los cielos

Cielo nuevo y tierra nueva

21 Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. ² Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseedada para su esposo. ³ Y oí una gran voz del cielo, que decía: «El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. ⁴ Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron.»

⁵ El que estaba sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas.» Me dijo: «Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas.» ⁶ Y me dijo: «Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tiene sed, le

daré gratuitamente de la fuente del agua de vida. ⁷ El vencedor heredará todas las cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo. ⁸ Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.»

Hay un cambio de escena que resulta más abrupto que cualquiera otro cambio en el libro del Apocalipsis. Aunque el lago de fuego eterno era ciertamente aterrador, es comparativamente mucho más sublime la visión que tuvo Juan del cielo, que ha inspirado a los escritores de himnos, ha consolado a los dolientes en los funerales cristianos y les ha dado esperanza a los creyentes angustiados por casi dos mil años. Esta bella descripción de la vida en la presencia de Dios corona la séptima visión y les aporta un glorioso final a todas las visiones que Jesús le dio a Juan.

El apóstol vio “un cielo nuevo y una tierra nueva” (versículo 1). A lo largo de esta escena final, la descripción literal y la figurativa que se hace del paraíso, van a la par. No siempre es fácil decir si Juan nos está dando un panorama o una instantánea del cielo, que también se aplica a la descripción que inicialmente se hizo del cielo y la tierra nuevos. ¿Serán destruidos nuestra tierra y cielo, para ser creados totalmente nuevos? ¿Será destruido nuestro mundo presente, tal como lo conocemos, y la tierra será renovada para que sea nuestro hogar eterno? También es posible que las palabras de Juan sean por completo figurativas; un nuevo cielo y una nueva tierra pueden ser su impresión de un lugar completamente nuevo que llamamos cielo.

El resto de las Escrituras no contesta estas preguntas. Pedro escribe: “Los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas... Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:10,13). Jesús dijo: “El cielo y la tierra pasarán” (Lucas 21:33). Las palabras de Pedro también hablan de la destrucción de

la tierra; y sin embargo, cuando dice: “Serán deshechos” (2 Pedro 3:10), da la impresión de que no habrá una destrucción o aniquilación total.

Cuando el escritor de la carta a los Hebreos hace esta pregunta, también aporta una perspectiva para los que buscan una respuesta: “Pero ahora ha prometido diciendo: ‘Una vez más conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo’. Y esta frase: ‘Una vez más’, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles. Así que, recibiendo nosotros un Reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia” (Hebreos 12:26-28).

Aunque la descripción del nuevo cielo y la nueva tierra no pretende ser una respuesta a nuestra curiosidad acerca de la vida eterna, deja en claro dos cosas. Dios destruirá la tierra que actualmente conocemos, así que no debemos depositar nuestras esperanzas en ella. Junto con el mundo antiguo (versículo 1) desaparece el mar, de donde salió la primera bestia (capítulo 13). Con la destrucción de la antigua tierra terminaron también las amenazas contra los cristianos. Dios dará un nuevo lugar que es seguro e incommovible. En vez de exigir explicaciones que satisfagan nuestra curiosidad, nuestra respuesta debería ser una adoración reverente (ver 2 Pedro 3:11,12,14).

Juan vio “la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios” (versículo 2). Así como la ciudad de Babilonia representa las fuerzas conjuntas de la incredulidad y de Satanás, la ciudad de Dios en el Apocalipsis representa a todos los creyentes. Jesús dijo, hablando del que vence: “Escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios” (3:12). Esta “santa ciudad” es la santa iglesia cristiana, “el campamento de los santos y la ciudad amada” (20:9).

Ya en el Antiguo Testamento, los santos escritores hablaron de Jerusalén en una forma figurada como el lugar donde Dios moraba entre su pueblo. Pablo diferenció entre la ciudad terrenal de Jerusalén y la Jerusalén celestial: “La Jerusalén de arriba, la

cual es madre de todos nosotros, es libre” (Gálatas 4:26). El escritor de la epístola a los Hebreos dijo que los creyentes, ya en esta vida, pertenecen a “la ciudad santa” de Dios: “Os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad santa del Dios vivo, Jerusalén la celestial” (Hebreos 12:22).

Pablo enseñó que la iglesia era la novia de Cristo (Efesios 5:25-33); el cielo es la consumación de ese matrimonio. Allí la iglesia le será presentada a su Señor “ataviada como una novia hermoseedada para su esposo” (versículo 2). El atavío que porta, por supuesto, le fue dado por el novio. Jesús prometió que todas las personas creyentes “andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas” (3:4). “Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (Efesios 5:25-27).

Juan escuchó una gran voz del trono (versículo 3). Éste era el solio de Dios, pero la voz era la de un ángel, como lo fue en el versículo 19, y también en los versículos 5 y 10. Hay poco lenguaje figurativo en las palabras del ángel acerca del comienzo de la felicidad eterna cuando lo anuncia a la asamblea de los santos. Sus palabras, aunque concisas, aportan una bella descripción del cielo. Las muchas imágenes que de éste se hacen a continuación embellecen la descripción que el ángel hace del paraíso, a la vez que no le agregan nada nuevo.

Cuando lleguemos al cielo escucharemos estas palabras: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres” (versículo 3). Dios literalmente levanta su tienda de campaña entre nosotros; dicha escena proviene del Tabernáculo que se construyó en el Antiguo Testamento, donde Dios prometió su presencia entre su pueblo. Juan usó la misma imagen al principio de su evangelio cuando escribió de la venida de Jesús a este mundo: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14).

Pero el Tabernáculo de Dios que se menciona en el versículo tres no implica una permanencia temporal con nosotros; más bien, significa que Dios vivirá tan cerca de nosotros como nunca antes. “Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo morará con ellos como su Dios” (versículo 3). Dios siempre está en todas partes, pero en los cielos experimentaremos su perfecta y bendita presencia. Jesús oró para que todos los creyentes “sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros” (Juan 17:21). En este mundo, con nuestros pecados y tribulaciones, no siempre nos parece del todo clara esta unidad con Dios. “Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara” (1 Corintios 13:12). Sin embargo, en el cielo lo oscuro desaparecerá; cara a cara con Dios y con su tienda levantada al lado de la nuestra, gozaremos de su eterna compañía en la perfección.

En el cielo desaparecerán todas las cosas terrenales que nublan nuestra visión y se habrá ido toda aflicción. “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos” (versículo 4). “Lloraréis y lamentaréis, y en cambio el mundo se alegrará”, dijo Jesús, “pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16:20). En el cielo no habrá lágrimas porque Dios hará desaparecer todas las cosas que nos ocasionan dolor en la tierra. “Porque las primeras cosas ya pasaron” (versículo 4), literalmente significa que desapareció todo lo que antes existió. “Y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor” (versículo 4). Los santos están frente a Dios lavados con la sangre del Cordero y con las vestiduras blancas de la santidad de Jesús. Y como en el cielo el pecado no existe, está ausente todo el dolor que éste ocasionó en el mundo.

Ahora es Jesús quien habla; Juan lo identifica simplemente como “el que estaba sentado en el trono” (versículo 5). La voz era la de Jesús. En la escena previa a esta visión (20:11-15), el trono era el lugar desde el cual los muertos eran juzgados; la Biblia siempre identifica a Jesús como el juez en el último día. Además,

la voz del trono lo llama con las mismas palabras que Jesús usó al principio del Apocalipsis: “Yo soy el Alfa y la Omega” (1:8).

Jesús confirma las palabras del ángel, les dice a los santos que han pasado de la gracia a la gloria. Durante su tiempo de gracia en la tierra, Satanás siempre estuvo acechando y usando el pecado como su herramienta. Ahora, dice el Señor: “Yo hago nuevas todas las cosas” (versículo 5). Han desaparecido todos los obstáculos que amenazaban su felicidad y hacían de la tierra un hogar temporal; todas las cosas que los hijos de Dios experimentan en la gloria son nuevas.

Tal como lo ha hecho tantas veces, Jesús le pide a Juan que escriba sus palabras. Luego, se volvió al apóstol y le dijo: “Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin” (versículo 6). Esta frase le atribuye la fidelidad e invariabilidad a Jesús, haciéndolo uno con Dios que en el Antiguo Testamento se identifica ante Moisés como “Yo soy el que soy” (Éxodo 3:14). “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (Hebreos 13:8). Jesús siempre cumple con sus promesas porque jamás cambia. Habrá un cielo verdadero porque Jesús prometió: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay” (Juan 14:2). Si Jesús dice que será, entonces “hecho está” (versículo 6). Jesús le dio a Juan esta descripción de sí mismo no sólo para consuelo de los cristianos atribulados en Asia Menor sino también para el beneficio de todos los que esperan el cumplimiento de sus promesas.

En el cielo beberemos “de la fuente del agua de vida” (versículo 6). Esta promesa de Jesús es casi idéntica a la que le hizo a la mujer en el pozo de Jacob: “El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:14). Jesús agrega que los santos beberán “gratuitamente” (versículo 6). Esto nos hace recordar la promesa de salvación que hace Isaías: “¡Venid todos los sedientos, venid a las aguas! Aunque no tengáis dinero, ¡venid, comprad y comed! ¡Venid, comprad sin dinero y sin pagar, vino y leche!” (Isaías 55:1).

Jesús mismo es el Agua de vida que nos sustenta en este mundo y en el venidero (ver 7:16,17); él ganó nuestra salvación y nos la ofrece por gracia, sin costo alguno. A través de la eternidad, nuestra vida será sustentada por esta agua viva. La obra de Jesús por nosotros nos llevará al cielo y allí su gracia nos guardará. Toda alma que se sienta torturada por el pensamiento de que debe hacer algo para ganar el cielo encuentra paz en esta palabra de Cristo. La salvación es “don de Dios... no por obras” (Efesios 2:8,9).

Jesús hace una promesa al “que venciere” al final de cada una de las siete cartas a las iglesias en los capítulos 2 y 3. El cielo es el cumplimiento de esas promesas. Ya en la tierra sabemos que “todos sois hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26). Sin embargo, en este mundo el pecado menoscaba nuestro aprecio de esa bendita relación con Dios. El que persevere gozará de “todas las cosas” (versículo 7), de la felicidad celestial completa. El gozo más grande será escuchar decir a nuestro Salvador: “Yo seré su Dios, y él será mi hijo” (versículo 7).

Todos los que rechazaron el agua de la vida que se les ofreció gratuitamente en este mundo no compartirán la felicidad de los hijos de Dios. La mayoría de las personas que están en la lista participaron en enormes pecados plenamente visibles. “No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios” (1 Corintios 6:9,10). Los pecados abiertos contra la Ley de Dios son evidencia de que no hay arrepentimiento alguno. Al principio de la lista se encuentran los que pecan contra el evangelio: “los cobardes e incrédulos” (versículo 8). Los cobardes abandonaron su fe por temor a la persecución; los incrédulos mueren sin el agua de vida.

La gente “buena” que muere sin Cristo va al infierno junto con los pecadores soeces. “Su parte” está “en el lago que arde con fuego y azufre” (versículo 8). Comparten ese lugar con sus aliados terrenales. “Y el diablo, que los engañaba, fue lanzado en el lago

de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta” (20:10). La primera muerte, la incredulidad, se puede evitar bebiendo el agua de la vida, es decir, el evangelio de Jesús. Pero la segunda muerte es eterna (ver 20:14).

La nueva Jerusalén

⁹ Entonces vino a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras y habló conmigo, diciendo: «Ven acá, te mostraré la desposada, la esposa del Cordero.»

¹⁰ Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios. ¹¹ Tenía la gloria de Dios y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, diáfana como el cristal. ¹² Tenía un muro grande y alto, con doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel. ¹³ Tres puertas al oriente, tres puertas al norte, tres puertas al sur, tres puertas al occidente. ¹⁴ El muro de la ciudad tenía doce cimientos y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.

¹⁵ El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. ¹⁶ La ciudad se halla establecida como un cuadrado: su longitud es igual a su anchura. Con la caña midió la ciudad: doce mil estadios. La longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. ¹⁷ Y midió su muro: ciento cuarenta y cuatro codos, según medida de hombre, la cual era la del ángel. ¹⁸ El material de su muro era de jaspé, pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. ¹⁹ Los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. El primer cimiento era de jaspé, el segundo de zafiro, el tercero de ágata, el cuarto de esmeralda, ²⁰ el quinto de ónice, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el

noveno de topacio, el décimo de crisopraso, el undécimo de jacinto y el duodécimo de amatista. ²¹ Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente.

²² En ella no vi Templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es su Templo, y el Cordero. ²³ La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. ²⁴ Las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella y los reyes de la tierra traerán su gloria y su honor a ella. ²⁵ Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. ²⁶ Llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones. ²⁷ No entrará en ella ninguna cosa impura o que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

La visión que tuvo Juan de la nueva Jerusalén es la continuación de lo que primero había visto en el cielo (versículo 2). El ángel con las siete copas (ver 17:1) lo invitó a ver “la novia, la esposa del Cordero” (versículo 9). Este ángel es el mismo que anunció la destrucción de los enemigos de la iglesia, pero ahora le muestra la gloria final de la iglesia.

Pablo les dijo a los corintios que mediante la fe vinieron a ser la esposa de Cristo: “Pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11:2). En este mundo los miembros de la iglesia de Cristo, su esposa, descuidan sus votos de fidelidad, pero Jesús sí cumplirá su promesa de fiel esposo. En el cielo seremos “la esposa del Cordero” (versículo 9).

El ángel llevó a Juan en espíritu (versículo 10; vea 1:10; 4:2) a la cima de una montaña; el punto de ventaja desde donde el apóstol pudo contemplar el esplendor de la nueva Jerusalén. La ciudad santa que “descendía del cielo, de parte de Dios” (versículo 10) quien la preparó para desposarla.

La ciudad “tenía la gloria de Dios” (versículo 11). Cuando Israel terminó de erigir el Tabernáculo en el desierto, “la gloria de Jehová llenó el Tabernáculo” (Éxodo 40:34). Lo mismo ocurrió cuando el arca fue colocada en el Templo de Salomón: “La gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová” (1 Reyes 8:11). La aparición de su gloria era la forma especial en que Dios hacía gala de su promesa de estar con su pueblo. La gloria de Dios brillará en todo su esplendor por medio de su iglesia como una joya resplandeciente.

A partir del versículo 12 comienza la descripción física de la nueva Jerusalén. Aquí el apóstol usa un estilo altamente figurado junto con imágenes del Tabernáculo del Antiguo Testamento y del Templo de Salomón. Juan no está describiendo una ciudad real, sino la esposa de Cristo en el cielo: la belleza y la simetría de las dimensiones no se deben entender literalmente; éstas sólo pretenden dar una idea de la seguridad, la belleza y la perfección de los santos en la gloria.

Los rasgos y las medidas del Templo usan el número 12 o sus múltiplos, los que Juan ha usado ya antes para referirse a la iglesia (ver 4:4; 7:4). Los muros de la ciudad tenían doce puertas con un ángel que vigilaba cada puerta (versículo 12). Los muros y los ángeles simbolizan la protección que el pueblo de Dios goza en su presencia. “No entrará en ella ninguna cosa impura, o que haga abominación y mentira” (versículo 27). Los nombres de las doce tribus de Israel escritos en las puertas nos hacen recordar que sólo entrará allí el Israel espiritual de Dios, o sea, los miembros de su iglesia. Las tres puertas que hay a cada lado (versículo 13) son un recordatorio del Israel espiritual de Dios que es recogido de los cuatro puntos cardinales de la tierra (ver 7:9).

El fundamento de la ciudad describe la imagen de la nueva iglesia del Nuevo Testamento. El muro de la ciudad tiene doce fundamentos, y cada uno porta el nombre de un apóstol. Pablo les dijo a los efesios que eran “conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, sobreedificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas” (Efesios 2:19,20). Así

como los veinticuatro ancianos en el trono representaban a todos los creyentes (ver 4:4), las doce tribus de Israel representan a la iglesia del Antiguo Testamento y los doce apóstoles, a la iglesia del Nuevo Testamento. Sin embargo, en el cielo todos están incorporados a la misma iglesia.

El ángel que llevó a Juan a la cima de la montaña para que viera la ciudad, ahora describe “una caña de medir, de oro” (versículo 15). Como el lugar santísimo del Templo de Salomón (2 Crónicas 3:8), la ciudad santa estaba establecida en un cuadro perfecto (versículo 16). Sin embargo, mientras el lugar santo del Templo tenía nueve metros cuadrados, la nueva Jerusalén era infinitamente más grande. Tenía de altura, como de anchura y longitud cerca de 2.250 kilómetros. El inmenso tamaño de la ciudad fácilmente acomoda a “la gran multitud en el cielo” (19:1). Su forma en un perfecto cubo nos recuerda que todos los santos gozan por toda la eternidad de la presencia especial de la gloria de Dios, reservada anteriormente sólo para el lugar santísimo.

El muro medía 144 codos, es decir, 63 metros de ancho (versículo 17). Puede ser difícil imaginar cómo un muro de 2.250 kilómetros de alto, pueda ser construido sobre sólo 63 metros de ancho; pero Juan no está presentando planos de ingeniería. Con el muro construido de jaspe, refleja la belleza y la seguridad que los elegidos gozarán en la presencia de Dios. Se debe decir lo mismo acerca de las piedras preciosas que decoran los cimientos (versículos 19,20). No es posible para nosotros identificar con certeza todas estas joyas, pero tampoco es importante. La construcción del cielo no es de joyas preciosas, puertas de perlas y calles de oro relucientes; todo deslumbra simbólicamente a la luz de la gloria de Dios en el centro de la ciudad. Todos son símbolos terrenales de lo que será ser un miembro de la iglesia en la presencia eterna de Dios.

Estar en la presencia de Dios será parecido a la descripción que se hace en los siguientes tres versículos. Juan se encuentra un poco sorprendido porque no veía un Templo en la ciudad; a través de su vida, los creyentes centran su atención en el Tabernáculo, en

el Templo, o en algún edificio de adoración pública. La gloria del Señor, el Arca del pacto y el lugar santísimo fueron el punto central de la presencia de Dios en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento, Jesús prometió que estará presente donde quiera que se reúnan los creyentes: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). No obstante, en el cielo, “las primeras cosas pasaron” (versículo 4) y no hay necesidad de edificios o señales que indiquen la presencia de Dios y el ofrecimiento de su gracia. El cielo es el perfecto cumplimiento de la adoración terrenal.

No es necesario que exista ningún Templo o edificio en la ciudad santa “porque el Señor Dios Todopoderoso es su Templo, y el Cordero” (versículo 22). Lo que en la tierra recibimos intermitentemente mediante la palabra y el sacramento, lo gozaremos perpetuamente en el cielo en la presencia de Dios. Nos deleitaremos en la sorprendente gracia divina que se describe en la visión de Juan como la luz. “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (versículo 23). La gloria de Dios proporciona muchos atributos, tales como el poder, la justicia y la sabiduría; pero su gloria más grande es el inmerecido amor que ha desplegado mediante el Cordero. Así que las dos frases “la gloria de Dios la ilumina” y “el Cordero es su lumbrera” se explican una a la otra, pues significan lo mismo. El Cordero es la gloria de Dios, y el glorioso amor de Dios mostrado a los pobres pecadores al enviar a su Hijo iluminará para siempre a los santos.

Todos los que adoptaron esta gracia en la tierra se beneficiarán de su luz en el cielo. “Las naciones (que hubieren sido salvas) andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su honor y gloria a ella” (versículo 24). Se cumplirá la profecía anunciada por Isaías del Salvador prometido: “Así asombrará él a muchas naciones. Los reyes cerrarán ante él la boca” (Isaías 52:15). La palabra “naciones” representa el alcance diverso y universal que ha tenido el evangelio de Jesús. “Y que se predicara

en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” (Lucas 24:47). Incluidos entre los santos habrá algunos gobernantes de las naciones que adoptaron y defendieron el evangelio de gracia. La “gloria” de los reyes (versículo 24) y “el honor de las naciones” (versículo 26) llevados a los cielos se someterán a la gloria suprema de Dios. “Todos los reyes se postrarán delante de él; todas las naciones lo servirán” (Salmo 72:11).

En relación con la luz eterna del cielo, Juan menciona otra vez las puertas en el versículo 25 (ver versículos 12,13). Su naturaleza simbólica se ilustra por el hecho de que éstas nunca se cerrarán (versículo 25); además representan la perfecta seguridad que gozan los santos en el cielo. Jamás habrá algo que dañe a los que viven eternamente a la luz de la gloria de Dios; allí no hay noche, ningún mal acechando en las sombras. El Cordero ha derrotado a todos nuestros enemigos, por lo tanto, no hay necesidad de cerrar las puertas.

La paz y la seguridad del cielo proceden de la pureza y de la santidad que allí existen. Juan alude a la Ley ceremonial del Antiguo Testamento para ilustrar esto, dice que no entrará “ninguna cosa impura” (versículo 27), es decir, nada que sea ceremonialmente contaminado para Israel. La palabra *impuro* se menciona más de cien veces en Levítico. El pueblo de Dios se debía apartar de pueblos y de las cosas que Dios designó como impuras. Con esas leyes ceremoniales, Dios le enseñó a su pueblo que estaban bajo su especial cuidado, apartados para él por su pacto de gracia; y estos estatutos fueron cumplidos por Jesús cuando llevó una vida perfecta. Es el mundo imperfecto en el que vivimos lo que impide que apreciemos el gozo de la santidad y la seguridad que Jesús nos brinda en toda su plenitud. Pero las puertas del cielo les darán la bienvenida a todos los que “están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (versículo 27) con un aprecio total y permanente de lo que significa ser el pueblo especial de Dios.

El río de la vida

22 Después me mostró un río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal, que fluía del trono de Dios y del Cordero. ² En medio de la calle de la ciudad y a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. ³ Y no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán, ⁴ verán su rostro y su nombre estará en sus frentes. ⁵ Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos.

El ángel que le enseñó a Juan el nuevo cielo y la nueva tierra (21:3), lo llevó a una alta montaña para que viera la nueva Jerusalén (21:9,10), para que midiera la ciudad santa (21:15) y ahora le muestra “un río limpio, de agua de vida” (versículo 1). “Y a uno y a otro lado del río, estaba el árbol de la vida” (versículo 2). Aunque no es idéntica, la escena es similar al huerto del Edén.

En el Edén se describen dos árboles especiales, el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal (Génesis 2:9). Adán y Eva pecaron cuando comieron de este último. En el cielo, Juan sólo ve un árbol, el árbol de la vida, que crece a ambos lados del río. En el cielo nuestra santidad se ve confirmada, ya que no podemos pecar y por tanto no podemos morir. Así como el árbol de la vida crece a ambos lados del río, la vida eterna crece siempre de la gracia. En el Edén, Dios puso “querubines... y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino al árbol de la vida” (Génesis 3:24). Sin embargo, en el cielo tendremos de nuevo acceso a este árbol.

El cielo será la restauración perfecta del paraíso que perdimos por el pecado de Adán y Eva. Dios maldijo la tierra por causa del pecado de Adán, “y lo sacó Jehová del huerto del Edén” (Génesis 3:23). Pero ahora, el río de la vida que fluye en medio de la ciudad

santa brota del trono de Dios y del Cordero. Los santos serán sustentados por la gracia de Dios, que corre por toda la eternidad.

El árbol de la vida produce doce frutos, uno cada mes. El número obviamente es simbólico pues el día y la noche, las estaciones y los años, se han ido. El número 12 es el número de la iglesia (ver 21;12,13). Los doce frutos significan que, en la gloria, la iglesia será alimentada por el árbol de la vida que crece del río de la gracia de Dios. Ezequiel profetizó que árboles frutales crecerían de un río que fluye del Templo: “Crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán ni faltará su fruto... Su fruto será para alimento, y su hoja para medicina” (Ezequiel 47:12). Así, el árbol de la vida proveerá la “sanidad de las naciones” (versículo 2). Serán remediados todos los sufrimientos causados por la caída de Adán en el pecado. “Y no habrá más maldición” (versículo 3).

¿Qué haremos, pues, en el cielo? Juan dice: “El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán” (versículo 3). Se equivocan los que piensan que el cielo es un lugar de pura pereza y aburrimiento. Además de cantar himnos de alabanza, nuestro tiempo en el cielo lo ocuparemos en servir a Dios y al Cordero. No sabemos exactamente qué servicio prestaremos, pero puesto que nuestra función se menciona en relación con el trono, entonces esto incluirá el reinar con Dios. “Reinarán por los siglos de los siglos” (versículo 5). Y por lo que sabemos acerca del cielo, su perfección, su belleza, su ausencia de tribulación y la presencia eterna de Dios allí, podemos estar seguros que nuestro trabajo será uno de puro gozo.

Al principio de su evangelio, Juan escribió: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer” (Juan 1:18). En nuestro tiempo de vida terrenal, ya gozamos de la presencia de Dios, pero el pecado nos impide que lo veamos cara a cara. Triste es decirlo, pero la naturaleza pecaminosa también está en los creyentes, de forma que Dios tiene que ocultar su presencia directa de ellos, incluso hasta de los grandes hombres como Moisés (Éxodo 3;5,6; 33:18-23).

Sin embargo, todos los cristianos tenemos la esperanza segura de que veremos a Dios algún día. David oró: “Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16:11). Pablo escribió: “En parte conocemos y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará... Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:9,10,12). “Pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

El gozo de ver el rostro de Dios es lo que nos espera en el cielo. Juan dice: “Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes” (versículo 4). Ver a Dios y llevar su nombre en la frente está relacionado estrechamente. El pecado nos lo impide por ahora, pero cuando Jeremías prometió la venida del Mesías, dijo que eso cambiará: “En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura, y se le llamará: ‘Jehová es nuestra justicia’” (Jeremías 33:16). Cuando morimos creyendo en Cristo, también muere nuestra naturaleza impía y somos resucitados en justicia para llevar el nombre de nuestro Salvador escrito en la frente. Esta es la promesa que le hace Jesús al vencedor: “Al vencedor yo lo haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá de allí. Escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, con mi Dios, y mi nombre nuevo” (3:12).

Juan menciona de nuevo la luz de Dios en el cielo. Ya ha explicado que “la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (21:23). Y ahora habla del efecto que la gloria de Dios tendrá en la vida celestial. La luz de la gloria de Dios significa que en el cielo no habrá luces artificiales ni creadas por el hombre: “No tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz de sol” (versículo 5). También significa que el tiempo no estará

determinado por la puesta de sol porque “no habrá allí más noche” (versículo 5).

El cielo es un lugar de belleza, seguridad, perfección y vida eterna, donde la fuente y el centro de todo es la gloria de la gracia de Dios que alumbra la ciudad santa.

CONCLUSIÓN (22:6-21)

Juan y el ángel

⁶ Me dijo: «Estas palabras son fieles y verdaderas. El Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto.

⁷ ¡Vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.»

⁸ Yo, Juan, soy el que oyó y vio estas cosas. Después que las hube oído y visto, me postré a los pies del ángel que me mostraba estas cosas, para adorarlo. ⁹ Pero él me dijo: «¡Mira, no lo hagas!, pues yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas y de los que guardan las palabras de este libro. ¡Adora a Dios!»

¹⁰ Y me dijo: «No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. ¹¹ El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía.

Terminaron las siete visiones, pero el ángel que le mostró a Juan la magnífica visión final de la ciudad santa tiene dos mensajes importantes más que Juan debe compartir con sus lectores. Primero, debe dar a conocer la naturaleza divina de lo que había visto y escrito. Juan escribe: “Y me dijo: ‘Estas palabras son fieles y verdaderas’” (versículo 6). Jesús pronunció estas mismas palabras con anterioridad desde el trono de la nueva Jerusalén (21:5). Apocalipsis no fue algo que Juan soñó; este libro no es la compilación de una serie de sentimientos de autocompasión de un exiliado en la isla de Patmos.

Es de señalar que la frase, “fieles y verdaderas”, dicha un par de veces para describir las palabras del Apocalipsis, también se usa dos veces para definir a Jesús mismo (3:14; 19:11). Juan usó idénticas palabras en el idioma griego para referirse al Salvador y su palabra. En su evangelio también asoció a Jesús estrechamente con la palabra cuando registró que al nacer Jesús: “El Verbo [la Palabra] se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:14). El Señor explicó lo que debemos entender de esto: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

De Dios y de Jesús vino lo que Juan escribió en el Apocalipsis. El ángel dijo: “El Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel” (versículo 6). Más tarde leemos: “Yo, Jesús, he enviado mi ángel” (versículo 16). El Redentor y el Dios de los profetas son uno en esencia. Así como comparten el trono en el cielo (versículo 1), comparten también la obra de grabar en el corazón de los profetas su divino mensaje.

Leímos que Juan con anterioridad se refirió al Espíritu Santo como “los siete espíritus” (1:4; 3:1; 4:5; 5:6), y todas las referencias que el apóstol ha hecho del Espíritu de Dios desde el principio del libro han sido en el plural. En contraste, en este último capítulo se refiere al Espíritu Santo en el singular: “el Espíritu” (versículo 17). Por esta razón entendemos que la frase, “los espíritus de los profetas” (versículo 6) no se refiere al Espíritu Santo sino al alma y a la personalidad de los escritores de la Biblia. El Señor Dios gobernó y guió al espíritu de Juan de la misma forma en que lo hizo con todos los profetas inspirados.

La doctrina de la inspiración divina no es una joya para ser almacenada en los estantes de las bibliotecas de teología, sino que es una enseñanza práctica para recalcarles a los creyentes la urgencia de aplicar la Biblia a su vida diaria.

La razón por la que Dios le envió su ángel a Juan fue “para mostrar a sus siervos las cosas que deben ocurrir pronto” (versículo 6). El libro de Apocalipsis es importante porque

describe lo que está ocurriendo en nuestro mundo actual y lo que habrá de ocurrir pronto.

Dos veces se interpone la voz de Jesús en la conversación del ángel con Juan para destacar la apremiante necesidad que tenemos de poner en práctica las palabras de Apocalipsis. “¡Vengo pronto!” nos dice (versículo 7). Aunque el ángel estaba hablando en el versículo anterior y Jesús no se identifica, sabemos que es el que habla en este versículo. Más tarde, el Señor interviene una vez más con las mismas palabras, identificándose como “el Alfa y la Omega” (versículos 12, 13).

Todo lo que escribió Juan en Apocalipsis está enmarcado en las promesas de Jesús de que bendecirá a los que lean este libro. La primera de esas bendiciones la leímos al principio (1:3), y la última la tenemos aquí, en el versículo 7: “Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”. Jesús regresará como un ladrón en la noche; con frecuencia la muerte viene a nosotros sin advertencia. La persona que se lamenta de no haber leído la Biblia mientras tuvo la oportunidad de hacerlo en vida, no se ganará la misericordia de Dios a última hora en el juicio final. Esto sólo añadirá a la agonía de ir a la eternidad sin preparación. En cambio la bendición más grande de todas es para los que aprenden del Salvador en su palabra.

Juan se identificó al principio (1:1,2) y al final (22:8) como el escritor del libro de Apocalipsis. Él no inventó su contenido, sino sólo se limitó a registrar lo que había escuchado y visto del “ángel que me mostraba estas cosas” (versículo 8). Dios inspiró a sus profetas y a los apóstoles con tan maravillosas verdades que previno la tendencia natural de los lectores a dudar de lo que esos hombres escribieron. Pedro dijo: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 Pedro 1:16). Pablo ratificó también la certeza de la resurrección al citar a varios testigos oculares (1 Corintios 15:1-11).

Juan estaba tan abrumado ante las cosas que había visto y oído que se postró en tierra para adorar al ángel que se las revelaba (versículo 8). Quizá porque la voz de Jesús se interpuso con su bendición, Juan confundió al ángel con el Señor mismo, pero el ángel lo exhortó de inmediato: “¡Mira, no lo hagas!” (versículo 9), y poniéndose al mismo nivel de Juan le dijo: “Yo soy consiervo tuyo” (versículo 9). Tanto los ángeles como los seres humanos somos criaturas de Dios. Adorar a los ángeles menoscaba la gloria de nuestro Creador y Salvador; Pablo dice que quienes reverencian a los ángeles no están asiéndose “a la Cabeza” (Colosenses 2:19).

Dios les da a sus criaturas diferentes papeles en sus relaciones entre sí, pero con respecto a él, los ángeles, los profetas y “todos los que guardan las palabras de este libro” (versículo 9), son hermanos; todos son consiervos. En los cielos “sus siervos le servirán” (versículo 3) con un entendimiento perfecto de su papel. En la tierra nos respetamos los unos a los otros según el área de servicio asignada por Dios, pero aquí y en el cielo al único al que le damos toda la gloria que se merece es a nuestro Creador y Salvador: “¡Adora a Dios!” (versículo 9).

Con la encomienda, “No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca” (versículo 10; vea también el versículo 7), el ángel repite el doble tema del inminente regreso de Jesús y la necesidad de ponerle atención a las Escrituras. Con anterioridad, se le ordenó a Juan: “*Sella* las cosas que los siete truenos han hablado” (10:4); ahora se le dice que no lo haga. La Biblia fue escrita para nuestra salvación, no para satisfacer nuestra curiosidad. Por nuestro propio bien, Dios nos oculta algunas cosas, pero sabemos que lo que está escrito en las Escrituras es “útil para enseñar” (2 Timoteo 3:16). Mucho de lo que Jesús hizo en la tierra no está registrado en el evangelio de Juan (Juan 20:30), pero lo que escribió fue “para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31). Lo que no encontramos en Apocalipsis no nos debe privar de los grandes tesoros que sí contiene.

El versículo 11 plantea las consecuencias para los que creyeron en la Biblia y para los que no lo hicieron. El ángel no está sugiriendo que los que descuidan las Escrituras deben continuar en su incredulidad. Tal deseo iría contra la voluntad de Dios, “el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). El ángel advierte que “el tiempo está cerca” (versículo 10). El escenario para el versículo 11 es para después de que el tiempo se ha cumplido, es decir, cuando el tiempo de gracia para leer las Escrituras y aprender de Jesús se ha terminado.

Cuando la muerte o el día del juicio marcan el fin de nuestro tiempo de gracia, también es demasiado tarde para poner atención a la palabra, que dice: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Lo que somos a la hora de la muerte o del día del juicio es lo que seremos eternamente. Los cambios y el arrepentimiento no alterarán nuestro destino eterno. Jesús dijo: “El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue: la palabra que he hablado, ella lo juzgará en el día final” (Juan 12:48). Nuestra relación final con la palabra de Jesús es la relación que tendremos con ella para siempre. ¡Qué urgente advertencia para todos los que desprecian los medios de gracia! ¡Qué consuelo para todos los que aman la palabra de Dios!

Jesús y Juan

¹² »¡Vengo pronto!, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. ¹³ Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.

¹⁴ »Bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad. ¹⁵ Pero los perros estarán afuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo aquel que ama y practica la mentira.

¹⁶»Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.» ¹⁷ El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!» El que oye, diga: «¡Ven!» Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida.

¹⁸Yo advierto a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añade a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. ¹⁹ Y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.

Tal como lo hizo en el versículo siete, Jesús de nuevo interpone aquí palabras de consuelo para su iglesia atribulada: “¡Vengo pronto!” (versículo 12). Estas palabras siempre tienen un doble filo, una advertencia para el impenitente y un consuelo para el cristiano fiel. Aun así, son dichas con la intención primordial de consolar a los que en medio de un mundo malvado les es difícil aferrarse a su fe. Jesús regresará victorioso y cumplirá todas las maravillosas promesas de gloria que le ha hecho a su estoica iglesia.

Esta vez Jesús se identifica: “Yo soy el Alfa y la Omega” (versículo 13). El Alfa y la Omega son la primera y la última letra del alfabeto griego; el Señor usa estas palabras para decir que él es el Dios eterno que nunca cambia (ver 1:17,18). Este nombre le asegura a sus lectores que él cumplirá sus promesas. “Vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (versículo 12). El vendrá como lo ha prometido para dar al que venza también los premios que prometió: “el árbol de la vida” (2:7), “la corona de la vida” (2:10), “un nombre nuevo” (2:17), “autoridad sobre las naciones” (2:26), sus nombres escritos en “el libro de la vida” (3:5), “el nombre de la ciudad de mi Dios” (3:12), “y le daré que se siente conmigo en mi trono” (3:21).

Jesús recompensará “a cada uno según sea su obra” (versículo 12). Eso no significa que la salvación sea por obras; Cristo usó un lenguaje similar en la parábola de las ovejas y los cabritos (Mateo 25:31-46). En el último día, el Salvador destacará nuestras buenas obras como evidencia de la fe que hubo en nuestro corazón. Seremos juzgados dignos de nuestra recompensa de acuerdo a las ropas blancas que el Cordero, en su gracia, nos da (ver 19:8). Y como “la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:26), las buenas obras de los creyentes serán la prueba de que ellos “no han manchado sus vestiduras” (3:4).

Nuestro Señor no deja duda alguna de que así debemos entender las bases para su juicio final: “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida” (versículo 14). Se han ido para siempre los trapos de inmundicia (Isaías 64:6) que son nuestras propias obras de justicia. Los creyentes “han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (7:14). El acceso al árbol de la vida (ver 22:2,3) y a la ciudad santa (ver 21:25-27), no se deben a lo que los creyentes hayan hecho sino a lo que Jesús hizo por ellos para darles ese derecho.

La séptima bienaventuranza del versículo 14 es lo último que leemos en el Apocalipsis. El número 7 simboliza la obra de amor de las tres personas de Dios hacia los que habitan en los cuatro puntos cardinales de la tierra. Esta última bendición incorpora todas las promesas hechas en las seis anteriores al prometer que Dios se unirá al hombre en el cielo; que es la séptima y más grande bendición.

Sin embargo, no todos reciben este último regalo. Leemos por tercera vez, desde la visión de la ciudad santa, una detallada enumeración de los que no entrarán al cielo. Común a las tres listas son los que dicen mentiras: “Los mentirosos” (21:8); “abominación y mentira” (21:27); y “todo aquel que ama y practica la mentira” (versículo 15). Jesús dijo que Satanás “es mentiroso” (Juan 8:44); esta es su naturaleza y así se presenta.

Negar la verdad acerca de Jesús es la última de las falsedades. La vida de los incrédulos, hasta cierto punto, se caracteriza por este auto engaño.

Para referirse a los gentiles, los judíos usaban la palabra “perros”, quienes estaban excluidos del pueblo escogido de Dios (ver Mateo 15:26). En Filipenses 3:2, Pablo usó el mismo término en una forma más amplia para referirse a los incrédulos (“guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros”), como Juan usó el término aquí. A la palabra “perros” le sigue una lista de pecadores soeces que aclara quién figura en este término. Aquellos cuya vida contradice el evangelio de Jesucristo no forman parte del pueblo escogido de Dios.

Jesús se identifica de nuevo con el propósito de animar a las iglesias a que reciban este testimonio de Apocalipsis como sus propias palabras. Envió a su ángel como su testimonio a las iglesias, usando nombres que éstas pudieran relacionar con su Salvador: “La raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana” (versículo 16). “Todas las cosas por medio de [Jesús] fueron hechas” (Juan 1:3). Así Jesús fue el Creador de David, su raíz, su linaje y su origen; pero cuando él se hizo carne, nació como descendiente, vástago, fruto del mismo David. Los lectores de Juan deben identificar al que habla como el Mesías, el Hijo de Dios e Hijo de David al mismo tiempo. Como estrella resplandeciente que anuncia un nuevo amanecer, Jesús promete un nuevo cielo y una nueva tierra donde “el Cordero es su lumbrera” (21:23).

Los pecadores deben leer las duras palabras de advertencia que hace el Apocalipsis como la amorosa preocupación de un Dios de gracia que los llama al arrepentimiento. En esta sección de clausura Juan ha atribuido sus palabras a Dios (versículo 6), a Jesús (versículo 16) y al ángel que le mostró la visión del cielo (versículo 8).

Ahora el apóstol Juan agrega otra invitación a las palabras de ellos: “El Espíritu y la Esposa dicen: ‘¡Ven!’” (versículo 17). El

Espíritu es el Espíritu Santo; la Esposa es la desposada de Cristo, los miembros de su iglesia (ver 19:7). La invitación es para los que aún no creen en el Salvador. “¡Ven!” significa dejar de pecar y venir a Jesús con fe. Todos los que escuchan con los oídos de la fe la amorosa invitación que hace el Apocalipsis se unirán para invitar incluso a otros: “¡Ven!” Este es uno de los grandes llamamientos evangélicos de la Biblia que brilla con el amor universal de Dios por los pecadores y del que nadie está excluido. Esto nos recuerda que las terribles advertencias de este libro no dejan al margen a nadie del perdón de pecados ganado por Cristo. Los que están fuera del cielo se excluyen a sí mismos por negarse a escuchar y a creer.

Jesús y su iglesia le dan la bienvenida al “que tiene sed” (versículo 17), es decir, a todos cuyos pecados los hacen sedientos del perdón. Esa invitación está a la par de la de Isaías: “¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas! Aunque no tengáis dinero, ¡venid, comprad y comed! ¡Venid, comprad sin dinero y sin pagar!” (Isaías 55:1). El autor del himno describe hermosamente la mano que con fe recibe: “Confía tu camino, tu pena y tu dolor a tu Señor divino, del mundo Creador” (CC 269:1). Ante la invitación del Espíritu que mueve el corazón, el que quiera, “tome *gratuitamente* del agua de la vida” (versículo 17). ¡No hay que pagar por el agua de vida! La salvación es por la sola gracia.

Las advertencias y las promesas del Apocalipsis son críticas para el destino eterno de las almas. Por esta razón Juan advierte que no se cambie ni una sola palabra. Moisés hizo una advertencia semejante respecto a la ley de Dios: “No añadiréis a la palabra que yo os mando ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno” (Deuteronomio 4:2). Por supuesto, la advertencia de Juan se aplica a la forma como manejamos las Escrituras; buscamos compartir las advertencias y las promesas de Dios en forma tal que usemos “bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15). Los maestros que le quitan trascendencia a las amenazas de la ley de Dios o cambian

sus promesas de salvación eterna buscando beneficios o aceptación temporal social caerán bajo la maldición de esta advertencia.

Palabras de despedida a las iglesias

²⁰ El que da testimonio de estas cosas dice: «Ciertamente vengo en breve.»

¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!

²¹ La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

Mediante los escritos de Juan, Jesús les promete a los que luchan por su fe que regresará pronto. Esta es la respuesta de nuestro Señor al alma de los mártires que claman desde el cielo: “¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero?” (6:10). Como los desanimados discípulos de Jesús, nosotros nos sentimos algunas veces tentados a preguntar: “¿Qué quiere decir con: ‘todavía un poco’?” (Juan 16:18). La respuesta de nuestro Señor es sencilla: “Ciertamente vengo en breve” (versículo 20).

El Apocalipsis, con sus promesas de victoria segura para los santos, ofrece una perspectiva desde la cual los creyentes ven sus luchas diarias. Las promesas de Jesús crean la fe; y esta produce paciencia. Esa paciencia ve las pruebas espirituales como San Pablo las vio: “Pues esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:17). “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18). Esta es la perspectiva que obtenemos al leer y creer en este libro de la Revelación de Jesucristo que le fue dada a San Juan. Por esta bendición nosotros nos unimos al apóstol y oramos: “¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!”

Juan termina esta carta con el deseo de que sus lectores continúen viviendo en “la gracia de nuestro Señor Jesucristo” (versículo 21).



“Ciertamente vengo en breve” (22:20).

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1º TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2º TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Apocalipsis nos da a los creyentes la absoluta seguridad de la victoria final de Cristo. Las siete visiones que el apóstol Juan registra en Apocalipsis describen la batalla permanente entre Cristo y Satanás. En estas visiones Dios nos asegura a los creyentes que finalmente tendremos la victoria eterna en la nueva Jerusalén y que Satanás será completamente derrotado.